

Selección RNR

Me llamo Fina y estoy gorda

Antonio Sánchez



Chick lit

Me llamo Fina y estoy
gorda

Antonio Sánchez



SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Dedicado a todas las mujeres que se sienten personajes secundarios de las historias de otros... Recordad que sois las protagonistas de vuestras vidas.

AGRADECIMIENTOS

A Ana Jezabel, Inmaculada, Mari Ángeles y Toni.

CAPÍTULO 1

Me llamo Fina y estoy gorda

Estoy gorda. Lo sé. No es que yo sea gorda, es que ahora estoy gorda. Vamos, que tampoco soy una gorda espectacular, de esas que no pueden ni caminar. Lo que pasa es que entre mis hombros y mi cadera no hay esa curva en forma de reloj de arena que suelen tener las mujeres consideradas guapas, con figura, «esa figura». Ni hablemos ya de las delgadas o anoréxicas modelos «soy todo huesos». Para colmo me llamo Fina. Josefina, en realidad, pero desde siempre me han llamado Fina. O sea, es un buen chiste, ¿no? En la oficina, soy abogada y muy buena, cuando me presentan al nuevo o a la nueva, pasa mucha gente por aquí que nunca se queda; el tutor-guía de turno le dice al nuevo: «Esta es Fina» y sonrío, como si hubiera hecho un chiste, y realmente ha hecho un chiste. Una gorda que se llama Fina, ¡qué bueno!; es un clásico de la oficina. Hay dos tipos de nuevos: el que sonrío... —Lo has cogido, ¿eh?, chico listo—. O el que ni me mira, normalmente ellos; ellas siempre me miran y sonrían. Sí, chica, sí; no estoy a tu nivel, no soy la competencia, pero yo no soy gorda, o sea, yo estoy gorda, ahora, en este momento, circunstancialmente.

No soy del todo fea. Tengo un rostro agradable, una nariz respingona, pecas, media melena castaña hasta los hombros. Al menos, cuando me miro al espejo, no me veo del todo fea. Gorda, sí, eso sí. Tengo 35 años, llevo desde los 25 en Madrid, en distintos despachos de abogados; en este ya van para 4 años. Soy especialista en derecho fiscal, se me da bien gestionar los impuestos de las empresas frente a la maquinaria absurda del Estado, que traga y traga el dinero de los beneficios con leyes tributarias enrevesadas y normativas indescifrables, incluso, para los inspectores de Hacienda. Yo antes no estaba gorda, era una chica normal, ni guapa ni fea, con mis «novietes» de instituto; bueno, fueron dos, pero uno de ellos era guapo o casi. El problema vino en la Facultad de Derecho. Yo soy de Sevilla, estudié en la

Facultad de Derecho, que estaba —ya no— en el rectorado, antigua fábrica de tabacos de Sevilla, conocida, en el mundo entero, gracias a la ópera Carmen y a sus secuelas y precuelas.

Sevilla, por si alguien no lo ha leído en la Wikipedia, es la ciudad con las mujeres más hermosas del mundo. La Facultad de Derecho es la facultad con las estudiantes más guapas de la Universidad de Sevilla. Aquello era como estar en la pasarela de la Fashion Week de Nueva York, pero en el aula de Derecho Romano. No es que me acomplejara —bueno, un poco—, es que dejé de competir en el minuto uno, además de que tuve que esforzarme y estudiar mucho para conseguir becas. Mis padres apenas podían pagarme la carrera y yo no estaba pendiente de qué ropa ponerme ni de qué comida no comer. También me fui aficionando a la pizza, mientras estudiaba al mediodía; a la hamburguesa, para repasar por la noche, y a los donuts, para desayunar antes de los exámenes. También tengo que reconocer que desde el instituto no he vuelto a hacer deporte. Total que los cinco años de carrera que supusieron quince buenos kilitos que antes no tenía. Tampoco me preocupaban. En la facultad también tuve un par de novios, no muy guapos, pero sí muy frikis de series y juegos de rol. Ahí me aficioné a pasar fines de semana enteros viendo series y más series.

Cuando terminé la carrera tenía muy claro que en Sevilla había muy pocas oportunidades, así que echaba currículum en despachos de Madrid. Conseguí mi primer trabajo a los pocos meses de soltar el último libro de la facultad. No me costó instalarme. Piso de alquiler no muy barato cerca del metro y a moverme siempre en metro. Aquí, en Madrid, el nivel femenino está diversificado: mujeres muy guapas y mujeres muy feas..., pero sobre todo hay una gran variedad de razas y tipos. En Sevilla predomina la mediterránea de ojazos y pelazo negro; aquí hay de todo, desde mediterráneas con ojazos y pelazos negros hasta rubias nórdicas de ojos azules, pasando por orientales, negras, marrones, de todo. En mi mundillo de letrados y letradas, predomina el estilo de la mujer rubia, pija, delgadísima y muy mona. Las hay muy listas y no tan listas: ni todas las rubias son tontas ni todas las morenas son listas. Es muy gracioso ver la reacción en los hombres, en trámites, acuerdos, notarías, etc. cuando va una compañera guapa; todo son sonrisas y atenciones. Si hay conflicto, la otra parte se frota las manos pensando que una abogada guapa es una abogada tonta; se equivocan.

Lo que tienen muy claro cuando me ven a mí es que una abogada gorda, gordita, entrada en carnes, con sobrepeso y todos los eufemismos que queramos... Pues eso, una abogada gorda es una buena abogada. Nada de sonrisas, sacan la navaja dialéctica en la primera frase. Está bien, me encantan esas confrontaciones. En mi caso —no sé en el de otras abogadas gordas—, sí que aciertan, ya que soy una abogada gorda y una buena abogada. Soy una buena abogada gorda.

Un problema o una ventaja, según se mire, que he encontrado al llegar a Madrid es que si se te ocurre algo de comer y le pones la palabra «tele» delante, seguro, seguro, seguro que te lo pueden traer a tu piso. Telepizza, telehamburguesa, telesushi... hasta hay un telecocido; en serio, lo he probado y está muy bueno. O sea que estás en tu piso, a las tantas, con mucho curro y nada de ganas de preparar una cena equilibrada, coges el móvil, buscas «telecomida tailandesa Madrid», y a la media hora estás comiendo comida tailandesa —eso quiero creer— en un paquete de cartón, con tenedores de plástico que luego tiras y no tienes ni que fregar. Para colmo tengo un Burguer King y un Domino's Pizza en mi misma calle.

A mi madre, cuando me llama desde Sevilla y me pregunta si como bien, le digo siempre que sí y es verdad: como bien y mucho. Curiosamente, cuando bajo al sur, paso algunas fiestas y fines de semanas con mis padres; a mi querida madre no se le ocurre otra cosa que atiborrarme a comida *typical hispalis*. Entre el gazpacho, el pescadito frito, las espinacas con garbanzos, etc..., no paro de comer; además, en buenas raciones. Acabo llenísima cuando regreso a la capital del reino. Como si fuera una *girl scout* a la vuelta del campamento de verano, cada vez que me quedo en el piso de mis padres, calle Pureza —Triana en estado puro, valga la redundancia—, mi madre me alimenta para sobrevivir quince días sin probar bocado.

Yo estoy bien, no me siento mal conmigo. Me siento un poco mal porque hace ya tiempo que no tengo novio, ni feo, ni friki, ni nada. Pero es que tengo mucho trabajo y los fines de semana encerrada en mi piso, viendo series, versión original sin subtítulos, están bien. No me aburro, aunque tampoco me divierten como antes. Creo que yo podría ser un personaje de esas series. Un personaje secundario, claro; la amiga gordita y simpática de la protagonista... Bueno, simpática... no.

CAPÍTULO 2

Mi abuela ha muerto

MI madre me llama a las 12:00 en punto a la oficina un día de agosto que nunca olvidaré. Mi madre es muy de llamar a ciertas horas concretas, en punto. Me la imagino mirando el reloj con el móvil en la mano y esperando a que sea la hora para marcar. Me lo suelta de golpe.

—Hola, niña, ¿cómo estás? La abuela ha muerto.

—¿Quién?

—La abuela, la abuela Fina, la madre de tu padre.

—*Ya, ya sé quién es la abuela Fina, mamá, es que es una sorpresa.*

—Tenía 89 años, no es ninguna sorpresa.

—¿Papá está bien?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes, mamá?

—Que con este hombre nunca se sabe. Pone la misma cara cuando se come el cocido que cuando pierde el Betis. No sé si está triste. No sé lo que piensa este hombre, no sé si piensa siquiera.

—*Bueno tampoco tenían mucha relación últimamente; no ibais al pueblo ni nada, ¿no?*

—No, creo que hace dos años que la vimos por última vez. Tu padre la llamaba por Navidad y en su cumpleaños, pero la abuela no llamaba nunca. ¿Tú vas a venir al entierro?, es mañana a las 10:00 en el pueblo.

—*No sé, no creo. No voy a poder, mamá; aquí tengo mucho trabajo y no puedo irme de un día para otro. Voy a intentarlo, pero estamos en agosto: ahora no hay billetes de un día para otro. En fin, que no creo; de todas formas, pásame con papá, así hablo con él.*

—No está, se ha ido al bar.

—*Lo llamaré al móvil.*

—Se lo ha dejado aquí, como siempre. No sé para qué le regalaste un móvil si, cuando se va al bar, siempre se lo deja aquí.

—*Bueno, ya lo llamaré en otro momento. Ahora te tengo que dejar, que estoy en el trabajo.*

—¿Tú estás comiendo bien?

—*Que sí, mamá.*

—Niña, ¿cuándo vas a bajar a Sevilla?

—*No sé. Ahora hace mucho calor y tengo mucho trabajo; a ver si puedo en septiembre.*

—Vale.

—*Adiós, mamá.*

Mi madre no dice «adiós», dice «vale», como si le diera el visto bueno a la conversación; y ya, tras ese «vale», sé que me va a colgar porque de repente le entran unas prisas urgentes por no gastar más dinero en llamadas, que lo del móvil es muy caro y, para ella, usar el WhatsApp es solo para expertos informáticos nivel «Soy de la nasa y estoy preparando un vuelo a Saturno». Siempre me llama «niña», aunque tenga 35 años; es muy de Sevilla, yo he visto cómo llaman «niño» a señores de cincuenta años.

Me quedo un poco triste; no mucho, pero sí un poco. Decido irme de la oficina a mi piso con la excusa de seguir trabajando desde allí. No veía a mi abuela desde hacía muchos años; de hecho no recuerdo cuándo fue la última vez que la vi. Hubo una época en que pasábamos los primeros quince días de agosto en el pueblo Alájar, en la sierra de Aracena, en Huelva, un pueblo serrano, típico andaluz; en verano cuadruplicaba la población gracias a los retornados. Mi abuela nunca había salido del pueblo; nació, se crió, se casó y tuvo a sus hijos allí. Siempre vestía de negro, incluso en agosto; era bastante regordeta. Yo he heredado su gordura y su nombre; también se llamaba Josefina, aunque nosotros la llamábamos abuela, incluso mi padre. Recuerdo bien esos veranos de bañarnos en la alberca de la casa de la abuela, una casa de campo, en las afueras. Había que andar 15 ó 20 minutos para llegar al pueblo, por un sendero de tierra donde apenas cabía un coche.

El primer día, cuando llegábamos, mi padre tapaba el coche con una lona y no lo volvía a coger hasta la vuelta. Me acuerdo de los gatos y de los perros; siempre había gatos y perros aunque, de un año para otro, cambiaban. Por las

tardes, en el pueblo, cuando se formaban pandillas de forasteros —nos llamaban así a los que no vivíamos en el pueblo, como en las películas del oeste— y de nativos; nosotros nunca los llamábamos así a ellos, al menos no en su presencia. Jugábamos mucho, durante horas y horas, a todo tipo de juegos, éramos incansables. De vez en cuando uno de los niños decía: «Me tengo que ir» y desaparecía. Algunas veces se escuchaba a una madre llamando al niño «¡Antonitooooooooooooooooo!». Antoñito fruncía el ceño, decía: «Me tengo que ir» y salía despavorido augurando una bronca a su llegada al hogar. Yo solía jugar mientras mis padres tomaban una tapa en el bar de la plaza; después daban un paseo y me dejaban sola. Eran otros tiempos.

Cuando volvían del paseo y ya se dirigían de vuelta a casa de la abuela, linterna en mano, yo decía:

«Me tengo que ir» y me agarraba de la mano derecha de mi padre, con la que sostenía la linterna. Recuerdo que era de petaca; nunca he vuelto a ver linternas de petacas, cuadradas y duras. Mi madre se agarraba del brazo izquierdo de mi padre y volvíamos los tres cansados y contentos a la casa de la abuela, donde siempre nos preguntaba si queríamos algo de comer. Eran buenos veranos.

Me lleva un tiempo encontrarla, pero, explorando en los archivos jpg de mi portátil, encuentro una vieja foto escaneada en la que estamos mi abuela y yo. Ella, regordeta, pelo cano y vestido negro, muy seria; yo tenía puesto un vestido rojo, tendría unos diez años, y también estaba muy seria. No recuerdo cuándo me hice esa foto, seguramente sacada por mi padre, pero es la única foto que tengo de esos veranos y de mi abuela.

Paso un par de días encerrada en mi piso. Imagino a mis padres yendo al pueblo, preparando el entierro. No quiero saber nada de eso. Veo varias series. Me termino *Outlander* y me prometo leer todas las novelas de la autora, una tal Diana Gabaldon. La historia está bien: una enfermera que, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, viaja con su marido a Escocia y allí sufre un acontecimiento mágico que la lleva a mediados del siglo xviii, con clanes, casacas rojas y escoceses guapísimos con falda. La serie me gusta mucho, así que las novelas deben ser buenas. Exploro en Internet y me siento tentada de bajarme la primera novela de la saga en *ebook*. Finalmente decido ir a la Casa del Libro a comprarla en papel, así salgo a que me dé el aire.

Madrid en agosto es una maravilla: no hay gente, están todos en Benidorn, se puede ir en metro sin agobios. Me bajo del metro en Gran Vía; dos minutos andando y ya estoy en la Casa del Libro. En vez de preguntar me gusta perderme un poco y ver títulos. Localizo rápido el primero de la saga, «Forastera», que da título a la serie *Outlander*, a 14 euros. Por 768 páginas me sale a unas 50 páginas el euro: bien, buena inversión, me lo llevo. «Sin bolsa, por favor; si tiene marca páginas, se lo agradezco». Salgo de la Casa del Libro y voy directa al McDonald's de Gran Vía. Es mediodía y me pido el menú extra con todo. Tengo hambre y ganas de comer leyendo. Procuro no manchar la novela, pero no lo consigo. Tengo una relación de amor-odio con las hamburguesas de varios pisos y múltiples salsas. Odio que se ponga todo perdido y siempre se me caiga algo, además de sentir que tengo restos de salsa alrededor de la boca. Pero amo ese sabor fuerte, brutal, increíble a tantos gustos diferentes, mezclados aleatoriamente en mi boca. Si por mí fuera, siempre comería en el McDonald's... Bueno, incluyendo alguna escapada al Domino's Pizza... y sin despreciar el Burger King ni el Telepizza.

Acabo toda la comida, mi madre se sentiría orgullosa. «Sí que como bien, mamá, y mucho». Vuelvo antes de que el calor del mediodía derrita la acera; esto no es Sevilla, donde ahora deben rondar los 50 grados a la sombra, pero hace calor. Al entrar en el metro siento esa mezcla de frescor y humedad que alivia un poco el calor brutal y seco que hay en la calle. Ya en mi piso me planteo que debo currar un poco aunque la novela me está encantando, y eso que he visto la serie y sé lo que pasa y lo que va a pasar. Pero escribe bien esta mujer. Me he dado cuenta de que llevo más de 50 páginas: ya he amortizado un euro. Suena el móvil y veo que es mi madre; seguramente quiere contarme cómo ha ido el entierro. Es una conversación que no por esperada es menos deseada, pero, si no me lo cuenta ahora, me lo contará más tarde, así que lo cojo sin excusas.

—Te ha dejado la casa. —Mi madre lo de las introducciones a las conversaciones, así como los cierres, lo lleva mal, sobre todo por móvil.

—¿Qué?

—Que te ha dejado la casa.

—No sé qué estás diciendo de la casa, mamá.

—La abuela, en el testamento, que te ha dejado la casa del pueblo a ti. Ni a

tu padre ni a nadie más, solo a ti.

—*No entiendo.*

—Ni yo ni nadie, pero tu abuela era muy suya y nadie sabía muy bien por qué hacía las cosas.

—*Pero esa casa es de papá, ¿no?*

—Es lo suyo, pero no; te la ha dejado solo a ti.

—*¿Y papá que dice?*

—Dice que le parece bien, que él no quiere la casa.

—*Yo tampoco.*

—Pues es tuya.

—*Pues renuncio y se la doy a papá.*

—Que no puedes, que se lo he preguntado al abogado que nos leyó el testamento y dice que eso es muy caro; hay que ir al notario y no sé cuántos trámites más.

—*¿La abuela hizo testamento?*

—Ya ves que sí lo hizo. Lo dejó todo atado y bien atado. La casa para ti.

—*¿Y a papá no le ha dejado nada?*

—Una mierda de linterna.

—*¿Qué?*

—La linterna esa roñosa que tenía tu padre, esa cuadrada.

—*La linterna de petaca con la que volvíamos del pueblo de noche.*

—Esa.

—*Coño.*

—No digas tacos.

—*Perdón.*

—Pues la linterna para tu padre y al muy gilipollas se le saltaron las lágrimas cuando se la dio el abogado; ya ves que no habrá ni pilas para esa linterna ya. Pero la casa es para ti.

—*Yo no la quiero. Yo vivo en Madrid; ¿para qué quiero yo una casa, medio en ruinas, en las afueras de un pueblo perdido en la sierra de Huelva?*

—Y tanto que está en ruinas... Se ve que al final no le echaba mucha cuenta a la casa. Estuvimos allí y está fatal.

—*¿Entrasteis?*

—No. Hay un perro que no conocíamos, uno viejo y sarnoso que nos ladró.

—*¿Y qué hago yo ahora? ¿No puedo renunciar a la herencia y dársela a papá?*

—Eso ya lo he preguntado y es caro. Además, papá dice que no quiere la casa; que, si te la ha dejado a ti, será por algo, que la casa es tuya.

—*Pues vaya mierda.*

—No digas tacos, niña.

—*Vale.*

—

Véndela.

—*¿Qué?*

—Que vendas la casa y lo que saques, pues, se lo das a papá o lo guardas para ti.

—*Pero yo no sé; además, si está mal, no se venderá o se venderá mal.*

—Sí, eso sí. La arreglas y luego la vendes.

—*¿Yo? Yo no tengo ni tiempo ni ganas de ponerme a arreglar una casa vieja en un pueblo perdido.*

—Que no, niña. Tú vas al pueblo, encargas la obra a alguna cuadrilla de albañiles del pueblo y, cuando terminen, la vendes. ¿No tienes vacaciones?

—*Sí, me deben varios días.* —En realidad me deben meses de vacaciones porque casi nunca me cojo días. ¿Para qué?

—Pues ya está. Te vienes, vas al pueblo, contratas a los albañiles y te vas. Cuando estén terminados los arreglos, le encargas a una inmobiliaria que la venda. Hay mucha gente en Sevilla que se compra casa en la sierra de Huelva; la carretera está muy bien y en una hora te pones en Aracena. Ahora Aracena es una ciudad de verdad, no como antes, que era un pueblo grande, y de Aracena a Alájar hay menos de media hora.

—*Bueno, me lo pensaré. ¿Papá qué dice?, ¿está ahí?*

—No, hija, está en el bar y no lo llames al móvil, que se lo ha dejado aquí. Eso sí, la linternita se la ha llevado. A ver, ¿para qué querrá este hombre una linterna en Triana?; ni que estuviéramos en el pueblo. Qué mal lleva la vejez.

—*Bueno, mamá, que me lo voy a pensar.*

—Vale.

Esta vez no me despido. Tras el «vale» ya ha colgado, pero yo estoy sin

palabras. Que mi abuela le hubiera guardado la linterna a mi padre me parecía un detalle que decía lo mucho que lo quería. Mi madre nunca entendió esa relación callada, sin palabras, pero con mucho amor, entre mi abuela y mi padre.

Lo que no entiendo es por qué me ha dejado la casa a mí.

CAPÍTULO 3

Un máster en la alta Penibética

No lo quiero pensar mucho. En agosto la oficina está desierta y a mí me da bajón. Todo el mundo está de vacaciones menos yo. Así que hablé con mi jefe; se sorprendió, como si hubiera visto a un perro tocando el piano, cuando le pedí un mes de vacaciones, del 15 de agosto al 15 de septiembre. Me dijo que no, pero yo creo que por costumbre. Ser jefe implica siempre negar las vacaciones a los empleados, ya si eso, graciosamente, se las concederá como haciéndole un favor. La crisis, entre otras miserias, ha conseguido hacer creer a los jefes que las vacaciones de sus empleados son un lujo y, lo que es peor, también se lo ha hecho creer a muchos empleados. Me costaron exactamente 5 segundos de silencio y mirada indiferente a mi jefe para que accediera; eso sí, por su graciosa bondad, no porque me las mereciera. Me preguntó para qué las quería —como si tuviera que darle explicaciones—; le dije que iba a hacer un máster en compraventa de terrenos pro indivisos en el mundo rural de la alta penibética. Me miró como para empezar a echarse a reír por el chiste, pero yo seguí con mi mirada indiferente —la tengo muy ensayada frente al espejo—. Mi jefe hizo como si hubiera creído lo del máster; si era por formación, me concedía las vacaciones. Ya. Y si no, también, que me debéis muchas vacaciones.

No sé por qué me he pedido un mes, supongo que por gastar vacaciones. En realidad no pienso estar más de un par de días en el pueblo para arreglar la venta de la casa de la abuela. Tengo carné de conducir, pero no tengo coche, nunca me ha hecho falta. Ahora echo de menos la independencia que te da un

coche. Organizar el viaje es un poco complicado; en tren hasta Sevilla, pero desde Sevilla hasta Alájar —maldito pueblo perdido en medio de la sierra de Aracena—, hay un autobús que sale a las 16:00. No lo quiero pensar demasiado, no quiero hacer este viaje, pero reservo AVE a Sevilla; de forma que llegaré a las 13:00, comida en casa de mis padres y a las 16:00 estaría ya en el autobús camino a Alájar. Llamo a mi madre y le cuento mis planes. «Vale», me dice y cuelga.

Preparo la maleta como si me fuera a Tailandia. En Sevilla hace un calor horrible, pero en el pueblo refresca por la noche. Echo de todo en la maleta; por si acaso, también recuerdo que una vez me compré una mochila en el Decathlon de la Castellana. Fue una vez que se me ocurrió apuntarme a un grupo de senderismo que se estaba organizando en el trabajo; nunca fui a hacer senderismo, pero la mochila la tengo. Ahí meto el portátil, la tableta, cargadores, libros, botiquín, y todo lo que se me ocurre que podría necesitar para un viaje a Asia central. No duermo bien: me dedico a ver series toda la noche.

CAPÍTULO 4

Sevilla

El viaje en AVE a Sevilla es entretenido gracias a la novela. Se lee bien en el AVE; con mis auriculares, música de Loreena McKennitt a todo volumen, evito la insoportable cacofonía de sintonías de móviles que suenan a todas horas, con sus consiguientes conversaciones entre gente extraña que le habla a su interlocutor como si estuviera en el salón de su casa. A nadie le importa ya que lo estén escuchando. A veces parece como si fuera al revés: que el hecho de que te escuchen es parte del placer de hablar a gritos, tan español, contando tus problemas.

Siempre me sorprendo cuando llego a Sevilla. Salgo de la estación de Santa Justa y me recibe una bofetada de calor; es literalmente una bofetada que me deja clavada en el sitio. Tengo que respirar varias veces para adaptarme un poco, solo un poco, el tiempo justo antes de que entre en un taxi. En el camino a casa de mis padres veo uno de esos postes verdes, tan horribles, que el ayuntamiento tiene distribuidos por toda la ciudad y que dan la hora y la temperatura. Este poste anuncia que tenemos 43 grados y solo son las 13:33. Hoy está cayendo fuego en Sevilla.

—Hace calor, ¿eh? —Me grita el taxista. ¿Por qué todo el mundo grita en España? —Esto no es nada, el otro día llegamos a 50 grados.

Exageración sevillana, ganas de impresionar, taxista elocuente. Me da igual, no tengo ganas de hablar. Intento recuperar mi acento sevillano, que perdí nada más llegar a Madrid, para responder.

—Soy sevillana. —Hay que joderse, creo que me ha salido acento mexicano. Tengo que dejar de ver series en idioma latino.

El taxista ha cogido la indirecta, buen profesional, no intenta retomar la conversación y me lleva rápidamente a mi destino: calle Pureza, en el corazón de Triana. Casa de vecinos. Patio lleno de macetas y de mucha pobreza en el ambiente. Hay mucha gente que vive en estos pisos, demasiada.

Mi madre me ha preparado un cocido —sí, en agosto— porque piensa que como mal o no como en Madrid. Pese a la evidencia, me dice que estoy muy delgada; a mí, que he conseguido subir la maleta y la mochila a un primer piso a costa de casi darme un infarto. Sudo como si acabara de hacer la carrera de San Silvestre. Da igual lo que le diga, ella habla y habla. De vez en cuando, me mira y me taladra con sus ojos; sabe lo que estoy pensando. Las madres mediterráneas lo saben todo de sus hijos, siempre, a todas horas y a todas las edades. Afortunadamente, los hijos mediterráneos hemos aprendido a distraer a nuestras madres con un arma de distracción infalible.

—¿Y papá?

—Ay, no me hables de ese hombre. ¿Pues dónde va a estar?: en el bar, con sus amigotes, jugando al dominó. Mira que le dije que ibas a venir, pues nada, él en el bar y, hasta que no termine la partida, no va a subir a comer. Y no lo llames al móvil, que no sé para qué se lo regalaste, porque siempre se lo deja aquí; además, él no entiende de esas cosas. Mira, ahí está, al lado de las llaves. Bueno, siéntate, te voy a poner de comer, que te tendrás que ir a coger el autobús.

Mientras mi madre sigue hablándome en la cocina, yo cojo el móvil que le regalé a mi padre. Buena marca, última generación. Un momento, pesa demasiado poco. Vigilo que mi madre no me vea y abro la tapa; no tiene batería. Al parecer mi padre sí que ha aprendido un poco de tecnología. Justo entonces mi padre entra por la puerta con medio cigarro apagado en los labios. Me sonrío y no solo porque viene contento del bar —quizás ha ganado o quizás es solo la cerveza—, pero me sonrío porque se alegra de verme. Me da dos besos sin decir nada y se sienta a la mesa. Mi madre sale inmediatamente y, tras reñirle un rato, que si llega tarde, que si viene puesto de cerveza, que si la niña lleva aquí media mañana... otra vez la exageración sevillana, se dedica a poner la mesa sin dejar de hablar. Mi padre no mueve un músculo, como si estuviera en el bar. Yo hago el amago de levantarme a ayudar a mi madre, pero ella me chista, literalmente. «Chiss». Como si fuera un gato que va a hacer algo que no es propio de los gatos. Ah, vale, que ahora soy la invitada; menos mal que mis tiempos de ayudante de cocina ya pasaron.

El cocido es lo más rico que he probado en meses. No quiero comer mucho, pero no puedo dejar de hacerlo. Es comida casera, recetas que pasan de

madres a hijas desde hace generaciones. Cientos, quizás miles de años, mierda, ya se me ha pegado la exageración sevillana, han pasado por las cocinas de las madres mediterráneas hasta llegar a este plato. Me temo que conmigo acabara una dinastía de cocineras caseras porque yo, aunque sé cocinar —imposible no saber si desde los 6 años estás ayudando en la cocina—, nunca me sale nada tan rico como a mi madre, y antes a su madre, y antes a la madre de su madre, y así durante miles de años, durante centenares de madres. La receta, además, debió tener su momento culminante allá por el bajo Imperio romano, ya que siempre he escuchado a mi madre decir que a su madre le salía mejor y a su abuela, mejor que a su madre. Definitivamente la receta se está perdiendo porque a mí me sale peor que a mi madre, entre otros detalles, porque no recuerdo la última vez que preparé un cocido.

El tipo al que se le ocurrió establecer el horario de los autobuses nunca ha vivido en Sevilla. Coger un autobús a las 16:00 en Sevilla en agosto debe estar tipificado como delito. Intento de suicidio por calor extremo. Desde la calle de mis padres hasta la estación de autobuses de Plaza de Armas, no hay mucho camino; se puede hacer andando en menos de media hora. Mi padre se ofrece a acompañarme para llevar la maleta, aunque yo intuyo una oportunidad de pasar un rato fuera de ese piso y de la eterna conversación —monólogo es más descriptivo— de mi madre, que no ha parado de hablar en toda la comida.

—Llámame y me lo cuentas todo —me dice mi madre en el umbral de la puerta, justo en la frontera del aire acondicionado del piso y el infierno que me espera.

Durante el camino a la estación de autobús mi padre no habla. Lleva un sombrero de paja que miro con envidia. Yo creo que me voy a desmayar al pasar por el puente de Triana, donde no hay ninguna sombra para cobijarse. Al final del puente hay otro poste verde del ayuntamiento que se empeña en recordar a todo el mundo el calor que hace en agosto en Sevilla; marca 49 grados. Afortunadamente, en la estación el aire acondicionado está salvándole la vida a las decenas de personas que a esas horas tienen que coger un autobús.

Mi padre se queda en la puerta como si entrar en la estación fuera traicionar a su patria, Triana, con alguna idea loca de algún viaje a otro sitio que no

fuera el mejor lugar del mundo: Triana. Me sonrío, me da dos besos y me pone su sombrero de paja. ¿Ahora? No dice nada y lo veo alejarse buscando la sombra. En Sevilla, en agosto, el camino más corto entre dos puntos no es la línea recta, sino la sombra.

Afortunadamente, el autobús sale medio vacío de Sevilla. Nadie en el asiento de al lado. Me espera más de una hora de viaje, así que saco la novela y me pondría los auriculares, pero aquí no habla nadie, no suenan móviles; nada que ver con el AVE. Empiezo a darme cuenta de que voy a la Andalucía profunda. En cualquier caso sigo con la lectura, pero el cocido de mi madre debe tener alguna especie estupefaciente y, aunque me resisto, me estoy quedando dormida. Nunca duermo en un sitio público. Admiro a los que se echan la cabezada en el metro; yo soy incapaz, pero entre el cocido, el calor y el movimiento del autobús, me estoy quedando completamente dormida.

Me despierto de golpe. El autobús está detenido y, desde su asiento, el conductor grita —debe haberlo hecho varias veces—: «ALÁJAR». Me grita a mi mirándome sonriente por el espejo retrovisor. Recojo la mochila, me bajo sin mirarlo y saco mi maleta del maletero del autobús. Casi inmediatamente el autobús sale a más velocidad de la recomendada; supongo que le he causado algún retraso. Miro a mi alrededor; es como si hubiera viajado en el tiempo a una película de los años cincuenta. Casas blancas, calles adoquinadas, un calor horrible y un viejo con pantalón negro, camisa blanca de manga larga remangada hasta los codos, boina y bastón, sentado en un banco de la plaza, me mira sonriente. Por un momento me siento mareada y confundida. Aquí sigue haciendo mucho calor aunque no sea Sevilla; creo que lo veo todo en blanco y negro.

Seguramente el viejo no tiene otra cosa que hacer porque no para de mirarme inmóvil en su banco. Es posible que no haya visto a una mujer como yo en años; mi maleta, mi mochila, la tableta que tengo en la mano deben parecerle de otro mundo. Entonces se levanta la boina a modo de saludo, mete su mano derecha en el bolsillo de su pantalón, saca un móvil, y me hace una foto.

CAPÍTULO 5

Una casa en ruinas, un perro pulgoso y sin cobertura

Hace un calor horrible. No me lo pienso mucho y comienzo a andar en dirección a la casa de la abuela. ¿O debería decir mi casa de la sierra? No, será la casa de la abuela hasta que la arregle y la venda. Entonces solo será dinero en la cuenta corriente, un dinero que no me hace falta; tengo de sobra a base de no gastar. Mi sueldo como abogada es muy bueno, más que el de muchos de mis compañeros, pero es que también le doy mucho dinero a mi empresa, más que muchos de mis compañeros. Consigo que grandes empresas paguen menos dinero en impuestos. Todo legal. Todo según la normativa. Todo a base de explorar la farragosa y nunca entendible normativa fiscal del farragoso y nunca entendible Ministerio de Hacienda.

El camino a la casa era muy sencillo, lo recuerdo bien. Se coge una calle que sale directamente de la plaza del pueblo y solo hay que seguirla, cuesta arriba, hasta la carretera. Creí que era más corta, supongo que de niña se me hacía corta. El caso es que me ha costado mi buena media hora. La mochila y la maleta me pesan como si fueran de plomo, tengo que hacer más ejercicio, estoy a punto de echar el hígado por la boca. Rectifico: tengo que hacer algo de ejercicio. Joder, cómo pesa la maleta; con esas ruedecillas ridículas, no para de dar saltos. Buena para el suelo de un aeropuerto, inútil en una adoquinada calle de un pueblo de la sierra. Ya estoy en la carretera, ahora a andar hacia la izquierda unos metros y ya veo el camino de tierra. Esto no va a ser fácil. Joder, qué calor... Pero si en la sierra hacía más fresco. Aquí no hace el calor de Sevilla; esto es más seco y más duro. El infierno sevillano es húmedo, es como estar en una sauna: esto se parece más a un desierto cuando no tienes sombra y el sol te achicharra.

Ya estoy en el camino. Esto es todavía más cuesta arriba y ahora es un camino de tierra. La maleta se resiste, casi la tengo que llevar arrastrando. Me estoy poniendo de polvo que parezco recién salida del París-Dakar cuando

todavía era en África. No he traído ni una mala botellita de agua y tengo la garganta seca. Aquí al menos hay árboles y el sol me da un respiro. Hay una diferencia de 10 grados entre estar directamente al sol a estar en la sombra de estos árboles; creo que son alcornoques. Otra media hora de camino que se me ha hecho eterna y ya estoy enfrente de la valla de la casa de la abuela. Hay un muro de piedra a media altura cubierto con alambre de espinos oxidados. El muro termina a ambos lados de una valla metálica que da soporte a la puerta de entrada al terreno que hay antes de la casa. Es un portón de hierro antiguo, con barrotes, también oxidados. Esto está en ruinas. De todas formas me acerco, meto la llave y con mucho esfuerzo consigo girarla. Creo que se me va a romper en cualquier momento. Estoy sudando a mares y no veo el momento de estar dentro de la casa. Consigo abrir la cerradura, pero la puerta no cede; esta no se ha abierto en mucho tiempo. Empujo con el hombro, me hago daño, pero, al tercer empujón, la puerta cede un poco. Por un momento creo que se va a caer, pero no. Se abre unos centímetros. Otro empujón, otros centímetros, y no me aguanto más. Le doy una patada que solo sirve para abrirse otros centímetros y dejarme la pierna dolorida.

De todas formas está abierta lo justo para entrar. Aguantando la respiración, empujando la maleta y tras mil esfuerzos, consigo entrar. Me apoyo en la puerta por dentro y, empujando con los pies, logro que se cierre. Bien, estoy dentro. Hay un camino de piedra descuidado que lleva a la casa, que está a unos 7 metros. La casa de la abuela tiene un aspecto lamentable. Es la típica casa de campo andaluza, de paredes blancas y tejado de tejas rojas. Parece de cuento, pero de cuento de miedo por lo descuidada que está, con desconchones aquí y allá, con tejas caídas, con una chimenea que se ve obstruida y medio derrumbada.

Joder, sí que hay trabajo aquí y mucho dinero que invertir. No sé si será un buen negocio, supongo que sí. Doy un paso hacia la casa y escucho el inconfundible gruñido de un oso o de un lobo. Me quedo petrificada. El sudor que me sale a chorros por todos los poros de mi piel se me hiela. Voy a morir. Esto es la sierra, aquí debe haber osos y lobos y vete tú a saber qué más animales salvajes y peligrosos. Voy a ser devorada por un oso, como Leonardo DiCaprio en *The Revenant*. Seguro que alguno se ha colado en casa de la abuela y la ha hecho su guarida. Ahora soy una intrusa y el oso me

atacará. Moriré miserablemente, sudada y despeinada; eso sí, con una inútil maleta llena de polvo. Los del CSI de Huelva se lo van a pasar bien con mi cadáver. Miro a mi derecha, de donde sale el gruñido.

Me cuesta identificar al animal salvaje que me gruñe. ¿Un oso?, ¿un lobo? No, es un puto perro salvaje, pulgoso, lleno de greñas. Me recuerda al perro de esos dibujos animados muy antiguos que veo en uno de mis canales de Youtube. ¿Cómo se llamaba?; ah, sí, claro, *El perro pulgoso*. Le pega a este bicho. Mi muerte será aún menos glamurosa. No moriré luchando contra los caminantes blancos junto a Jon Snow, sino devorada por un perro pulgoso. Hostia puta, este es el perro del que me advirtieron mis padres, lo había olvidado completamente. Intento darme la vuelta para salir por donde he venido, pero la puerta está atascada; no me extraña. Salir corriendo es imposible: ni puedo ni llegaría a dar un par de pasos antes de que este bicho pulgoso me alcanzara. Estoy gorda. Yo no soy gorda, pero me siento gorda; ahora, más que nunca, me siento gorda. Me enfado. Estoy cansada y sudorosa y me muero de calor. Estoy enfadada por haber venido, por haberle hecho caso a mi madre, por no estar en mi piso de Madrid con aire acondicionado. Estoy enfadada como hacía tiempo que no lo estaba.

El perro me gruñe, parece a punto de lanzarse sobre mi garganta. Lo miro.

—¡¡¡Que te calles, perro pulgoso!!!

Hay que joderse. El perro me mira como si le hubiera dado los buenos días y deja de gruñir. Es como si al tercer y último intento hubiera conseguido, por fin, meter bien la contraseña en el ordenador, y tengo libre acceso a mi escritorio. Se acerca y me lame la mano —¡qué ascoooooooooooooooooo!—, y se va trotando en busca de la sombra del porche de la casa.

¿Qué ha pasado aquí? Ahora recuerdo que mi abuela siempre daba órdenes a todo el mundo menos a mí, que era un amor, y ella siempre me trataba con dulzura. Pero a los animales de la casa les daba órdenes, especialmente a los perros. Anda, ese va a ser el truco. He visto muchos capítulos de *El encantador de perros* —sí, mi vida es muy aburrida— como para saber todo el rollo ese de ser el macho alfa, el líder de la manada y todo eso. Pero, claro, como no tengo perro —de hecho no tengo ningún animal—, nunca lo había practicado; así que, si le doy órdenes al perro, entonces este me obedece porque soy el ama, la macha alfa, o la hembra alfa... ¡Vamos, la puta jefa de la manada! Olé, yo.

Pues ya podía el perro pulgoso ayudarme con la maleta. La arrastro por el camino de piedra hasta el porche de la casa; el perro está tumbado junto a los restos de lo que parece ser un animal a medio devorar, o una rata o un conejo. No quiero mirar mucho, pero se ve que el perro se ha buscado la vida mientras estaba aquí. Voy a practicar mi nuevo papel de jefa.

—¡Fuera de aquí! —le ordeno. El perro me mira; casi me parece oír la risa cínica del perro pulgoso de los dibujos animados, porque este chucho no se mueve—. ¡Te ordeno que te vayas!

Nada. Así que hay órdenes que este pulgoso no obedece. En fin, al menos ya sé que no me morderá, de momento y mientras tenga otras cosas que comer. Con la puerta de la casa, me sucede lo mismo que con el portón de entrada: abro la cerradura, pero me cuesta horrores conseguir que se abra la puerta. Dentro de la casa el paisaje es desolador: todo lleno de polvo, todo muy antiguo, todo viejo.

Hay un salón con chimenea, un sofá, una cocina, una mesa, dos sillas, una mecedora y poco más. Hay una puerta que da a un pequeño cuarto de baño, váter y plato de ducha casi en el mismo espacio. Una escalera de piedra lleva a la parte de arriba, donde recuerdo que hay dos dormitorios. Subo con temor a que la casa se me caiga encima en cualquier momento. Arriba está oscuro. Noto que la temperatura dentro es muy fresca, nada que ver con el exterior. Estas casas de la sierra están bien hechas, bien pensadas, con muros exteriores anchos para evitar el frío en invierno y el calor en verano. Abro la puerta de la habitación de la abuela: todo está como ella lo dejó. Me da no sé qué, me parece que aún está aquí, como si todavía estuviera muerta en su cama, pero no. La cama está hecha, pero en esta habitación solo hay polvo. En el otro cuarto, hay dos camas. Mejor me quedo aquí; la habitación de la abu me da miedo. «La abu», hacía mucho que no la llamaba así.

Cojo una muda de la maleta: unas chanclas, una camiseta y un pantalón corto. Bajo y me doy una ducha rápida. Casi me ducho con barro, que es lo primero que salía de la ducha, tras hacer unos ruidos horribles como de tos seca. Creí que la casa se derrumbaba, pero no. Al final salió un agua limpia y helada. Ni idea de dónde está el termo aquí, pero, con el calor que traigo, el agua fría no me vendrá mal, aunque esta no es agua fría, es agua helada. Cuando salgo quito el polvo de una mecedora, abro las ventadas y me siento frente a la chimenea, vacía. Hay un bulto frente a la esta; es el perro

pulgoso. Me mira triste; se me ocurre que está angustiado porque echa de menos a mi abuela.

Siento un poco de simpatía por el chucho.

Subo a la habitación y bajo con un bocata de jamón que me había preparado mi madre. Lo parto por la mitad y lo comparto con el chucho. Él, muy exquisito, lo coge y se lo lleva fuera. Buen chucho; en el salón no se come, se come fuera. En el porche lo devora en dos segundos y vuelve. Me mira con cara de cachorro abandonado cuando este perro debe estar ya en la vejez. No me resisto y le doy mi mitad. Lo vuelve a coger y vuelta al porche. Me está cayendo bien este perro. Hala aquí está otra vez.

Le enseño las manos vacías, me gruñe y se va. Será hijo de perra. Me hago gracia con mi chiste.

Salgo yo también al porche, está anocheciendo. Me siento rara, no me gusta esto. Estoy desubicada, como un neoyorquino en la selva amazónica; o sea, como una urbanita madrileña en la sierra de Huelva... Pero, por otro lado, yo aquí fui una niña feliz, eso lo recuerdo. Es como si hubiera vuelto a un rincón de mi infancia, no sé. Saco la mecedora y me dedico a contemplar el atardecer. Jipi *shill out* en Ibiza, pero aquí no hay música electrónica, solo los pájaros y la respiración ruidosa del pulgoso este. En cualquier caso, viendo el atardecer, tengo una sensación de paz, de calma, de estar en un buen lugar. Huele muy bien, no sé a qué; me recuerda a una pizza o a un ingrediente de pizza. El caso es que huele de maravilla.

Tengo que llamar a mi madre, que le prometí que llamaría. Busco el móvil, me lo llevo a la mecedora del porche; lo miro y no hay cobertura. Juraría que el perro pulgoso ha vuelto a reírse.

CAPÍTULO 6

Esto no es Madrid

La noche ha sido horrible. Cené algunas galletas y zumo que también me había traído de Sevilla.

Dormí en la habitación de enfrente de la de mi abuela, pero, durante toda la noche, esperé que se abriera la puerta y apareciera ella en camisón. No es que tuviera miedo —bueno, un poco—; pienso que, si mi abuela fuera un fantasma, no me haría daño. Pero el caso es que no he dormido apenas. En la casa no hace calor, se está bien. Recuerdo esas horribles noches de verano en Sevilla, en las que mi padre subía colchones inflables a la azotea y allí, junto con otros vecinos, intentábamos dormir algo.

La habitación huele a viejo, a rancio, a polvo. A las 3:00 de la madrugada, el perro pulgoso ladró dos veces. Ladridos fuertes y amenazadores. Temí que fuera a estar molestando toda la noche, pero no, solo fueron dos ladridos. También temí que molestara a los vecinos, pero aquí no los hay. Es rara esa sensación de no tener vecinos, de no tener a nadie cerca que te moleste ni a quien molestar. No entiendo de perros, pero creo que era un aviso para alguien o algo que se había acercado demasiado. «Si das un paso, tendrás problemas», o algo así, creo que querían decir esos ladridos. No volvió a ladrar más en toda la noche. Buen perro. El caso es que, a las 8 de la mañana, ya no aguanté más. Hace un sol impresionante. Me he vestido con lo mismo de ayer: pantalón corto y camiseta. Me como una barrita energética que encontré en algún bolsillo de mi maleta y me voy al pueblo. Cojo mi gran mochila y meto el móvil, la tableta y la cartera. Demasiada mochila. Vuelvo a mirar el móvil, sin cobertura. Pienso si no estará estropeado; es la primera vez que lo veo sin cobertura.

Cuando me dirijo a la puerta de la cancela de la entrada, el perro trota a mi lado. Ya en la puerta, me mira. Creo que su mirada quiere decir: «¿Nos vamos de paseo?» Me resulta extraño, nunca he tenido mascota, ni siquiera un hámster, pero parece que entiendo las miradas del pulgoso este.

—Yo voy al pueblo a desayunar y a hacer algunas gestiones. Tú te quedas aquí guardando la casa.

Lo flipo. El perro se ha dado media vuelta y se ha vuelto a acomodar a la sombra del porche. Buen perro pulgoso, me está empezando a caer bien. Tengo que recordar traerle algo de comer. No sé, un hueso, ¿no?; ¿no es eso lo que comen los perros?

Tras mucho esfuerzo consigo abrir, salir y volver a cerrar la puerta de la cancela exterior. Me muero de hambre. El campo está precioso esta mañana. Comienzo a recordar los ritmos de mis veranos. Me levantaba muy

temprano, desayunaba, siempre pan con aceite y Cola Cao, y me iba al pueblo. A las 10:00 de la mañana ya había un grupo de no menos de diez niños jugando en la plaza principal. A las 14:00, que el calor apretaba, las madres comenzaban a llamar a los niños a comer.

Después, la sagrada hora de la siesta.

La sexta hora romana. Me encantan las series de romanos. *Roma*, las dos temporadas son geniales, aunque los libros de Simon Scarrow sobre los centuriones Cato y Macro me gustan más. Los he leído todos, los quince, por no hablar de la serie *Spartacus*, las tres temporadas; no ahorran en sexo ni en sangre en esa serie, ni en *slow motion*, cámara lenta hasta para tomar la sopa. Cuando la terminé volví a ver la película de Stanley Kubrick con Kirk Douglas en estado de gracia. Me siguió gustando aunque la noté descafeinada con respecto a la serie; ni había tanta sangre ni tanto sexo. Ya que estaba, encontré en una librería de viejo la novela que inspiró a Kubrick y a Douglas. El autor, un tal Howard Fast, la escribió en la cárcel en plena represión de Estados Unidos contra la amenaza comunista. El escritor había colaborado en la creación de un hospital en Francia, al final de la guerra civil española, para acoger a los refugiados. El todopoderoso director del fbi exigía saber los nombres de los estadounidenses que, poniendo dinero de su bolsillo, habían colaborado en la creación de ese hospital. Fast se negó y lo encarcelaron. Es curioso cómo la historia del esclavo rebelde y la del escritor rebelde se unen. Alguien debería hacer una película sobre Fast.

En Roma o en Hispania, al menos en mi niñez, hasta las 19:00 cada uno estaba durmiendo la siesta recluido en su casa, o lo hacía a la sombra; o, si tenías suerte, te podías bañar en la alberca. Nosotros teníamos una alberca y la usábamos a esas horas para refrescarnos. Yo iba mucho a las albercas de los otros niños. Supongo que ahora tendrán piscinas. Los otros niños no venían a la nuestra, les daba miedo mi abuela y sobre todo mi madre, que siempre los regañaba por todo.

Se me ha hecho corto el camino hasta el pueblo. Claro, ahora es cuesta abajo, pero también es un paseo agradable a esta hora y sin arrastrar ninguna maleta. Entrando en el pueblo veo un viejo sentado en un burro que va como a cámara lenta, *slow motion* rural, saliendo del pueblo. Con una varita lo azuza, el burro ni caso. El viejo lleva sombrero de paja de ala ancha y medio cigarro apagado en los labios. Me mira y sonríe como si hubiera visto algo

gracioso.

—Buenos días —me grita con un acento muy cerrado.

—Buenos días —respondo. Ya había olvidado que en los pueblos todo el mundo se conoce y se saluda aunque no te conozca de nada.

Me parece una escena irreal en pleno siglo xxi. Estoy enganchada con una serie sobre conquistadores de América. Me encanta cómo nombran los años: «el martes veinte y cinco de aquel año del señor de mil quinientos y trece, a mayor gloria de nuestro señor, el muy católico rey Fernando, avistamos el mar del Sur». Creo que en 1513 también habría un viejo en un burro con un sombrero de paja y una vara para azuzarlo aquí, en la sierra de Huelva. Hay imágenes que duran 500 años, al menos en la profunda sierra de Huelva. Desde luego esto no es Madrid.

En media hora ya estoy en la plaza del pueblo y allí veo un único bar: Casa Pepe. Siempre hay un

Casa Pepe en cada pueblo de España; creo que, si fuera una franquicia, el tal Pepe estaría en la lista Forbes de los hombres más ricos del mundo. Entro y no me sorprende. Ninguna mujer. En varias mesas hay grupos de hombres jugando a las cartas y al dominó. Voy a la barra, donde un tipo joven, treinta y pocos, me sonrío a la par que me da los buenos días. Pido un café cargado y una tostada con aceite y jamón. Encuentro una mesa libre y me siento. Durante un minuto todos los parroquianos del bar me han echado una mirada. Todos menos uno, un tipo extraño que no encaja en la escena. Allí todos son del pueblo, todos son viejos, todos visten como una espera que vistan en los pueblos. A ver, no es que vayan en pantalón de pana —bueno, uno sí—, pero el que no tiene boina tiene gorra y hay una curiosa coincidencia en llevar camisa blanca de mangas largas remangadas por encima de los codos; para eso, mejor una camisa de mangas cortas.

El tipo que no encaja es raro. Tendrá mi edad, treinta y muchos, barba y pelo castaños. Tiene el cabello por los hombros, la barba descuidada y larga. No de esas barbas de hípster, que ahora abundan en Madrid, largas, cuidadas, brillantes, cortadas al milímetro. Imprescindibles unas gafas de diseño por encima de alguna nariz diminuta. El tipo este viste con un pantalón rojo bombacho y una camisa a rayas con más colores de los que puedo nombrar; parece un jipi recién trasplantado de Tailandia. Está jugando al dominó con tres viejos que me miran. El jipi coloca una pieza con mucho cuidado, como

si la estuviera situando dentro de un puzle. El viejo de su derecha sonríe y pega un manotazo en la mesa al soltar su pieza; el siguiente pone la suya con más fuerza, y el tercer viejo no va a ser menos y, del golpe que pega, se mueven todas las fichas. El jipi, sin prisas, las coloca de nuevo siguiendo la figura geométrica que están creando entre los cuatro. Se para, piensa. Los viejos sonríen mirándolo; hay una complicidad curiosa entre esos cuatro. Miro sus bebidas: dos copas de anís, una de coñac y un té. Sí, el té es para el jipi.

No puedo seguir mirando a la mesa de al lado porque el camarero ha venido con un vaso de caña con algo marrón oscuro, casi negro en su interior; creo que es mi café cargado. Estoy segura de que podría poner la cucharilla en el centro sin que se caiga. Pero lo que me más me impresiona es la tostada, es como mi portátil abierto. Con unas buenas lonchas de un jamón que huele de maravilla, y tan impregnadas de aceite que creo que el jamón está flotando. No sé si podré comerme todo esto; bueno, sí que podré, aunque necesitaré otro café.

CAPÍTULO 7

El arca de Manué

Me siento extraña cuando salgo del bar. Por varias razones: porque el súper desayuno me ha costado 3 euros, o sea una tostada con jamón y aceite, como para subirse en ella y remar hasta América, y dos cafés tan cargados que costaba mover la cucharita, por solo tres euros. Esto no es Madrid y no está claro si el tipo del bar —que ya me cae bien— hará o no negocio. Lo que sí está claro es que se acaba de ganar una clienta para toda la vida.

Otra razón por la que me siento extraña es que al salir ya está bien entrado el día, pero un día de agosto en la sierra y hace calor al sol. Nota mental: ponerme siempre el sombrero de paja que me dio mi padre. Este sol quema. Engaña la sensación de estar en la sierra. Hace fresco, sí; más que en Sevilla, sí, pero aquí también hace calor.

Pero la razón que más me tiene descolocada es el jipi del dominó. Cuando ya había pagado mi desayuno y me disponía a salir, le eché un vistazo. El tipo me estaba mirando fijamente y con una sonrisa de oreja a oreja. Era como el emoticono sonriente, pero con pelo y barba a lo Jesucristo *superstar*. Y el tipo fue y me saludó con una mano como si me conociera de toda la vida. Yo respondí con un gesto mínimo. Pero ahora, aquí, en la calle, no paro de darle vueltas y yo a ese tipo no lo he visto en mi vida. Joder, que sale del bar y me sigue mirando. Me recuerda a Tom Hanks en *Forrest Gump* cuando se deja las barbas y echa a correr por todo Estados Unidos. Este tío tiene esa pinta; despista la camisa y el pantalón bombacho, más propio de una comuna jipi de Tailandia. Me sigue mirando. No sé qué me da más miedo: si que me mire tan fijo o que me sonría como si hubiera descubierto América. Me voy de aquí.

¿Cuál era el plan? Ah, sí, comprobar el móvil. Bien. La buena noticia es que tengo cobertura, la mala es que tengo doce llamadas perdidas de mi madre. Tengo que atacar o esta mujer avisará a la Guarda Civil. Comunicando. Genial, al menos yo he cumplido.

Segunda parte del plan: llamar a la inmobiliaria de la sierra de Aracena que, en Internet y desde Madrid, me pareció más solvente, la que tenía una web más cuidada. Cinco minutos me cuesta concertar una cita para pasado mañana a las 11:00. Vale, en un día le doy un lavado de cara a la casa; al menos me valdrá para una primera evaluación.

Tercera parte: arreglar un poco la casa. Para eso necesitaré algunas herramientas. No soy fan de *Bricomanía* para nada, pero, vamos, que la casa la arreglo yo, al menos en primera instancia, señoría. Ya si la cosa se complica, contrato a unos albañiles a costa de subir el precio que me ponga la inmobiliaria. ¿Dónde estaba aquella ferretería? Ah, sí, saliendo de la plaza principal, primera calle a la derecha.

Sigue aquí. No recordaba el nombre: El arca de Manué. Muy apropiado. La típica ferretería de pueblo en la que puedes encontrar de todo: desde cartuchos para la escopeta hasta pintura, pasando por comida para los pollos. Suena el móvil: mi madre.

—¿Sí?

—Hija, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Has dormido bien?
—*Sí.*

—¿Has desayunado bien?
—*Sí, muy bien, mamá.*

—¿El perro ese te ha atacado?
—*No.*

—¿Lo has echado de la casa?
—*No.*

—¿Lo has matado?
—*No.*

—Podrías comprar veneno y ponérselo en una hamburguesa.
—*No voy a matarlo. El perro no da problemas y de momento se queda donde está.*

—¿En cuánto te han dicho que te compran la casa?
—*No me han dado precio todavía. Voy a ver si arreglo algunas cosas y pasado mañana vendrán a verla.*

—¿Cuándo?
—*Pasado mañana.*

—¿Y tú vas a arreglar la casa?
—*Sí, un poco.*

—Mejor le digo a tu padre que vaya y él la arregla y tú te vienes.
—*No, mamá, yo la arreglaré. No metas a papá en esto.*

—¿Estás bien?
—*Sí.*

—¿Estás comiendo bien?
—*Llegué ayer, mamá. No te preocupes. Aquí hay un bar muy bueno.*

—Que no te engañen, que los de pueblo saben que eres turista y te cobran más caro.
—*No soy turista y no cobran caro.*

—Bueno, te dejo que no me cuentas nada. Luego te llamo.
—*No hay cobertura en la casa, mamá.*

—¿No hay cobertura?

—No.

—¿Y si te atracan?

—*El perro me defenderá.*

—Bueno, tampoco es que hay mucho que robar. Te dejo. Vale.

—*No te preocu...*

Ya ha colgado. No sé si me entiendo bien con mi madre, si tenemos esa comunicación casi telepática que tienen algunas madres con sus hijas o todo lo contrario; lo mismo ella sí la tiene conmigo y sabe en todo momento lo que pienso aún antes de decirlo... Por mi parte, hace tiempo que desistí de intentar saber cómo y en qué piensa en cada momento mi progenitora.

Dentro de la ferretería todo está oscuro. Hay como un pasillo estrecho y decenas —casi diría centenares— de objetos por todos lados: en estanterías, en el suelo, en el mostrador, colgados del techo. Aquí hay de todo. Tardo un rato en acostumbrarme a ver tantas cosas: hachas, navajas, azadas... Esto es como un Leroy Merlin concentrado en cinco metros cuadrados. Un ventilador remueve el aire y no se está mal. No hace ese frío de los grandes almacenes, pero la temperatura ha bajado unos grados con respecto a la calle. Aprieto los labios. Veo un elemento que me parece que no encaja, pero que me hace sonreír: un datáfono. Mi tarjeta de crédito tiembla en lo más recóndito de mi monedero.

Detrás del mostrador aparece un hombre de una edad indefinida, canoso; podría parecer un jubilado de los que se dedican a ver y opinar sobre las obras, pero está muy fuerte. Parece un monitor de un gimnasio para la tercera edad con la reglamentaria camisa blanca de manga larga remangada sobre unos bíceps importantes. Me sonrío.

—Buenos días, Tomillo.

—¿Perdón?

—Que qué es lo que quieres.

—¿Cómo me ha llamado?

—Tomillo.

—Se ha equivocado. Lo siento, me temo que no lo conozco.

—Claro que sí. Tú eres Fina la Tomillo.

—Hum. Debe haberse equivocado, me confunde con otra persona.

—Tu eres Fina, la nieta de Fina, la que murió la semana pasada y te ha

dejado la casa.

—Sí, bueno, mi abuela Josefina murió, pero...

—Pues eso, Fina la Tomillo. Aquí en la sierra todos tenemos motes, niña. Tu abuela era Fina la Tomillo porque toda tu familia son los Tomillos y, como tú te llamas igual, pues Fina la Tomillo. —Ah.

—Yo soy Manué El Tuercas. Mi abuelo fue el que puso esta ferretería y de ahí el mote de la familia.

—Creía que los motes eran para las personas.

—Sí, y para las familias. La casa de tu abuela, tu casa ahora, es una de las que tienen los mejores tomillos de la sierra. Siempre ha sido la casa de tu familia y ahora es la tuya. Tienes mucha suerte, niña.

—Gracias.

—Siento mucho lo de tu abuela. Era una gran mujer, en el pueblo todo el mundo la quería. El entierro fue de los mejores que se han hecho en muchos años y, créeme, cada pocos meses se nos muere un viejo.

—Ahm. Gracias.

—¿Y qué querías, niña?

—Pues quiero arreglar un poco la casa antes de venderla.

—¿La vas a vender?

—Sí. Yo vivo en Madrid, no podría venir los fines de semana. Creo que es lo mejor.

—¿Y tu padre qué dice?

—Le parece bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—Quia.

—¿Perdón?

—El burro va a la fuente cuando tiene sed, pero no antes. —El tipo me sonrío como si me acabara de explicar la teoría de la relatividad de Einstein.

—Vaaaaaale.

—Entonces, ¿qué es lo que necesitas para arreglar la casa?

—Supongo que de todo.

—Aquí hay todo.

—¿Puedo pagarle con tarjeta?

—Claro, niña, claro. —Ahora su sonrisa es distinta. Este tipo es un vendedor, no es que sepa vender, es que le gusta vender. Cuidado, abogada, cuidado; al otro lado del mostrador hay un ser humano tan listo como tú, aunque no haya pisado una universidad.

CAPÍTULO 8

Tailandia

Latas de pinturas. Sí, claro, pintura para la valla de la entrada. Claro. Un poco de yeso, escayola y cemento; bueno, cada uno tiene su función. Brochas, claro. Espátulas, sí. Y esto y aquello y lo que no soy ni capaz de nombrar. ¿Qué demonios es una llave pico de loro y para qué sirve? Sí, Manué El Tuercas me explicó muy bien que, si las tuberías están mal, es necesaria. Claro. Pero, vamos, que yo la compré por el nombre, que me hizo gracia, porque no tengo ni idea de cómo usarla. El carrito de mano, que llevo empujando a trompicones desde que salí de la ferretería, sí que es súper necesario; ¿cómo voy a llevar tantas cosas si no? Lo de empujarlo por este camino ya es otra historia. Al final he decidido ponerme yo delante y tirar del carrito. El carrito está bien; lo que no entiendo es cómo me convenció para lo del mono azul de currante, los guantes y las botas de trabajo. En agosto, o sea, me voy a morir de calor. No creo que me lo ponga en la vida el mono azul este, ni tampoco las botas.

Menos mal que paré en el bar de esta mañana y compré cuatro bocadillos —dos de jamón y dos de chorizo—, porque no tengo nada para comer y ahora son las 14:00. Cae un sol achicharrante y no sé si seré capaz de llegar a la casa de la abuela. No me queda más remedio. Ánimo, abogada, que tú puedes. Joder, en Madrid no noto tanto que tengo sobrepeso. Vamos, que estoy gorda, gordita, rellena, sobrada, o cualquier eufemismo al uso. El caso es que estoy sudando como una cerda y rumiando como una vaca. Por fin llego a la valla y la abro con menos dificultad que ayer. El perro pulgoso me

está mirando desde la sombra del porche; juraría que se rio al verme así. En cualquier caso se ha vuelto a recostar para continuar ejerciendo lo que parece ser la ocupación más razonable para todo el mundo en esta parte de España, con este calor: dormir la siesta.

Dejo el carro a la sombra, le echo un bocadillo al perro, que comienza a devorarlo mientras yo me doy una ducha. Al salir me siento mejor. Ropa limpia, la casa está fresca. Bendita construcción de pueblo. El bocadillo de jamón me sabe a gloria. Debí haber pedido cerveza, pero el agua fresca está bien. El perro ha vuelto a dormirse, si es que se había despertado del todo. Yo voy a hacer lo mismo.

La siesta es obligada con este calor. Jornada partida. Después de la siesta comenzaré a currar.

Más de dos horas. Me he dormido más de dos horas. Ya ha pasado lo más duro del día. Es curioso, pero en Madrid nunca duermo la siesta. Claro que en Madrid no hace este calor. que impide pensar entre las 13:00 y las 18:00. Por eso, aquí, en el sur, la gente madruga tanto y se acuesta tan tarde. Aquí se trabaja mucho, sobre todo en el campo, pero con otro horario. Me pongo manos a la obra —nunca mejor dicho—. Pulgoso —lo llamaré así— me mira con poca curiosidad. Yo comienzo engrasando y limpiando la puerta de la valla de la entrada para pintarla mañana.

Al dar la vuelta a la casa, descubro el huerto de la abuela. Es verdad que hay mucho tomillo. A eso olía anoche; no era a pizza sino al tomillo que llevan algunas pizzas. Está descuidado, pero se ve que ha sido muy trabajado. Nada, pues, a arreglarlo. Seguro que aumenta el precio de la casa. Humm, el techo también necesita reparaciones. Concentración. No puedo arreglarlo todo en un día, así que me dedicaré a lo que se ve. Me estoy poniendo hasta arriba de suciedad, polvo, tierra y no sé cuántas porquerías más. Me duelen las manos, hacía mucho que no las usaba para algo que no fuera teclear una PC, un portátil, un móvil o un mando a distancia... Pero no recuerdo cuándo fue la última vez que trabajé con las manos. Espera, que El Tuercas me vendió unos guantes. Genial. También tengo los pies negros: las sandalias, echadas a perder. Hum.

Me pego otra ducha rápida. Mientras me ducho lavo la ropa que llevaba, incluidas las sandalias. Truco de solterita con poco tiempo. Al salir me pongo el mono azul, que es curiosamente muy ancho y fresco, las botas y los

guantes; parezco Mario Bross sin bigote. Para rematar me pongo el sombrero de paja de mi padre y salgo de la casa a seguir trabajando. Al pasar por delante de Pulgoso, juraría que se volvió a reír. Se lo pasa bien el chucho este conmigo.

Esto marcha. Limpio el porche, menos donde está el perro, que no se mueve. Despejo el camino de la entrada, cubro desconchones de la fachada, aplico un spray desengrasante a la cerradura. Bien, la primera visión de la casa ya es otra cosa. Un momento, ¿qué estaba haciendo yo antes de disfrazarme de fontanero de videojuego? Ah, sí, el huerto. Voy a la parte de atrás, aquí hay más curro. La azada, ahora le veo sentido a comprar una azada. Remarco los surcos de la tierra; nada profundo, solo para dejar claro que aquello está cuidado. De repente algo me descoloca. Ha aumentado el volumen de los pájaros. ¿Qué pasa? Hostias, que se está poniendo el sol. Buf, bueno, buen momento para parar. Nueva ducha. Dejo el mono tirado en el suelo, junto con las botas y los guantes. Me pongo otros pantalones cortos y otra camiseta. Menos mal que traje la maleta llena. Las chanclas ya están limpias y secas.

Me siento en la mecedora del porche con mi bocadillo —esta vez de chorizo—, y le dejo en el suelo el suyo a Pulgoso, que lo devora. ¿Pero este no estaba dormido? Miro cómo lentamente el sol se pone a través del valle. Hoy veo más cosas: colinas verdes llenas de alcornoques, encinas, algún pino. Hay casas aisladas a lo lejos que conforme oscurece van encendiendo las luces de la entrada. Algunas son rústicas y se nota que muy de campo. Otras, sin embargo, parecen nuevas; imitan a las rústicas, pero se les nota que no son usadas para trabajar; son segunda vivienda de alguien con dinero, de Sevilla o de Madrid.

Cuando por fin cae la noche y los pájaros dejan el escándalo, hay un silencio absoluto; dura solo unos segundos. Al momento comienzan los ruidos nocturnos. Insectos, grillos sobre todo, pero también ranas, y yo qué sé qué más animales. Llevo medio bocadillo cuando mi cuerpo dice que me he pasado esta tarde y que se vengará. Me duele todo, tanto que apenas tengo hambre. Creo que es la primera vez que no tengo hambre en mucho tiempo. Pulgoso me mira a los ojos y a mi medio bocadillo. No hace falta saber el lenguaje cánido para entender lo que quiere. Se lo enseño para confirmar, pero él asume que es un regalo, y me lo quita de un bocado.

Está bien, no voy a comer nada más. Solo quiero descansar, estoy molida. Joder, ni aquella vez que fui al gimnasio y estuve diez minutos en la bicicleta, me sentía tan cansada. ¿Qué me ha pasado?, ¿por qué he currado tanto? Pues porque me estaba divirtiendo... Mañana estaré fatal. Me cuesta hasta levantarme de la mecedora y, entonces, lo oigo; es el sonido de una flauta, pero no es una flauta normal. O sea no me suena como las flautas dulces o traverseras europeas; parece una flauta oriental, china, japonesa o india. A veces se escucha mejor y otras veces no se escucha nada. Es el viento. Hay una brisa que trae el sonido. Me concentro. Me muevo con dificultad de un lado a otro y por fin identifico de dónde viene el sonido: del pueblo.

La curiosidad es más fuerte que el cansancio y el hambre me ha vuelto. No mucha, pero sí la suficiente como para saber que no dormiré si no como algo antes. La enorme linterna, casi un faro, que me vendió El Tuercas cobra sentido. Eso sí, la mochila de cazador que me colocó, y yo no sabía para qué, me va a servir ahora. La mochila tiene la mitad del tamaño de la que me compré en el Decathlon, pero es amplia; me cabe perfectamente el portátil. Al menos ahora me va a servir para guardar la linterna-faro cuando llegue al pueblo. También echo dentro de la mochila de cazador la cartera y el móvil. Me lo pienso, pero al final me decido y también echo la navaja de supervivencia táctica del ejército de tierra: mango de aluminio, punta rompe vidrio y cúter. Esta no me la vendió El Tuercas, esta la compré yo. Me llamó la atención en cuanto la vi en el mostrador junto con una muestra de las más diversas navajas. Juraría que había una que podría haber pertenecido a un bandolero del siglo XIX. Había muchas navajas típicas; algunas de trabajo, otras de decoración. Las había de mariposa, de esas que usan los mafiosos de las películas, pero esta tenía algo especial.

Cuando le pedí a Manué que me la enseñara, el ferretero, viendo mi interés, supo cómo sorprenderme. La navaja tiene un pequeño gatillo en el lomo, lo pulsas y ¡clac!, se abre de golpe. Ese clac fue lo que me convenció. Aunque el logotipo del ejército de tierra en la empuñadura color caqui, la hoja, que no tendría más de ocho centímetros de larga, pero era gruesa, con la mitad del filo a modo de sierra, ayudaron. Pero ese clac seco y rotundo al abrirse, fue lo que me convenció. Manué se explayó; se notó que le gustaba la navaja. «Bloqueo y dispositivo para apertura con una sola mano asistida, hoja con corte de filo y sierra, con clip para colgarla del cinturón, hoja corta

cinturones, navaja con punta rompe vidrios... de Albacete. Buena compra», me dijo Manué y yo creo que era sincero. Total no pienso usarla nunca y solo costaba 12,95€. La cojo del fondo de la mochila y la sopeso en la mano. Esto no es un juguete. La abro pulsando el gatillo del lomo. ¡Clac!, acojona. Me cuesta cerrarla, pero no me resisto a abrirla otra vez. ¡Clac! Me encanta ese clac La cierro con dificultad y la echo dentro de la mochila.

Le iba a decir a Pulgoso que vigilara la casa, que ahora volvía, pero se ha vuelto a dormir.

El camino al pueblo con la linterna me trae recuerdos de la infancia y dolores en los músculos de las piernas, sobre todo al principio. Poco a poco comienzo a caminar como si fuera una anciana en vez de un pato; es una mejora. El Tuerkas debería haberme vendido un bastón de caminante, se le pasó. No eres tan bueno, tío, ahora mismo te lo hubiera comprado al doble de su precio.

Cuando llego al pueblo, en la plaza hay veladores. Muchas familias están cenando a la luz de las farolas y el mismo camarero está sirviendo mesas. Curiosamente hay poco ruido, lo que me permite identificar claramente el sonido de la flauta. Viene de otra parte del pueblo. Camino una calle, dos, giro a la derecha y me encuentro en una pequeña placita. Pero esto ya no parece la sierra de Aracena.

Esto es Tailandia.

Ensalada Mixta

Lo primero que me llama la atención es el jipi Forrest Gump de esta mañana, tocando una enorme flauta de madera. Está sentado al estilo indio, con las piernas cruzadas, en el suelo de la acera de la fachada más rara que he visto en mi vida. La placita está organizada en torno a un bar o algo parecido. El tipo toca la flauta con los ojos cerrados; se lo ve muy concentrado. A su alrededor hay varias velitas encendidas, de esas redonditas y pequeñas; también hay varios palitos de sándalo echando humo. Es una escena sacada de la India. Con la ropa —pantalones rojos anchos y camisa blanca ancha, estilo pirata—, esas barbas y esa melena, parece realmente un hindú. La música es preciosa. Nunca había visto una flauta así; la toca a modo de flauta travesera, pero es de madera y muy larga. Para llegar a los últimos agujeros, tiene que extender el brazo completamente.

La fachada del bar tiene un mural de motivos hindúes, dioses, diosas; reconozco al dios de muchos brazos, Shiva, y al dios con cara de elefante, Garnati, que para eso he visto muchas películas de Bollywood. El nombre del bar tiene su gracia. Bar Gavagita. El Bhagavad Gita es uno de los textos sagrados del hinduismo; empecé a leerlo una vez, pero no lo terminé. Alrededor de la puerta hay decenas de bombillas de distintos colores, de esas que se ponen en los árboles de Navidad.

Por toda la plaza hay jipis de todas las razas y edades. Hay parejas besándose, grupos charlando en voz baja, algún solitario en posición de loto que parece que medita. Muchos con botellas de cerveza en la mano, otros con porros, algunos con cachimbas. Me recuerda a esa película de Leonardo di Caprio, *La playa*, donde tres turistas encuentran una playa escondida en Tailandia con una comuna jipi. Esta plaza parece aquella comuna.

Hay unas mesas de madera en la puerta del bar. En una de ellas hay un tipo de unos cincuenta años, alto, calvo y con barba descuidada, que aporrea el

teclado de un portátil como si lo quisiera romper. Este no parece jipi, sino un cazador recién salido de un safari o de unas rebajas de Coronel Tapioca. Chaleco sin mangas con muchos bolsillos, pantalón corto y botas; no me extrañaría que tuviera el típico casco de cazador de las películas de Tarzán. ¿Cómo se llamaban esos cascos? Salacot. Eso, salacot. Estuve a punto de comprarme uno en Amazon una noche muy aburrida. El tipo parece que se ha dado cuenta de que lo estoy mirando. Me mira y me saluda con un botellín de cerveza. No respondo al saludo. Me parece un tipo raro, más raro que los demás.

Una de las mesas —lejos del tipo raro, que vuelve a aporrear su portátil— está vacía; aunque hay gente por toda la plaza, nadie parece muy preocupado por sentarse en esa mesa. Me siento en la única silla que hay en la mesa, pero aquí creo que no va a venir nadie. Entro en el bar. Estoy en una taberna de Bombay. Más murales, más dioses hindúes... Un momento, aquel es Jesucristo y ese otro, Mahoma... y, claro, también Buda. Aquí hay una síntesis de todos los dioses, profetas y religiones del mundo; incluso me ha parecido ver un dibujo de alguien que bien podría ser Steve Jobs. El que está claramente definido es Bob Marley, con un porro gigantesco. Me acerco a la barra, donde una mujer entre cuarenta y pocos —por su rostro— y ciento cincuenta años —por el pelo blanco y larguísimo— me sonríe y, antes de abrir la boca, ya sé que ella tiene el control.

—Cariño, te has sentado en la mesa de El Maestro.

—¿De quién?

—De El Maestro, el que está tocando el bansuri, la flauta de bambú.

—Ah, lo siento, no lo sabía. Me cambiaré.

—No hace falta. Hoy está inspirado. Algo le ha pasado esta mañana que lo tiene muy contento: tardará en terminar. Quédate en la mesa y, ya cuando él termine, que decida. ¿Qué vas a tomar, cielo?

—Una hamburguesa con patatas.

—No tenemos.

—¿Unas salchichas con un huevo frito?

—No tenemos nada de carne.

—Ahm.

—Mira, hermosa, yo creo que a ti te va a gustar nuestra ensalada mixta. Te

pongo una cerveza y te la llevo a la mesa ahora mismo, ¿vale?

—Hum. ¿Qué lleva la ensalada?

—De todo, es mixta.

—Es que tengo un poco de hambre, no he cenado.

—No te preocupes, corazón. Vas a cenar una comida sana, ligera, con mucha energía positiva, que te veo cansada.

—He estado trabajando.

—Eso está muy bien, cielo. Anda, llévate esta cerveza, que la hacemos nosotros, y en seguida te llevo tu ensalada.

—Gracias ¿Te puedo pagar con tarjeta?

—No, cariño, aquí no tenemos línea ni nos gustan los plásticos, pero, si no tienes dinero, ya me pagas otro día.

—Sí, tengo, no es por eso.

—Pues, qué bien. No te preocupes, que te veo muy cansada. Tú siéntate, que ya te llevo la ensalada.

O sea bien, ¿no? Esta mujer es un encanto. O esta anciana; no sé qué edad ponerle. Es la amabilidad personificada. Estoy acostumbrada a la amabilidad de los vendedores de los grandes almacenes, pero lo de esta mujer es distinto. Creo que sería amable aunque no le comprara nada.

Me siento en la mesa de El Maestro. Buen mote, sí, señor. El tipo sigue concentrado tocando la flauta y, si no fuera por el murmullo de la gente —un murmullo respetuoso—, se podría pensar que estoy en un templo hindú. La cerveza está buenísima: sabrosa, fresca, densa y bastante fuerte.

Empiezo a notar un puntito curioso. Llega la ensalada de la mano de la anciana.

—Mi nombre es Esperanza, cielo, pero aquí todos me llaman La Abuela o Bruja Blanca; tú llámame como quieras. Espero que te guste la ensalada.

—Gracias.

Yo soy carnívora de toda la vida. Hamburguesas, salchichas, filetes, los he comido de todos los tamaños. Ensaladas menos, sobre todo para rellenar, pero en cualquier caso las ensaladas, en mi mundo, es algo que hay al lado del filete, o en un plato, en el centro, para ir picando. Esto es un cuenco enorme, lleno hasta arriba de todo tipo de verduras. Veo claramente la lechuga, el tomate, la cebolla, bien; pero aquí, además, distingo lentejas.

¿¿¿Lentejas en una ensalada??? Queso, huevo, berenjena, pepino... No quiero mirar más. Tengo hambre. Solo la visión de tantos ingredientes, tantos colores y el olor del aceite de oliva me hacen decidirme a coger el tenedor... Un momento, esto es una cuchara de madera. Me vale. La lleno y, sin mirar qué hay, me lo meto en la boca. Está riquísima la ensalada, es una explosión de sabores. Humm, cierro los ojos y saboreo lentamente mi ensalada mixta. Cuando los abro El Maestro está sentado enfrente de mí. Tiene una sonrisa de oreja a oreja, la enorme flauta en una mano y una cerveza en la otra. Me mira con unos ojos verdes enormes y debe de saber un chiste muy bueno, porque está a punto de echarse a reír. Casi me atraganto.

—Perdona. Ya me han dicho que esta es tu mesa, me voy enseguida.

—No, ¡qué va! Quédate, Fina. Me alegro mucho de volver a verte.

Tiene un acento extraño, una voz profunda y muy bonita, pero un acento extraño; me recuerda al acento de la sierra, pero de lejos, como si lo hubiera perdido y vuelto a encontrar. En cualquier caso me ha dejado de piedra al saber mi nombre.

—Perdona, ¿nos conocemos?

—Claro —me dice a punto de reírse—. Claro que nos conocemos. Tú y yo estamos casados.

CAPÍTULO 10

El club de los personajes

No sé lo que se habrá fumado este tío, pero debe ser fuerte. Miro hacia el bar y la dueña me mira sonriente, lo que no me tranquiliza. Tiene pinta de bruja buena, reina elfa o algo así, pero no me tranquiliza. Le echo un ojo a la calle por donde he venido, por si tengo que salir corriendo, aunque no recuerdo cuándo fue la última vez que corrí.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —me dice El Maestro sin dejar de sonreír.

—No te he visto en mi vida... y desde luego que, si estuviéramos casados, me acordaría.

—Pues lo estamos.

—Creo que voy a pagar y me voy a marchar.

—¿Recuerdas el último verano que pasaste aquí con tus padres?

—Sí, más o menos. Hace mucho de eso.

—¿Recuerdas la última noche?

—No, no muy bien. ¿Qué pasó la última noche?

—Nos casamos y prometimos volvernos a ver al verano siguiente... y no apareciste. Me rompiste el corazón. Te estuve esperando el verano siguiente y el otro; y el otro ya no, que me eché otra novia.

—Mira qué bien.

Poco a poco voy recordando mi último verano, pero lo confundo con los otros. Sí, es verdad que algunas veces jugábamos a las bodas, y sí que recuerdo una boda en la que yo era la novia y un chaval del pueblo muy alto, muy delgado y muy moreno era mi novio. No acabo de recordar su rostro ni su nombre, pero sí el pequeño beso en los labios, sin lengua, que nos dimos cuando el que hacía de cura dijo: «Ya puede besar a la novia». Ese momento era el que le daba sentido a todo el juego en realidad. Recuerdo bien aquel beso porque fue mi primer beso en los labios.

—¿Ya te vas acordando?

—Algo. ¿Tú eras el chaval alto, delgado y muy moreno con el que me casé la última noche?

—Ese era yo.

—Has cambiado.

—Tú también. Has engordado.

Se me abren los ojos como platos. Lo miro para responderle con algún insulto, pero en sus ojos verdes no veo malicia. Me dice que he engordado como si yo le hubiera dicho que tiene barba. No sé cómo tomármelo.

—Perdona, pero tú sabes cómo me llamo, y yo no recuerdo tu nombre.

—Aquí todos me llaman El Maestro.

—Un mote muy modesto.

—No me lo he puesto yo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—El tipo ese del portátil... O sea, aquí todos sois jipis, ¿no?

—Que no te escuchen. Nadie se llama a sí mismo «jipi» y demasiadas veces se usa como insulto contra nosotros. Somos los de la aldea, aldeanos, o el pueblo libre... En fin, lo de jipi es algo que nos dicen, pero que no nos decimos.

—Vale. Entonces, ¿viven todos en una aldea de aquí al lado?

—Sí. Tú también.

—¿Yo? Yo no. Yo vivo en casa de mi abuela.

—La Tomillo, su casa pertenece a la aldea. Pero ¿cuál es la pregunta?; ¿el tipo del portátil?, ¿qué le pasa?

—Que no pega aquí con vosotros, ¿no?

—¿El Escritor? No creas, se parece mucho a nosotros. Si lo dices por la ropa y el portátil, sí que es un tipo raro. Es escritor de novelas románticas. Oye, ¿no te habrá mirado fijamente, ni saludado, ni nada, no?

—Pues sí, por eso te preguntaba por él. Al llegar me saludó como si me conociera, y te aseguro que con ese tipo no me he casado.

—Ah, pues bienvenida al club de los personajes.

—¿Qué club?

—Si te mira, es que se ha fijado en ti; y si te ha saludado, es que se ha fijado y bien. Pues eso quiere decir que te ha incorporado como personaje a la novela que está escribiendo ahora.

—¿Está escribiendo una novela ahora?, ¿aquí?

—Sí. Ya ves cómo teclea.

—Siempre pensé que los escritores escribían en sus bibliotecas oscuras a altas horas de la madrugada.

—Pues este no. Dice que aquí se inspira, yo creo que la cerveza ayuda. Esperanza, La Bruja Blanca, aparece con dos cervezas y se lleva nuestras botellas, vacías.

—¿Qué tal la ensalada mixta, cielo?

—Riquísima. De verdad, la mejor ensalada que he probado nunca.

—¿Tú no quieres nada de comer, Maestro?

—No, gracias cariño, ¿Sabes que aquí Fina y yo estamos casados?

—Claro, corazón; si tú lo dices, es que estáis casados. Ya era hora de que lo hicieras, cariño.

—Sí, señora.

—A ver. —Tengo que decir algo, la abogada que hay en mí no puede quedarse callada—. Que es que yo venía de niña y jugábamos a las bodas.

—Claro, corazón. Oye, Maestro, ¿sabes que El Pájaro puede casaros otra vez?

—Es verdad. Se lo diré, pero primero tendré que convencer a la abogada.

—¿Qué abogada?

—Mi esposa es abogada.

—Oh, vaya, lo siento, cielo —me dice La Bruja Blanca, me da dos besos y se va.

—No, si a mí me encanta ser abogada. —La Bruja Blanca ya no me escucha. Le ha llevado otra cerveza al escritor y este le está diciendo algo con una sonrisa lobuna. Lo que le dice no lo escucho desde donde estoy, pero a ella la hace reír a carcajadas. Tiene una bonita risa, fuerte y cristalina: no puedo evitar sonreír—. ¿Quién es El Pájaro?

—Hoy no está aquí. Es el que casa a la gente en la aldea.

—No sabía que los jipis se casaban, siempre creí que practicabais el amor libre, todos con todos y sin compromiso.

—Claro... y el que se quiere casar se casa; en eso también consiste la libertad.

En ese momento un ruido ensordecedor interrumpe la conversación. Acaban de entrar en la placita tres motoristas con tres enormes motos de las que se usan en los *rallys*, muy grandes y muy altas, preparadas para el campo. Los motoristas son apenas chavales de unos dieciocho años. Aceleran y frenan, levantan una rueda, hacen giros peligrosos. El Maestro se ha puesto muy serio.

CAPÍTULO 11

Malabarista

El Maestro deja la cerveza y la flauta en la mesa y camina despacio hacia los motoristas que se han parado. Pero, sin moverse del lugar, siguen dando acelerones a sus motos, lo que ocasiona mucho ruido. En la placita se ha producido bastante movimiento. Los jipis se han agrupado alrededor de la puerta del bar. La Bruja Blanca ha salido a la puerta, pone los brazos en jarras y murmura algo; juraría que está lanzando un conjuro. El Escritor ha vaciado la botella de cerveza en el suelo, la coge por el cuello y se sienta distraído en un banco de la plaza. Se ha colocado a varios metros, al lado de los motoristas. Parece muy concentrado en leer la etiqueta de la botella.

Los motoristas no quitan los ojos de El Maestro, que camina lentamente hacia ellos con una sonrisa.

De entre los jipis, avanzan tres: dos chicas y un chico. Parecen salidos de un anuncio de la Fashion Week; tienen unos veinte años, son muy atléticos. Una chica es negra y guapísima; el chico es mulato y guapísimo, y la otra chica es rubísima y guapísima. Los tres se colocan entre el grupo de jipis y El Maestro.

He visto muchas series y muchas películas; también he viajado mucho en el metro de Madrid, y sé que aquí va a pasar algo malo. La violencia se mastica en el ambiente, sobre todo por la actitud chulesca y arrogante de los motoristas que se han colocado en orden de batalla. El más alto y fuerte, delante; los otros dos, detrás. El que parece ser el líder apaga el motor y deja directamente la moto en el suelo mirando amenazadoramente hacia El Maestro. Está claro para todo el mundo que ese chaval va a comenzar una agresión.

Yo estoy muy tensa. En el metro de Madrid he visto muchas cosas: algunas peleas, algunas personas que te miran de arriba abajo evaluando lo que te pueden robar. Te sientes como una oveja en el prado mientras los lobos examinan cuál será la presa más fácil de cazar. Afortunadamente, nunca me han robado, pero sí que he bajado la mirada y escondido el móvil ante la mirada de tipos que no llevaban traje de chaqueta... y que de seguro no eran abogados.

Me acuerdo de la navaja que compré esta mañana. Me gustó por su aspecto, pero sobre todo por esa especie de gatillo que tiene en el lomo. Si lo aprietas, salta un resorte que saca la hoja con un sonoro ¡clac! Eso me gustó.

Empuñada con fuerza se puede usar un saliente, que tiene en la empuñadura, para romper vidrios... o un coco —que fue lo que pensé— o una cabeza —que es en lo que estoy pensando ahora—. En cualquier caso me coloco la mochila en mi regazo, meto la mano y cojo la navaja sin sacarla de la mochila.

El enfrentamiento parece inevitable. Como en un *spaghetti western*, los dos rivales, El Maestro y el líder de los motoristas, están ya a un paso. El Maestro se detiene. Si avanza más, rompería el espacio del otro y eso, en lenguaje de «machitos», es una agresión y un permiso tácito para repartir hostias. El motorista sube el nivel de tensión sacando una navaja de mariposa del bolsillo de atrás de sus vaqueros raídos. Sabe usarla, muchas horas ensayando frente al espejo. Con varios movimientos de muñeca y muchos clic, clic, clic, la navaja queda abierta y bien sujeta en la mano del motorista, que sonríe con superioridad a El Maestro. Sabe que va a ganar. En un segundo el motorista va a rajarse al jipi de mierda, que se ha atrevido a acercarse a él en vez de huir.

El Maestro sonríe resignado y mete su mano derecha en un gran bolsillo de sus pantalones, pero no saca una navaja..., saca tres bolas rojas de malabarista. El motorista se ríe y las señala mirando a sus amigos. El Maestro mira con los ojos muy abiertos las bolas que tiene en la mano, como si se hubiera equivocado. Se encoje de hombros y se las enseña al motorista como si le dijera: «Vaya fallo». Sonríe. No dice nada y comienza a lanzar las bolas al aire. Hace malabarismo con las tres; bola roja para arriba, para el lado, para abajo, la recoge con una mano y la lanza justo antes de recoger otra. Las tres bolas hacen una figura curiosa en el aire. Sin llegar a tocarse, pasan muy juntas a la altura de los ojos de El Maestro, que parece pasárselo en grande. Mueve la cabeza, sonríe, da unos pasos adelante y atrás, como si se pudieran caer las bolas en cualquier momento, aunque se nota que no es la primera vez que lo hace. También está claro que no se van a caer las bolas si él no quiere, pero finge torpeza y un gran esfuerzo para mantenerlas sin caerse, lo que inevitablemente provoca sonrisas entre los jipis.

Los motoristas también sonríen. El líder, que sostiene la navaja, ha perdido bastante el interés por agredir y no deja de mirar las bolas. En el grupo de los jipis, muchos ya no miran a los motoristas ni están preocupados; sonríen como niños. Los tres modelos siguen serios y no pierden de vista a los motoristas. La Bruja Blanca sigue murmurando aunque ahora sonríe. El

Escritor ni mira las bolas ni sonríe; se ha acercado un poco más con disimulo y mira fijamente al líder de los motoristas.

Yo procuro concentrarme en la situación. Parece que el motorista navajero ha cambiado de actitud: ya no va a haber agresión. Todo el mundo está mirando las bolas, que cada vez suben más alto. El Maestro es un verdadero malabarista; no puedo dejar de mirar cómo las bolas suben y suben. Ahora hacen figuras; una bola, otra bola, otra bola, cada vez altas, ya muy por encima de la cabeza del malabarista y de los motoristas. Todos miramos hacia arriba, las bolas se van a caer. Parece imposible que consigan llegar tan alto sin caerse, pero son recogidas una tras otra y vueltas a lanzar hacia arriba, cada vez más alto. Ahora están a la altura de las farolas de la plaza. Deslumbra un poco mirar las bolas con las luces de las farolas, pero se puede seguir el vuelo de las bolas rojas. Una bola, otra bola, otra bola, una navaja... Un momento,  una navaja? S , la navaja del motorista se ha incorporado al vuelo de las bolas.

Observo al motorista, que se mira asombrado su mano, ahora desarmada. El Maestro recoge en el aire las bolas y las va guardando en el bolsillo de su pantalón. Cuando recoge la navaja, pone otra vez cara de sorpresa, como si se hubiera equivocado en algo. El motorista est  más sorprendido que enfadado, como alguien que acaba de ver un truco de magia y no sabe cómo encajarlo. Duda entre sentirse ofendido o maravillado por lo que acaba de suceder. Le pesa las miradas de sus colegas.

Reprime una sonrisa, pone cara de enfadado y extiende la mano reclamando su navaja.

El Maestro mira concentrado la navaja; hace un gesto como para devolvérsela al motorista, pero en el último momento la lanza al aire y la recoge con la otra mano. La navaja no es una bola de malabarista y, si está mínimamente afilada, la punta s  que parece peligrosa, ese tipo se está jugando una herida en las manos. No parece importarle y vuelve a lanzarla. Una vez, otra vez, la navaja de mariposa hace piruetas como si hubiera estado fabricada con ese fin. El motorista tiene la boca abierta. Sin duda reconoce que él, aun sabiendo manejar la navaja, nunca se atrevería hacer esos juegos de manos en los que el malabarista parece que se va a cortar en cualquier momento.

Algunos jipis aplauden. Uno de los motoristas también, pero el líder lo

fulmina con la mirada. Tras un último malabarismo, la navaja ha desaparecido. El Maestro muestra sus dos manos, vacías; el motorista no parece muy contento. El Maestro se mete la mano en el bolsillo, pero, en vez de sacar la navaja, saca una de las bolas rojas y se la pone en la mano al motorista. El tipo no sabe muy bien qué hacer. Con media sonrisa da un paso atrás, levanta la moto, enciende el motor, pega un par de acelerones; sus amigos hacen lo mismo. Parece que volvemos al punto inicial, pero no. Decide marcharse. Justo antes de dar la vuelta a la esquina, le lanza la bola al Maestro con mucha fuerza.

Desaparece antes de ver que este lo está esperando, y caza al vuelo la bola, que vuelve a su bolsillo.

Los jipis crean un gran revuelo, como si la tensión se disolviera en un gran suspiro colectivo. Se acercan a El Maestro, lo abrazan; algunas chicas lo besan en las mejillas. Serán sus novias; no, espera, también algunos chicos lo besan en las mejillas. La Bruja Blanca deja dos cervezas en nuestra mesa sin casi mirarme; también deja una en la mesa de El Escritor, que ha vuelto a aporrear su portátil como si se fuera a olvidar de algo, aunque no por ello deja de mirarle el culo a La Bruja Blanca cuando se aleja.

El Maestro se sienta, levanta la botella en dirección a El Escritor, quien también ha levantado la suya en dirección a El Maestro. Ambos dan un trago largo. El Maestro parece cansado.

—Perdona el espectáculo. Son los «asusta viejas», vienen de vez en cuando. Tenemos un problema.

Menos mal que tú has venido, te necesitábamos.

—¿Asusta viejas? —He soltado mi navaja dentro de la mochila, que dejo en el suelo.

—Sí, de la inmobiliaria que quiere comprar nuestras casas; la tuya también.

—Lo mismo yo quiero vender mi casa.

—La Tomillo no quería.

—No sé qué quería mi abuela.

—Te la dejó a ti en vez de a tu padre, ¿no?

—Sí.

—¿No te has preguntado por qué? Hum, espera, que llega el final del espectáculo.

Un Nissan Patrol de la guardia civil hace su aparición en la plaza. De nuevo revuelo de jipis, muchos cigarros son arrojados al suelo y aplastados con más o menos disimulo. El Maestro se levanta muy serio y se dirige al Patrol. «A este jipi lo meten esta noche en el calabozo», pienso sin dudarlo. Quizás debería acercarme yo también y presentarme como su abogada para ver si puedo evitar que lo detengan. El Maestro camina de una forma diferente, como más cuadrado, como más duro; no sonrío hasta que está al lado del coche. En ese momento responde con una carcajada a algo que le dicen desde dentro del coche. No distingo a los guardias de dentro; lo que sí distingo claramente es la mano, que sale de la ventanilla y que es saludada con un buen apretón por parte de El Maestro. Aquí sí que flipo en colores. Por si acaso le doy una patadita a mi mochila y la meto debajo de mesa. No tengo muy claro que se pueda tener una navaja en la calle, y en esta plaza al menos hay dos personas que sí tienen; una de ellas está charlando amigablemente con unos guardias civiles, pero la otra esta acojonada.

Un jipi con tricornio

No quiero mirarlo, pero tampoco puedo apartar la vista de El Maestro ni de los guardias civiles del Nissan Patrol; parece que se lo están pasando muy bien. Incluso El Maestro les hace una exhibición de malabarismo con las bolas que los del coche aplauden como si fueran niños. Veo claramente cómo el malabarista se saca del bolsillo la navaja que le había requisado al motorista y con disimulo se la pasa al guardia que tiene más cerca.

Más risas, un último apretón de manos y por fin los guardias se van despacio, marcando territorio. A nadie de la plaza se le ocurre encender nada que no sea tabaco, con sus impuestos bien pagados, hasta que pasan unos minutos desde que el Patrol desaparece por la esquina. El Maestro se acerca sonriendo. De nuevo va cambiando de un aspecto agarrotado, duro, a otro más flexible; es como ver a un elefante transformarse en un lobo.

—Ya está. Ahora tendremos una noche tranquila.

—Creí que te iban a detener.

—¿A mí? No. ¿Por qué?

—Al fin y al cabo, son guardias civiles: siempre detienen a los jipis y más a un malabarista con navaja.

—¿Ah, sí? No creas. De hecho la guardia civil suele detener a delincuentes. Yo no recuerdo haber detenido nunca a un jipi malabarista; a delincuentes con navaja sí.

—¿Tú has detenido a alguien alguna vez?

—Sí. Yo soy guardia civil, o lo era; sargento, ni más ni menos. Ahora no, estoy en excedencia del cuerpo. Estos a los que he saludado son compañeros; les he explicado lo que pasó y hemos echado unas risas.

—No tienes pinta de sargento de la guardia civil.

—No. Ahora no lo soy, estoy en excedencia. Hace años que no me pongo el

tricornio, pero mantengo buena relación con la comandancia de Aracena.

—De guardia civil a jipi. Menuda historia la tuya.

—De hecho no me considero jipi y desde luego no es mi oficio.

—¿Y a qué te dedicas?

—Pues, cuando acabé la universidad y aprobé mis oposiciones, número uno de mi promoción, ejercí un año y pensé que aquello no era lo mío. Así que de nuevo oposité, esta vez a la guardia civil, ascendí por méritos y llegué a sargento. Pasaron cosas: pensé que me había vuelto a equivocar, que aquello no era para mí y volví a mi primer oficio; con otra perspectiva, desde luego. Pero volvamos a lo que importa. Te necesitamos. La aldea te necesita. Necesitamos una abogada.

—Yo solo he venido a vender la casa de mi abuela. Estoy de vacaciones.

—De eso se trata. No puedes vender la casa de tu abuela, o tendremos que vender todos los de la aldea. Tenemos que ser una comunidad. Nos están bombardeando a multas y expedientes desde la Consejería de Medio Ambiente. No es normal. Alguna vez nos han amonestado por no seguir la normativa de construcción del parque de Aracena, pero nunca como desde hace unos meses. A tu abuela llegaron a amenazarla, pero a ella nunca se le pasó por la cabeza vender la casa.

—¿Amenazaron a mi abuela? ¿Quién?

—Le llegó una amonestación por escrito sobre una ridiculez de la fachada de la casa. No entiendo de leyes, pero esa casa es anterior a la normativa sobre edificaciones del parque. Tu abuela cogió el autobús, se plantó en la Oficina Comarcal Agraria en Aracena, y creo que los gritos se escucharon desde Sevilla. Esa noche la visitaron unos motoristas, los «asusta viejas»; se llama así a los matones que las inmobiliarias contratan para asustar a los viejos para que vendan sus casas. Chavales que no han cumplido los dieciocho años y, por lo tanto, son menores, difíciles de encausar. Estos de esta noche u otros estuvieron haciendo ruido y diciéndole que le iban a quemar la casa.

—No sabía nada.

—Solo pasó esa noche. A Fina no volvieron a molestarla. Hubo una denuncia contra tu abuela por ataque con perro peligroso, pero se archivó. A los demás sí nos siguen molestando con espectáculos como el de esta noche. A la aldea también han ido, pero menos; allí no se sienten tan valientes.

Hazme un favor: ve mañana a Aracena, a la Oficina Comarcal Agraria de la Junta de Andalucía, infórmate sobre la casa de tu abuela, la normativa sobre construcción, etc.

—No. Para nada.

—Tendrás que hacerlo de todas formas si quieres vender la casa de tu abuela, ahora tu casa.

—De eso se encargará la inmobiliaria, ya he quedado con ellos para pasado mañana.

—Así que mañana por la mañana la tienes libre.

—No. Tengo muchas cosas que hacer, tengo que arreglar la casa.

—¿Arreglar la casa para venderla?

—Exacto.

—¿Siguiendo la normativa del parque natural de Aracena y Picos de Aroche?

—Claro... Mierda.

—Solo tienes que acercarte a la oficina y no mentir. Diles la verdad: que has heredado la casa de tu abuela y quieres venderla; que para eso quieres arreglarla y no quieres infringir ninguna normativa. —No tengo ni idea de horarios de autobús ni nada.

—Yo te llevo. Quedamos a las 9:30 en el bar Casa Pepe, ¿ok?

—No sé, pero vosotros ya conocéis la normativa. ¿Para qué queréis que vaya yo a preguntar?

—La idea es ver qué pasa. Eres una variable nueva en la ecuación, no te conocen. Te explico. Allí, en la Oficina Comarcal Agraria, hay cuatro funcionarios. Antonio Jurado y Domingo Dorado son técnicos, buena gente; ya los hemos contactado, son funcionarios de carrera honrados y eficaces. Pero ha llegado una nueva jefa de departamento, Daniela Pinilla; no sabemos nada de esa mujer. Aunque el problema, nos tememos que esté la jefa de servicio, Patricia Jiménez. Esta mujer es complicada, manda mucho, demasiado por ser una jefa de servicio. Es el director de la oficina comarcal o el delegado provincial quienes deberían tomar decisiones y levantar expedientes que, sin embargo, son firmados por ella. No te quiero agobiar con demasiada información.

—Soy abogada, no me agobias con demasiada información; de hecho es

una película que he visto miles de veces con pequeñas variaciones. Conozco la normativa, especialmente la de impuestos más que la de las ordenanzas territoriales, pero sé lo que es un funcionario y sé que, a partir de cierto nivel, son políticos y no funcionarios de carrera quienes dan las órdenes. Un detalle: ¿has dicho que a los técnicos, Jurado y Dorado, ya los habéis contactado?

—Sí. —Sonríe ampliamente—. Nos costó mucho más dinero del que pensábamos, pero nos lo patrocinó nuestro espía.

—¿Los habéis sobornado? ¿Qué espía?

—No. En la aldea tenemos un código de comportamiento y muy poco dinero. No. Mandamos a un espía como mañana vas a ir tú.

—Todavía no he dicho que iré.

—Bueno. Pues mandamos a un espía que confraternizó con el supuesto enemigo y, tras un arduo interrogatorio, en el que el enemigo habló por los codos, concluimos en que son buenas personas y en que solo cumplen con su trabajo. No hacen nada ilegal y eso que los han amenazado con abrirles expediente, pero no han llegado a tanto.

—Pues hizo un buen trabajo el espía. ¿Quién era, si puede saberse?

—Adivínalo. ¿Quién de esta plaza no tiene pinta de ser de la aldea? De hecho no lo es, solo viene a pasar algunos periodos de vacaciones... «para buscar inspiración», dice... una pista... Bebe cerveza como si no hubiera un mañana.

Miro a El Escritor, que está concentrado aporreando su portátil. Desde luego no tiene pinta de jipi aunque tampoco de espía.

—¿Y cómo el espía les sacó la información a los funcionarios?

—Pues fue a la oficina, se puso a charlar, que si quería información para una novela, que si podían ayudarlo con ciertos detalles... y los invitó a una cervecita a las tres del medio día, al salir de la oficina. A las tres de la madrugada, aparecieron los tres por la aldea y te juro que tenían más de tres cervezas en el cuerpo. Estaban en la fase de la borrachera conocida por «Te quiero mucho, amigo», justo después de cantar el *Asturias, patria* querida y momentos antes de potar y dormir. Por cierto, los dos funcionarios también son del club de los personajes, saldrán en su próxima novela.

No puedo evitar sonreír. El Maestro me está convenciendo; pero, sobre todo, lo que me decide es que esos motoristas hayan podido asustar a mi

abuela. ¿Y qué era eso de ataque por perro peligroso? ¿Pulgoso? No me imagino a Pulgoso haciéndoles frente a los motoristas. También me enfada y mucho de nuevo la todopoderosa administración, en este caso una oficina comarcal autonómica, esté abusando de su poder con un mar de normativas. Son mares administrativos en los que navego bien.

De todas formas, son los ojos verdes de este sargento jipi los que me tienen desconcertada.

—Vale, iré mañana. Tú me llevas. Quedamos a las 9:30 en el bar Casa Pepe, pero antes me tienes que decir cuál es tu oficio, qué estudiaste en la Universidad, cuáles fueron aquellas primeras oposiciones que aprobaste y que ahora ejerces.

—¿No lo has averiguado todavía, abogada? —Sonríe con toda la barba. Levanta el botellín vacío, y La Bruja Blanca nos trae dos cervezas.

—Aquí tienes, Maestro.

El Maestro me mira como si lo hubieran pillado comiéndose el postre antes que la ensalada.

Sonríe. Claro, era obvio. Maestro.

CAPÍTULO 13

Ruta 66

Son las nueve de la mañana y estoy en el bar de Pepe. Ni rastro de El Maestro. He pedido el mismo desayuno de ayer. Mientras devoro la tostada con aceite y jamón, recuerdo la noche anterior. Confirmado que iba a ir con él a la Oficina Comarcal Agracia, que la Junta de Andalucía tiene en la ciudad de Aracena, El Maestro me dijo que me invitaba a la ensalada y a la cerveza. Me dio dos besos y se marchó a charlar con los tres que se habían colocado tras él cuando hablaba con el motorista de la navaja —las dos chicas y el chico que parecían modelos—. Al poco comenzaron a hacer un baile extraño los cuatro; El Maestro un poco más torpe y más lento que los otros tres. Capoeira, eso es: el baile brasileño que es también considerado, o al menos en su origen lo fue, un arte marcial. Viendo a estos cuatro dar patadas al aire, solo pensé que era un baile precioso e imposible para mí. Lentamente me levanté y disimuladamente comencé a marcharme. En el último vistazo que eché a la plaza, El Escritor me miraba sonriente, y de nuevo levantó su botellín de cerveza saludándome. Dio un trago largo y volvió a aporrear su portátil.

El camino de vuelta a la casa se me hizo corto. Hacía una noche muy agradable, yo estaba contenta, no sé por qué. Cuando llegué a la casa, Pulgoso me miró las manos por si traía algo para él y, al ver que no portaba nada, se echó en el porche a dormir. Yo pensé en quedarme con él, pero tenía que estar en el bar de Pepe a las 9:30 y, si quería desayunar antes, debería dormir. Eran las tres de la madrugada. El tiempo se me había ido volando. En la cama no conseguía quitarme de la cabeza unos ojos verdes debajo de un tricornio.

El canto de los pájaros me despertó a las 7:30 de la mañana, pero remoloneé en la cama pensando en todo lo sucedido la noche anterior. Al final me vestí, cogí la mochila de cazador, me despedí de Pulgoso, y

emprendí el camino a Alájar más contenta de lo que querría reconocerme.

La tostada está buenísima. El jamón es de primera; el aceite, excelente; el pan, increíble, pero el café, el café es sublime. Detrás de un gran café, siempre hay un buen camarero. Miro a Pepe detrás de la barra; es joven, tendrá unos treinta, y se le nota el oficio. El viejo que me había hecho la foto con el móvil cuando llegué al pueblo, entra en el bar y se pide un anís. Le dice a Pepe que pose para una foto. Este viejo se cree Alberto García Alix. Pepe llama a alguien que está con su partida de dominó. «Papá, una foto». Se levanta un viejo de unos sesenta años. Gorra, pantalón negro y camisa blanca. Se coloca al lado de su hijo; parecen clones. El papá de Pepe llama, a su vez, muy alto: «Papá, una foto». De otra mesa —esta vez una partida de cartas— se levanta otro viejo, muy viejo, de unos ochenta. Boina, pantalón negro y camisa blanca. Posan los tres pepes sonrientes y el viejo les saca una foto con flash. Tres generaciones de pepes en el bar Casa Pepe. El oficio aprendido desde niños. Me imagino que el Pepe actual, el que ahora lleva el bar, tendrá algún hijo, Pepito, que ahora mismo estará jugando en algún lugar del pueblo y que pronto estará sirviendo cafés tan buenos como los que sirve su padre.

Termino el desayuno y, cuando voy a pagar, Pepe me dice que este está pagado, que le ha dicho El Maestro que lo apunte a su cuenta. Doy las gracias y salgo a la plaza. Bien por El Maestro. Seguro que yo gano el triple o el cuádruple que él, siendo maestro de un pueblo, pero el tipo me ha salido generoso. En la plaza no lo veo. Son las 9:29... No, ahora, las 9:30. Aparece un motorista con una moto enorme. No se parece a los de anoche, pero, por si acaso, me acerco a la puerta del bar.

Botas raídas, pantalón vaquero roto, camiseta caqui, chupa de cuero negra, el casco calado y otro en el asiento del copiloto. La moto es una Yamaha XV950R; no es que yo entienda de motos, es que lo pone en el depósito. La moto, que ha conocido mejores tiempos, está llena de pegatinas. No dejo de fijarme en una que pone «Route 66». ¿La mítica ruta 66 que va desde Chicago a Los Ángeles en Estados Unidos? También me llaman la atención otras pegatinas en chino, ruso y árabe. El motorista se levanta la visera del casco y veo los ojos verdes, que empiezan a resultarme extrañamente familiares.

—Te tienes que poner el casco —me dice El Maestro.

Me lo pongo sin rechistar y no le digo que es la primera vez que me monto

en una moto. Subirme en el asiento de atrás me lleva un minuto largo. Tengo la agilidad de un hipopótamo borracho. El asiento de la pobre Yamaha ha bajado de nivel con respecto al suelo. Espero que tenga buenos amortiguadores.

—Agárrate.

¿Dónde quiere este que me agarre? Sigo mi instinto y me pego a él aferrándome a la altura de sus costillas. Está en forma este sargento. La ropa holgada de jipi engaña, este tío está cachas. No me da tiempo de pensar en nada más porque, aunque no va a toda velocidad, sí que va a la máxima que la carretera permite sin ser peligroso, y yo no estoy acostumbrada. En el metro de Madrid, se puede ir a trescientos kilómetros por hora, que lo que hay en las ventanillas siempre es un túnel negro y no te enteras de nada. Aquí hay árboles, casas, campo, monte y voy viéndolo pasar todo muy rápido. Este tío conduce bien. En ningún momento me he sentido en peligro, ni que me fuera a caer, pero desde que arrancó tengo una extraña sensación de vértigo metida en el estómago. Los quince kilómetros que separan Alájar de Aracena los hacemos en menos de quince minutos. Una vez en la ciudad de Aracena, callejamos un poco hasta llegar a una avenida con casas señoriales a ambos lados; está casi en las afueras. Mi piloto se detiene frente a una de ellas y apaga el motor. Me cuesta dejar de agarrarme a él y más me cuesta bajarme de la moto. Sin subirse la visera, me habla con voz cavernosa.

—Es mejor que no te vean conmigo. Tres casas más adelante, tienes la oficina. Quedamos a las 12:00 en el casino viejo, el casino de Arias Montano, en la plaza Marqués de Aracena. No tiene pérdida.

—¿No es mejor que me des tu número de móvil y te llamo cuando termine?

—No tengo móvil.

—¿Qué? —Si me hubiera dicho que creía que la tierra era plana, me lo hubiera creído mejor—. No puede ser. ¿Cómo que no tienes móvil?

—Ya ves.

—Pe... pe... pero, todo el mundo tiene móvil.

—No, que va. Yo no.

—Pero, entonces, ¿cómo quedas con la gente? Sin llamadas, sin mensajes, sin WhatsApp.

—Pues quedamos en un sitio a una hora.

—Ya, bueno, sí, no sé.

—Solo tienes que estar a las 12:00 en el casino Arias Montano, en la plaza Marqués de Aracena. No tiene pérdida, aquí lo conoce todo el mundo. Si sigues por esta avenida en dirección al centro de la ciudad, verás la plaza a tu izquierda, a unos veinte minutos andando.

—Pero ¿y si termino antes de las 12:00?

—Pues me esperas.

—¿Y si termino después?

—Pues te espero. Esperar no es malo. Además, se pueden hacer otras cosas mientras esperas.

—¿Como qué?

—Como meditar por qué tienes tanta prisa.

—Bueno, vale.

Le devuelvo el casco, que coloca en el asiento de atrás. Enciende el motor y sale despacio, sin alardes. Para mí esperar es sinónimo de falta de respeto. La de minutos que he estado esperando a que un juez llegue a un juicio porque al buen hombre se le ha antojado chocolate con churros justo antes de empezar. O la de veces que he tenido que esperar a este u otro jefe de empresa que siempre, siempre, siempre llegan tarde a las reuniones para demostrar quién manda, quién es el jefe, quién no tiene por qué disculparse por hacerles perder el tiempo a los demás, porque el tiempo de los demás es parte de su patrimonio.

Este jipi me está diciendo que esperar no es tan malo como parece y que, en la época de los *smartphone*, que te avisan hasta de cuándo tienes la tensión alta, a él ni le van los móviles, ni le parece tan mal eso de esperar. En fin, concentración. Soy una abogada gordita que acaba de hacer su primer viaje en moto y ha tenido un choque cultural con un guardia civil reciclado en jipi, que me tiene descolocada y no sé cómo encajarlo. Pero ahora me voy a enfrentar a la administración y eso sí sé hacerlo.

Oficina comarcal agraria

En esta avenida todas las casas son enormes, señoriales, de varias plantas y de varios estilos arquitectónicos. En Madrid, antes de venir, le pegué un repaso a la Wikipedia y mi maldita memoria de abogada hace que todo se quede en algún lugar de mi cabeza. Al parecer, a principios del siglo xx, el mismo arquitecto que construyó la mayoría de los edificios de la Exposición Iberoamericana de 1929 en Sevilla, Aníbal González, construyó en Aracena varios edificios. En aquella época veraneaba aquí lo más selecto de Sevilla e incluso los reyes de España venían a pasar lo peor del verano.

Aquí está. Oficina Comarcal Agraria, Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía. Todo bien escrito en un cartel con el logotipo de dos paraguas y un triangulito de la Junta. Para que no haya lugar a equívocos, en la puerta ondean las tres banderas reglamentarias: europea, española y andaluza. El de seguridad ni me mira cuando entro. Esto fue, sin duda, una casa particular, ahora reconvertida en oficinas. Nada más entrar hay un patio con un mostrador, pero allí no hay nadie. El cartel en el mostrador pone información, pero a su lado solo hay una planta estilo brócoli, color castaño. Un momento, la planta se mueve; me acerco y debajo de la planta hay una señora, muy concentrada, tecleando con dos dedos. Al parecer la planta es la parte de arriba de un esmerado moño. A nadie se le ha ocurrido poner el mostrador a una altura adecuada para alguien sentado, sino para alguien de pie; de forma que a la señora, al estar sentada y tecleando, solo se le ve el moño.

—Buenos días.

—Un momento. —La señora busca desesperada el ratón. Cuando lo localiza apunta con mucho cuidado a un ícono que no alcanzo a ver bien, pero creo que es el que tiene forma de disco del Word—. Sí, dígame.

—Quisiera información, ya que he heredado una casa en Alájar y voy a arreglarla para venderla.

—Eso es en el Servicio de conservación y patrimonio natural. Segunda planta, tercera puerta a la derecha, hay un rótulo en la puerta.

—Gracias.

El edificio está bastante vacío. Incluso algún despacho está cerrado; en otros hay una pequeña cola de hombres, todos hombres, con pinta de acabar de dejar la azada y el mismo papel amarillo en la mano. No tardo en llegar aunque subir la escalera me ha costado lo mío. Hay un rótulo descascarillado que dice: «Servicio de conservación y patrimonio natural». La puerta está abierta, así que entro. Me encuentro en una sala con cuatro mesas con sus respectivos ordenadores y dos despachos al fondo. De las cuatro mesas, solo hay ocupadas dos por tipos de unos cincuenta años. Delgado y enjuto, uno de ellos me mira y me sonríe; gordito y calvo, el otro está concentrado leyendo la pantalla de su ordenador. De repente el gordito suelta una carcajada.

—¿Has leído lo último que nos ha mandado El Escritor? Me parto con este tío. Ah, buenos días. —Ahora me miran los dos sonrientes. Estos no reciben muchas visitas y, si no fuera porque me conozco, diría que son sonrisas ¿¿¿pícaras??? O sea, ¿quieren ligar conmigo estos dos?

—Buenos días. Acabo de heredar una casa en Alájar y quería restaurarla para venderla. Me han dicho que ustedes me informarían.

—Claro. —Se adelanta el delgado a su compañero. Vaya, pelea de gallitos, qué divertido. Estos dos deben ser los que acabaron cantando *Asturias, patria querida* con El Escritor.

—Pero es mejor que hable con la jefa de departamento. —Le corta el más gordito. No sé cuál de los dos es Dorado y cuál Jurado, pero tienen gracia estos tipos.

—Sí —tercia el delgado—. Se llama Daniela Pinilla, ahora mismo está en su despacho —me dice señalándome el despacho de la izquierda.

—Gracias.

Antes de darme cuenta, el gordito, con una agilidad inusitada, se planta delante de la puerta del despacho y llama con elegancia a la par que abre la puerta.

—Perdona, Daniela, aquí hay una señora que quiere hacer una restauración y he pensado que lo mejor es que hable contigo.

—Claro, Antonio, dile que pase. —Se escucha una voz femenina desde dentro del despacho.

Así que el gordito es Antonio Jurado y el delgado, Domingo Dorado. Jurado me mira, me sonrío ampliamente y mira de reojo a su compañero. Punto para el gordito. Al pasar junto a la mesa de Dorado, veo una novela al lado del teclado. La portada es una chica con mochila en una montaña, y acierto a leer el título pese a lo largo que resulta. *Nunca es demasiado pronto para decir te quiero*. Curioso título. El delgado disimula y le da la vuelta a la novela con un poco de vergüenza. Veo la foto del autor aunque no distingo el nombre. No me lo puedo creer, es El Escritor, pero sin barba y sin disfraz de coronel Tapioca. Sonríe el tío encantado debajo de un sombrero de paja. Al pasar junto a Jurado, me da la impresión de que el tipo me hace una inclinación de cabeza al dejarme pasar al despacho. Estos dos tienen un cachondeo encima que no es normal. Trabajar con ellos tiene que ser divertido.

El despacho de Pinilla es pequeño: apenas una mesa, una silla para ella y dos delante. La mujer, que me sonrío, tendrá unos cuarenta años. Me cae bien enseguida. Vaqueros, camiseta, peinada de forma sencilla y sin maquillar.

—Siéntate, por favor. Perdona el desorden. —El desorden son enormes columnas de papeles por todos lados: en su mesa, en el suelo, en un armario. Salvo un mapa de la sierra que tiene a su espalda, todas las demás paredes están llenas de estanterías y papeles.

—Gracias —digo mientras me siento en una silla que bien podría ser de la época de Aníbal González.

—Entonces, quieres restaurar tu casa. Muy bien, ¿dónde está la casa?

—En Alájar.

—¿Me puedes señalar en el mapa dónde exactamente?

—Sí, claro, es fácil. —Me levanto y localizo sin problemas la casa de mi abuela; bueno, mi casa.

—Aquí.

—Vale. Eso está en pleno parque, pertenece a la pedanía, aldea creo que la llaman, de al lado de Alájar. Tienes que cumplir una normativa muy concreta, pero no hay problemas; al menos no debería haberlos. Un momento, voy a comentarlo con mi jefa de servicio. Espera un momento.

Sale de la habitación. Tras llamar y conseguir el permiso de acceso, entra en el despacho de al lado. Me da la impresión de que me encuentro ante una funcionaria nueva, recién aprobadas las oposiciones, que quiere hacer las cosas bien, pero que se encuentra con una máquina burocrática de cincuenta años que va a su ritmo y puede que tenga otros intereses. Se escuchan voces secas desde el otro despacho, pero no acierto a distinguir las palabras. Vuelve Pinilla con el rostro cambiado. Esta mujer acaba de pasar un mal trago.

—Perdona, la jefa de servicio no está de acuerdo en que recibamos a los administrados en los despachos. De todas formas te voy a pasar un dossier con toda la información necesaria para hacer restauraciones en viviendas particulares dentro del parque natural.

De uno de los armarios, saca una carpeta y me la entrega. Dentro me encuentro más de cincuenta folios con epígrafes de normativas, reseñas del Boletín Oficial de la Junta de Andalucía, resoluciones judiciales, leyes, etc. Esto es una maraña de información impresionante.

—Siento no poder asesorarte —me dice Pinilla, y se nota que lo siente de verdad y que lo que a esta mujer le gustaría es ayudarme con esta mole de información—. Pero tenemos órdenes de no asesorar a particulares, sino solo entregar el dossier para que lo lean. No te lo puedes llevar.

—¿Puedo hacerle fotocopias?

—No. —Esta mujer tiene una lucha interior enorme, está dando la cara por alguien que ha dado una orden injusta. Nadie puede leerse esto en unos minutos y sacar ninguna conclusión de cuál es la normativa que prevalece sobre otra. Esto llevará horas o días—. Está prohibido hacer fotocopias a particulares en dependencias de la Junta, y tampoco puedes llevarte el dossier en papel.

—Entiendo. —Me encantan estos funcionarios que quieren hacer bien su trabajo... y odio a los que no; aunque normalmente son políticos quienes dan este tipo de órdenes, y en este caso debe haber algún interés de que no se sepa claramente cómo restaurar una casa en la aldea—. ¿Tienes email corporativo? Un email de la Junta.

—Sí —me dice y me da una tarjeta. Creo que es la tercera que saca de un montón de nuevas tarjetas de visita con su nombre, cargo, teléfono y email.

—Si te pido información por email, ¿me mandas este dossier en formato

pdf?

—Claro, yo lo tengo en formato pdf.

—Y eso no sería hacer una fotocopia, ¿no?

—No —me dice Pinilla sonriendo. Es lista esta mujer; para aprobar unas oposiciones hay que serlo—. Dame tu email y te envío el archivo adjunto al momento.

—Gracias —le digo. Anoto mi dirección de email en un *post-it* y se lo paso.

—Si tienes cualquier duda, puedes preguntarme, pero no podemos asesorar a particulares —me dice guardándose el post-it en un bolsillo de su pantalón. Se nota que quiere ayudarme, pero no puede. Hay algo extraño en todo esto, pero estoy segura de que me escribirá ese email.

—No te preocupes, Daniela, soy abogada.

CAPÍTULO 15

Aracena

Son las 11:00 cuando salgo a la avenida; queda una hora hasta mi cita con El Maestro. He pensado en cita, pero debo pensar en reunión; no es una cita. Espera, que este jipi me está gustando, ya lo sé, pero cálmate, abogada, que este tío está fuera de tu alcance, como los anillos de Saturno lo están de Júpiter. Bueno a ver qué hago yo durante una hora en esta ciudad. Mierda de pensamiento jipi antimóviles; no me hace gracia ir al casino a esperar. Odio esperar. Comienzo a andar y me desvío hacia la Gruta de las Maravillas; no quiero entrar, pero me entretengo viendo las fotos en la entrada. No recuerdo mucho de Aracena; para mí era una ciudad de paso, de cuando íbamos a Alájar. Alguna vez veníamos de forma puntual a la Gruta de las Maravillas, que me encantó, a subir al castillo también, a comprar pasteles no sé dónde, pero eran viajes a la ciudad por algo concreto y nos volvíamos. Es una ciudad bonita; el castillo, en todo lo alto, con sus iglesias, sus plazas.

Bueno, sigo mi camino hacia la plaza del Marqués de Aracena, que es donde está el Casino de Arias Montano. ¿De qué me suena ese nombre? Ah, claro de la Peña de Arias Montano, el monumento más importante de Alájar. También estuve de niña; había que subir una cuesta importante, eso lo recuerdo. Me paro en un kiosco-librería, me compro un plano de la sierra y una novela que me llama la atención: *Ella, él... y el danés*, de Ana Álvarez. ¿Que será eso del danés? Tiene buena pinta. He caminado un buen rato. Es grande esta ciudad; no es Madrid ni Sevilla, pero no es un pueblo. Por fin llego a la plaza. Me siento en un banco y comienzo la novela. El primer capítulo me ha sacado más de una sonrisa. Genial el personaje principal, buena compra.

Son menos cuarto. Veo el casino de marras, parece un edificio parisino. Si no recuerdo mal, era el casino o club privado de los ricos terratenientes del pueblo; los comerciantes y los campesinos tenían otros casinos o centros de

reunión. El siglo xx español, hasta la Guerra Civil, fue un continuo foco de tensiones, y Aracena era una especie de España en miniatura. Después de la Guerra Civil, fue peor. Todo eso cambió con la democracia. Entro en el casino sin que nadie me pregunte cuántas hectáreas tiene mi finca.

No he visto la moto de El Maestro aparcada fuera, así que me voy para la barra a por una Coca Cola y a esperar. Odio esperar. Un momento, pero si en la barra está El Maestro. Me ha costado reconocerlo porque no es que no se parezca al jipi de ayer con la ropa de jipi en Tailandia, sino que a los vaqueros, camiseta y cazadora de motero ha unido una gorra donde se ha recogido la media melena, y además lleva gafas de sol.

—Me ha costado reconocerte.

—Esa es la idea. ¿Te tomas algo?

—Una Coca Cola Zero.

—¿No prefieres una cerveza?

—No, la cerveza engorda.

—Ahm. Una Coca Cola Zero —le pide al camarero, que tarda diez segundos en ponérmela delante, junto a un vaso lleno de hielo.

—¿Te cuento lo que me ha pasado en la oficina?

—Después.

—Vaya, parecías muy interesado y ahora no sacas la cabeza de tu cerveza. Como si no te importara nada.

—Esa es la idea.

—Pero ¿qué idea? No te entiendo... humm. —Ahora caigo en que no sé su nombre. No sé cómo dirigirme a El Maestro y, desde luego, no pienso llamarlo maestro.

—¿Sabes inglés? —me pregunta sonriente.

—¿Inglés?

—*Yes*[1].

—*A bit*[2].

—*It's better that now they believe that we are tourists*[3].

—*Why?... if it can be known*[4].

—*Because the young boy just arrived, the biker of the knife, and I want to see who he meets*[5].

—*What?*^[6]

—*The donkey goes to the fountain when it is thirsty, but not before*^[7].

—Ya he escuchado antes lo de la fuente y el burro, pero no lo pillo.

—Vámonos —me dice con una sonrisa mientras paga las consumiciones.

Ese «Vámonos» le ha salido más de sargento que de jipi, y mi primer instinto ha sido soltarle un «¿Perdona?, tú a mí no me das órdenes, que soy abogada y te denuncio» con acento madrileño, a ser posible. Pero había algo en el tono que no era de prepotencia, sino de eficacia. Quizás por eso, entre los militares, guardias civiles y policías, o sea la gente que tiene armas y cosas que hacen daño, y que se enfrentan a otras personas que también tienen armas, es tan importante el tema de la disciplina...: por eficacia. Nunca me lo había planteado. Al salir miro de reojo, con la sutileza de una espía en su primer día de servicio, al chaval de la moto. Está de pie hablando casi al oído a un tipo gordo que está de espaldas y juega al dominó en una mesa. Nadie le echa cuenta al chaval, pero el tipo gordo está muy quieto; él sí está escuchando.

En la calle empieza a hacer calor. Esto es agosto en la sierra. Empiezo a sudar y no me gusta sudar con El Maestro a mi lado, quien camina pensativo. Tras callejear un poco, llegamos donde tiene la moto aparcada, con nuestros dos cascos bien seguros en la misma cadena que sujeta la rueda delantera. El Maestro guarda la cadena y se sienta en la moto, pero, antes de ponerse el casco, me pregunta:

—¿Viste al tipo gordo con el que hablaba el chaval de la moto?

—Sí.

—Pues tenemos un problema. Es Luis Olvera.

—Bueno, ni que fuera el marqués de Aracena.

—No. El marqués de Aracena es Pedro Fernández-Palacios Sánchez-Dalp. Pero no tienen nada que ver.

—Muy bueno. Te lo has inventado.

—No, qué va, es el quinto marqués de Aracena. En España hay cosas que no cambian desde los Reyes Católicos y, en este caso, desde Alfonso xiii, que fue quien creó el marquesado en... 1917.

—Buena memoria. ¿Y qué pasa con ese Luis Olvera?

—Que es dueño de la mayor inmobiliaria de la sierra y que está claro que es

él quien quiere comprar la aldea. Dijiste que mañana por la mañana habías quedado con alguien de una inmobiliaria.

¿Recuerdas el nombre de la inmobiliaria?

—Inmobiliaria Olvera. Joder, mucha casualidad. Yo solo contacté con la que tenía el mejor anuncio en internet.

—Claro, porque es la más importante.

—¿Cómo sabías que el motorista iría al casino?

—No lo sabía, pero Olvera es de los de partida de dominó diaria; eso sí lo sabía. En el campeonato de dominó le he ganado algunas veces... y no es un buen perdedor, créeme. Y tanto interés por que vendamos las casas solo puede ser porque hay alguien que quiere hacer negocio. Pero Olvera sabe que no puede hacer negocio con esas casas; no puede construir ninguna urbanización ni nada por el estilo. Ahora ya sabemos que los motoristas van de parte de Olvera; otra cosa será probarlo. Lo que no sé es qué pasa con la Junta de Andalucía. ¿Qué averiguaste tú?

—La nueva funcionaria, Pinilla, se la ve buena persona, profesional y eficaz. Quiso ayudarme, pero creo que su jefa de servicio y seguramente alguien por encima de ella no están por la labor.

—Ya. Te dejan mirar los títulos de las normativas y el número del Boletín Oficial de la Junta de Andalucía, pero no puedes hacer fotocopias. Ya lo intentamos, es un lío. Tengo el boletín con la normativa, pero seguramente esté corregido por otro y ese por otro.

—En el dossier que ha elaborado Pinilla dejaba muy clara cuál era la jerarquía normativa.

—Pero si no te dejó fotocopiarlo no tenemos nada.

—Pero me lo va a enviar por email; eso no es fotocopiarlo. Ella no incumple la norma.

—Joder, no se me había ocurrido. Eres buena abogada. Sube, nos vamos a ver a unos buitres amigos míos.

Me pongo rápido el casco antes de subir a la moto. No quiero que me note la sonrisa tonta que se me ha quedado, ni que me he ruborizado. Sí que soy buena, pero que me lo diga este sargento jipi me ha sentado bien, muy bien. Me vuelve a costar enormes esfuerzos sentarme en la moto. Un momento, ¿adónde ha dicho que vamos?

Buitres negros

No volvemos por donde hemos venido, sino que cogemos la carretera N-433, la que va a Portugal.

Para ir a Alájar deberíamos haber tomado la comarcal HU-8105. Conduce bien El Maestro, a una velocidad adecuada, ni lento ni rápido. Se adapta al tráfico y, cuando no hay problema, acelera hasta la máxima velocidad permitida. Adelanta solo cuando es muy seguro. Se está bien en la parte de atrás de su moto; me dejo llevar y, —todo hay que decirlo— me agarro fuerte a él.

Pasamos un pueblo detrás de otro rápidamente. Los Marines, Fuenteheridos, Galaroza, El Repilado, Cortegana, Aroche... ¿Adónde vamos? Rosal de la Frontera... ¿es que vamos a Portugal? Llevaremos unos cuarenta minutos de viaje, pero empiezo a estar cansada. Parece que me lee el pensamiento porque nos detenemos en la calle principal de Rosal de la Frontera. El Maestro se baja de la moto con una agilidad sorprendente, se quita el casco y lo engancha en el espejo retrovisor.

—Tengo que comprar un par de cosas. Espérame en la moto, aunque te aconsejo que estires un poco las piernas; aún nos queda media hora de camino.

Entre que me decido a levantarme la visera y lo que consigo es quitarme el caso, ya se ha ido a la tienda que tenemos enfrente. Parece la típica tienda de pueblo, donde venden desde arroz hasta unas chanclas. Tengo la sensación de haber retrocedido en el tiempo hasta los años cincuenta. La carretera nacional que va a Portugal y que pasa por aquí ya apenas se usa. Consigo bajarme de la moto con poca dignidad. Verdaderamente ha sido buena idea andar un poco; tengo las piernas anquilosadas, parezco un pato. Me detengo delante de otra tienda. Me encantan las tiendas de pueblo. Aquí hay algo que me llama la atención: unas botas de piel, bastas, sobrias, de campo... pero me encantan

y en la moto se me han enfriado los pies. Las compro por 10€, solo 10€; en Madrid no bajarían de 50€. Me quito las sandalias, que meto en uno de los bolsillos de mi mochila de cazador, y me pongo las botas sentada en un banco, con un par de viejecitos que me miran concentrados en cada uno de mis movimientos. Me siento como una obra de la Gran Vía y no sé por qué creo que en cualquier momento uno de los dos me va a decir: «Uyyyy, eso no se hace así; en mis tiempos nos poníamos las botas de otra forma».

Cuando termino observo a El Maestro que me sonríe desde la moto. Me hace un gesto para que suba. Qué manía tener que subirme en este trasto cuando el tipo este ya está subido. Podría esperarse a que yo me suba o tirarse al suelo para que lo pise caballerosamente, y así montarme en la motito de una forma más decorosa. Subo, me pongo el casco y, antes de preguntarle si vamos a ir a Portugal, arranca. No, no vamos a Portugal. Nos desviamos a la izquierda y cogemos la comarcal A-495.

Esto es la definición exacta de estar en la quinta puñeta, donde el viento da la vuelta, donde Cristo dio las tres voces, etc., etc., etc. A la derecha hay unos campos de cultivo, creo que es trigo; a la izquierda se distinguen los imponentes Picos de Aroche. Tengo una extraña sensación de alegría, de estar de viaje en compañía, de compartir un momento... *Stop*, alto. Para, abogada, que se te están disparando las feromonas. Seguimos dejando los Picos de Aroche a la izquierda, pero nos estamos desviando de la frontera con Portugal. Pasamos un par de pueblos, pequeños, casi aldeas, muy pobres y, desde luego, muy alejados de cualquier ruta comercial. No veo bien el nombre del primero, pero el último es Cabezas Rubias. Curioso nombre. Nada más pasarlo salimos de la carretera por una pista que va directamente a los Picos de Aroche.

Esto ya no es una carretera, sino una pista de tierra con muchos baches que El Maestro esquiva con la eficacia de quien ya ha hecho este camino muchas veces. Ahora vamos cuesta arriba. Estamos subiendo mucho, aunque la moto no parece notarlo y va a buen ritmo. Cuando compré el mapa, me fijé que los Picos de Aroche son el punto más alto de la sierra, y resulta que vamos directo allí. Ahora estamos rodeados de árboles, en un bosque que mezcla eucaliptos con alcornoques de una forma poco natural. Cuando hemos alcanzado una altura considerable, salimos de la pista, de nuevo a la izquierda, por un camino, apenas un sendero, por el que no cabría un coche;

casi ni cabe bien la moto. En algunos momentos El Maestro tiene que hacer curiosas maniobras con el manillar para esquivar ramas bajas o raíces. Me agarro más fuerte a él, pero por no caerme, no por otra cosa. Por fin paramos. Aparca la moto junto a un eucalipto enorme y me indica un banco de madera que resulta fuera de lugar en esta parte del mundo. De las alforjas de la moto, saca una bolsa de tela. Yo vuelvo a maniobrar como puedo para bajarme; casi me caigo, y de nuevo me cuesta andar. Pero lo de las botas ha sido buena idea: tengo los pies mejor que antes; además de que, para andar por aquí, las sandalias hubieran sido una mala elección.

Cuando recupero la capacidad de andar como una persona veo que El Maestro está sentado en el banco y mirando por unos pequeños prismáticos al horizonte. ¿Qué estará mirando si aquí estamos en mitad de un bosque? Me siento en el banco, con la bolsa en medio de los dos, y por fin me doy cuenta de dónde estamos.

Esto es un mirador. Ahora el banco tiene todo su sentido. Delante del banco no hay bosque, sino que se despliega el valle por donde hemos estado antes. Se ven kilómetros y kilómetros en la distancia. Son las 14:00, pero aquí no hace calor, por la altura, por el aire que corre, por la sombra de los árboles... Se está bien aquí. No sé qué está mirando El Maestro, porque no apunta hacia el valle, sino hacia el cielo. Me fijo bien y veo unos puntos negros en contraste con una nube blanca que acierta a pasar rápida. Me mira, me sonrío y me pasa los prismáticos. Los cojo y miro en la misma dirección. Ah, ya, ahí están los buitres negros; son feísimos, pero tienen una forma de planear muy elegante.

—Soy observador de esta zona. Los Picos de Aroche son una zona de especial importancia para la Sociedad Española de Ornitología por la colonia de buitres negros que aún quedan aquí. De vez en cuando vengo a hacerles una visita y notifico a la sociedad cuándo, dónde y a cuántos ejemplares he visto. Ahí hay siete volando. ¿Tienes hambre? —dice El Maestro a la par que saca de la bolsa un paquete con frutos secos y dos botellas de agua. Yo estoy muerta de hambre, me comería una vaca, con cuernos y todo, pero sonrío y comienzo a comer los frutos secos.

—Gracias —digo educada, pero quiero preguntar dónde está el Burger King más cercano. Paciencia. Un buen plan sería comerme todos los frutos secos y después a este jipi antes de escapar a Portugal con su moto. De

momento los frutos secos; ya iré madurando el plan, que ahora tengo mucha hambre.

—¿Tú podrías investigar el dossier que te va a mandar Pinilla y aclararnos qué estamos haciendo mal? Ese Olvera no es trigo limpio, algo quiere y por eso manda a los chavales de las motos. —Este tío ha pasado de ornitólogo a jipi para acabar en sargento de la guardia civil, en lo que yo llevo dos pistachos.

—Sí, pero necesito tiempo y una conexión a internet; desde la casa de mi abuela, no puedo.

—¿Tienes portátil?

—Sí.

—Genial. En la aldea tenemos wifi. Mañana por la mañana podrías pasarte; en la biblioteca puedes trabajar tranquila.

—¿En la aldea tenéis wifi?

—Sí

—¿Y una biblioteca?

—Sí, y piscina.

—Qué bien.

—Sí.

—Mañana viene el tipo de la inmobiliaria Olvera; he quedado con él a las 11:00.

—No estará mucho tiempo, te hará un precio muy bueno. Si vendes tú, tendremos muchos problemas nosotros.

—Yo voy a vender la casa de mi abuela, a eso he venido.

—Haz lo que quieras, eres un ser humano libre. Pero antes de vender la casa, o al menos antes de vendérsela a Olvera, ayúdanos con el tema de la normativa. Así, de paso, averiguas si la tuya cumple la normativa, aunque ya te digo yo que sí. Es una casa construida antes de que toda la zona fuera declarada parque natural. Algunas de las nuestras son posteriores y, aunque las hemos construido de una forma artesanal y respetando la arquitectura local, sí que están construidas después de ser declarado parque natural a la sierra de Aracena.

—Bueno, haré lo siguiente. —Me lo pienso muy bien antes de continuar. Los frutos secos no están mal. Hay mucha variedad; engullo una almendra

antes de contestar—. Escucharé qué oferta me hace el de la inmobiliaria; si no me gusta, siempre se la puedo vender a otra. Pero mañana, cuando termine, me acercaré a la biblioteca de la aldea con mi portátil y repasaré todo el tema de la normativa. Supongo que para la hora de comer te podré decir algo al respecto.

—Nos lo tendrás que decir a todos, somos una comunidad.

—No pienso dar una conferencia.

—No te pido eso. Es solo que, en vez de contármelo a mí, nos lo cuentes a todos. Convocaré una asamblea para mañana por la noche, al caer el sol.

—¿No puede ser a mediodía, cuando yo termine?

—Durante el día la gente trabaja, come, tiene sexo; las asambleas son al caer el sol.

—Lo anotaré en mi móvil. ¿A qué hora has dicho?

—Al caer el sol. Cuando el sol toca el horizonte, la gente deja de trabajar, se prepara, se lava, se cambia de ropa y, cuando el sol desaparece totalmente, comienza la asamblea. A las 21:30 aproximadamente.

—Vale, anotado. ¿Dónde?

—Oh, no tiene pérdida. Es en el foro, en la plaza de la aldea, donde encendemos el fuego. De todas formas yo estaré mañana en la biblioteca cuando llegues, y también te acompañaré al foro. ¿Te cuento una historia?

—Claro.

—Aquí donde estamos hay una explotación maderera, por eso hay tantos eucaliptos; comenzó a finales de los sesenta. Incluso hubo una aldea aquí arriba; siguiendo este sendero se llega a las casas. Ahora no vive nadie. En esa aldea, aquí arriba, aislados del resto del mundo, vivían los leñadores con sus familias. Gente muy pobre, jóvenes en su mayoría, que huía de la represión franquista y de la pobreza. Pues consiguieron montar una especie de comunidad democrática: elegían al alcalde, al capataz, a los responsables de las tareas. Fue una especie de isla democrática en medio del negro océano de la dictadura fascista que había en España. No molestaban a nadie y, aunque en Aroche algo se sabía, la guardia civil nunca vino a molestar. Cuando llegó la democracia sencillamente bajaron de aquí y se desperdigaron por los pueblos. Bueno, será mejor que nos vayamos, hay que dormir siesta hoy —me dice El Maestro con un brillo especial en sus ojos. Voy a protestar,

a decir que quiero seguir comiendo, pero ya no tengo hambre. O sea, no es como cuando me como una pizza familiar yo sola y acabo reventada, en plan que no me cabe más. Sí que podría seguir comiendo, pero hambre, lo que se dice hambre, no tengo.

—¿Y por qué hay que dormir siesta hoy? —pregunto para desviar mi cabeza de este misterio de comer poco y no tener hambre.

—Porque hay fiesta nocturna en la Peña de Arias Montano, hoy a medianoche. Vindrás, ¿verdad? Me gustaría que vinieras —me dice El Maestro poniendo cara de cachorro que pide su postre; solo le falta sacar la lengua y poner las patitas a la altura de las orejas. Me encanta, me saca una sonrisa.

—Sí, claro, iré.

—¿Sabes llegar a la Peña desde tu casa?; solo tienes que seguir el sendero. Hay una bifurcación a unos cincuenta metros, a la izquierda vas a la Aldea y a la derecha subes a la Peña; está señalizado.

—Sí, fui de niña varias veces.

—Genial. Vámonos.

No sé si serán los pistachos o que a mí me parece que tengo una cita en una fiesta con este tío esta noche..., pero he subido a la moto de una forma más ágil que las otras veces. Volvemos por el mismo sendero, pero, en vez de coger el camino de vuelta, al llegar a la pista, seguimos adelante. Atravesamos picos, bosques, ríos; da la impresión de que estamos en alta montaña más que en una sierra. También parece un lugar extraño por la gran cantidad de eucaliptos que hay, junto a árboles autóctonos, sobre todo alcornoques. Salimos de la frondosidad de la sierra, justo en el pueblo de Aroche, y ahí sí volvemos a coger la N-433, en dirección a Aracena. Al llegar a Fuenteheridos, nos desviamos a la derecha por la HU-8121. Desde Fuenteheridos llegamos a Alájar en cinco minutos. Me lleva hasta la puerta de la casa de mi abuela, me bajo de la moto con algo de dignidad, aunque la pierdo al sacarme el casco casi a rosca. Noto una sonrisa en sus ojos, aunque no le veo los labios, mientras se despide con un «Hasta la noche» desde el fondo de su casco.

Peña de Arias Montano

No es que sea una cita, pero la siesta, aunque me ha sentado bien, no ha sido una siesta profunda.

No dejo de pensar en El Maestro y en que no tengo ninguna posibilidad con él. Que sí, que me gusta mucho, que está como un queso, que tiene unos ojos verdes de los que quitan las bragas sin pedirlo, pero que no. Que yo estoy muy lejos de estas jipis delgadas y sin prejuicios; que lo del amor libre está muy bien para otros. Que yo soy más de novio, que si no tengo es porque no quiero y porque la oferta en las webs de citas deja mucho que desear. No me gustan los perfiles de los hombres que me envían flechas o estrellas o besos según la web. Y eso que mi foto es de cuando estaba en la facultad. Una vez quedé con uno que no me disgustaba del todo. Me pidió una foto reciente y le envié una de una actriz que se parece un poco a mí. Llegué temprano al bar y me situé en la barra de forma estratégica. El tipo llegó puntual, echó una mirada y no me vio o no me reconoció. Se sentó en una mesa con una cerveza; yo ya me había tomado más de dos y decidí lanzarme. Le dije al camarero que le sirviera una cerveza al tipo ese, que pagaba yo. La escena tuvo su gracia. El camarero llega, el tipo dice que no ha pedido nada y el camarero le dice que lo invito yo y, entonces, me señala. El tipo sonrío de oreja a oreja hasta que me ve bien. Entonces, se le cambia la cara, pone sonrisa de estreñido, y se va sin probar la cerveza. No volví a quedar con nadie más.

El caso es que estoy ilusionada. Busco entre la ropa que he traído y localizo un vestido negro largo, que no me hace tan gorda y con unas sandalias va bien. Ceno algo de lo que compré el otro día, pero no tengo hambre; supongo que estoy nerviosa. Le doy de comer a Pulgoso, que me mira de arriba abajo. Jodido perro. Para mí que ha emitido una sonrisa mientras cabecea como si dijera eso de que «aunque la gorda se vista de negro..., gorda se queda».

Paso de ti, chucho. De todas formas me reúno con él en el porche para ver el atardecer. Me encanta este momento en el que los pájaros gritan como si no hubiera un mañana hasta que se pone el sol completamente. Entonces, los pájaros se quedan en silencio y comienzan los grillos, las chicharras o los bichos que sean.

Es temprano, pero a las 23:00 no aguanto más. Si no recuerdo mal, el paseo hasta la Peña es de media hora. Preparo la mochila de cazador —que me está resultando muy útil—, móvil, cartera, navaja de supervivencia... La pruebo antes, aprieto el resorte y ¡clac!, se abre la hoja. Me encanta.

La guardo con cuidado; esta navaja no es un juguete. Con la linterna en la mano, me despido del chucho con un alegre «Hasta luego, Pulgoso». El perro levanta la cabeza y me lanza una mirada que dice: «Tráeme algo de comer cuando vuelvas, pringada». Puto chucho..., pero tiene gracia el jodido.

A ver, al salir de mi casa, de la casa de mi abuela, de aquí, en vez de a la derecha, hacia al pueblo, tengo que ir a la izquierda. Camino por el sendero aunque no hay una oscuridad absoluta porque la luna, las estrellas y las luces de algunas casas aisladas, a lo lejos, iluminan algo. Eso sí, sin la linterna estaría tropezándome a cada paso. Aquí está el poste señalizador, justo en la bifurcación del camino. A la izquierda, la aldea, y a la derecha, la Peña de Arias Montano. Mañana deberé tomar el camino hacia la aldea, pero esta noche cojo el camino a la derecha, hacia la Peña de Arias Montano. Este Benito Arias Montano fue un teólogo del siglo xvi que se vino a esta peña a retirarse y a estudiar durante años. Aquí vivió en unas cuevas en plan eremita mientras estudiaba los textos sagrados. De ahí, ni más ni menos, salió para participar en los acontecimientos más importantes del imperio. Fue erudito distinguido en el concilio de Trento e incluso llegó a ser capellán de Felipe ii y director de la biblioteca del monasterio del Escorial. Un *crack* el colega, al menos en el siglo xvi.

El caminito es cuesta arriba. No sé cómo se las apañaba el bueno de Beni para ir todos los días a por el pan; a mí me parece que todos los días no comía pan en su etapa de ermitaño. Tengo que parar, no puedo más. Me siento a un lado del camino. Escucho gente, una pareja de veinteañeros; estos son jipis con carné, vienen caminando abrazados. No llevan linterna, pero no parecen necesitarla. Cada dos pasos se dan un beso de tornillo; no dejan de mirarse a los ojos ni de decirse cosas al oído. Qué romántico, qué sola me hacen sentir.

Me dan las buenas noches amablemente y respondo de la misma manera. Se me ocurre ofrecerme a ir con ellos para iluminar el camino con mi linterna, pero siguen andando. Estos dos no necesitan que nadie les ilumine el camino; de hecho creo que no necesitan a nadie más.

Continúo caminando. No quiero pensar en los ojos verdes que me esperan arriba, pero no puedo dejar de hacerlo. El plan básico es no cagarla como con el tipo del bar al que invité a una cerveza y salió corriendo. *Primum non nocere*[8], que diría Galeno... o en versión milenial: «No la cagues». Nada de invitar a nadie; a esperar, como una buena princesita, a que el príncipe lo haga todo. Vamos, todo no; con que haga algo, me vale.

—Buenas noches, cariño. —La Bruja Blanca me coge por la cintura.

—Buenas noches.

—Entonces, ¿te gustó la ensalada?

—Sí, estaba buenísima.

—Me alegra que vengas a la fiesta en la Peña de los Ángeles.

—¿Qué? El Maestro me dijo que la fiesta es en la Peña de Arias Montano, es ahí adonde conduce este camino, ¿no?

—Ay, estos hombres poniéndole su nombre a las cosas; qué niños chicos son. Esta peña siempre ha sido la Peña de los Ángeles; en el pueblo la siguen llamando así. La ermita que hay allí se llama *Ermita del Santuario de Nuestra Señora de Los Ángeles*. Es un lugar mágico. Por eso Arias Montano se vino aquí... Pero fue Arias Montano el que vino aquí porque sabía que este lugar es mágico. No se convirtió en un lugar mágico porque vino Arias Montano. Allí arriba hay cuevas muy antiguas —lugar de brujas, niña—, un sitio con conexión directa con el mundo del no visto.

—Me estás dando miedo.

—Los miedos no se dan, ni se prestan, ni se regalan; los miedos son nuestros. Pero ten cuidado; allí arriba, si subes con miedo en noches como esta, esos mismos miedos te harán daño. Tus miedos te harán daño a ti.

—Bueno, yo también leo a Paulo Coelho.

—¿Quién es ese?

—Pues un... escritor que ayuda a mucha gente que tiene baja la autoestima.

—La gente tiene baja la autoestima porque no se conocen a sí mismos.

—Ese es el tipo de frases que escribe este hombre. Tiene un libro muy

bueno, *El alquimista*, te lo recomiendo.

—Ah, sí, pues llévalo a la biblioteca de la aldea. Admitimos todos los libros.

—No lo tengo aquí. Solo me he traído uno de Madrid, pero que no creo que encaje en vuestra biblioteca.

—¿No es un libro?

—Sí.

—Ya te digo que admitimos todos los libros. Si es un libro, lo admitimos.

—Me da un poco de corte, pero es un libro romántico.

—Anda, un libro de amor.

—Sí.

—Mejor, niña. Si quieres donarlo, será fantástico, seguro que alguien se lo lee. ¿Tú estás enamorada?

—¿Yo? No, qué va.

—Qué pena. De todas formas, cuidado ahí arriba, los ángeles son los mensajeros del amor y esta noche aquello estará lleno de ángeles. Ah, y elige bien con quién pasas por debajo de los arcos.

—¿Qué sucede con quien se pasa debajo de los arcos?

—Los novios que pasan debajo de los arcos se casan seguro.

Sonríó. En la oscuridad espero que no me note el escepticismo. Me cae bien La Bruja Blanca. Tengo amigas abogadas expertas en divorcios. No sé si algún matrimonio de los que pasaron por debajo de los arcos acabaría en divorcio, pero seguro que todos los que se divorcian comenzaron casándose. Ya llegamos. Tras el sendero se abre una explanada; a la izquierda sigue la colina, distingo la ermita. También se ven tiendas, ahora cerradas, y cuevas naturales. Cerca del borde de la peña está el arco, con campanas encima. Por ahí es por donde no hay que pasar hoy. Qué gracioso, hay como unas garitas de centinela a los lados. Desde luego es un lugar curioso. En el centro de la explanada, hay un montón de linternas de farol que hacen que parezca una hoguera. Alrededor hay unas cincuenta personas de todas las edades, incluso niños; también de todas las razas. Están sentados en esterillas, en sillas plegables de playa o directamente en el suelo; parecen estar esperando algo. La Bruja Blanca ha desaparecido de mi lado. Distingo a El Escritor sentado en una silla plegable. A su lado tiene una nevera de playa llena de botellines,

de la que saca dos; uno se lo abre y ofrece a una rubia impresionante de unos veinticinco años que está sentada en el suelo, a su lado, y que le habla gesticulando mucho. El tipo parece interesado en lo que dice y la mira directamente a los ojos. No sé, me esperaba de un tipo así alguna mirada furtiva a sus pechos. Ah, sí, ahí está, justo cuando ella no miraba. Al final sí tiene madera de espía este tipo. No me imagino a alguien así escribiendo novelas románticas.

Busco a El Maestro con la mirada, disimuladamente. No lo encuentro en el primer vistazo, al segundo sí. Esta noche sí que parece jipi. Pantalones bombachos rojos, camisa pirata celeste y sandalias; lleva trencitas en el pelo y la barba. De repente el mundo se me viene abajo. Dicen que esta peña está llena de cuevas, pues yo me siento como si me hubiera caído por una de ellas. El Maestro está sentado en una alfombrilla en el suelo con una mujer de unos treinta años. La típica morenaza andaluza de cuerpo de escándalo y pelo negro ondulado que le cae a media espalda. La chica no parece exactamente jipi, sino, más bien, alguien que acaba de aterrizar desde Ibiza con su traje largo blanco. El Maestro la tiene cogida por las manos y charlan los dos, riéndose e interrumpiéndose. Eso ya sería un desastre, pero es que conozco a esa mujer. Es Jezabel, una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida y una de las actrices españolas más famosas del momento.

CAPÍTULO 18

Jezabel

No quiero quedarme aquí. Me doy media vuelta, pero está llegando más gente por el sendero.

Despacio me acerco al borde de la peña. En cuanto se despeje el sendero, me voy. Aquí, en el borde, el paisaje es precioso; Se ve Alájar abajo con sus luces. A lo lejos también se ven varias luces de casas, caseríos, aldeas y pueblos, pero lo mejor son las estrellas. En la explanada hay luz por las linternas en forma de farol agrupadas en el centro y porque cada dos personas

al menos una tiene linterna.

—¡Tomillo! —Es la voz de El Maestro. No pienso girarme—. Fina. Hey, Fina.

Me doy la vuelta lentamente haciéndome la sorprendida. Allí está, con Jezabel a su lado. Ambos me sonríen y El Maestro me hace señas para que me acerque. Arrastro los pies hasta donde están sentados en una alfombrilla, debajo de un árbol.

—Siéntate con nosotros. ¿Te acuerdas de Ana Virtu? —me dice mientras yo maniobro con dificultad para sentarme en el suelo con un vestido que, sin duda, no está diseñado para sentarse en el suelo.

—No, estoy segura de que me acordaría. Pero tú eres Jezabel, ¿verdad? Soy fan tuya, eres una actriz fantástica.

—Gracias. Sí, soy Jezabel —me dice ella con una sonrisa encantadora—, pero aquí soy Ana Virtu. Mi nombre es Ana Jezabel; mi nombre artístico es Jezabel, sin Ana, pero en Alájar soy Ana Virtu o Ana la de Virtudes, mi madre. Oye, qué bien te veo. Yo sí me acuerdo de ti, jugábamos de niñas. Tú eras la de Sevilla, la nieta de la Tomillo que venía en verano. No te acordarás, yo era la más pequeña de la pandilla, con unas coletas enormes. Tendría unos seis años la última vez que estuviste aquí.

—Sí, ahora recuerdo a una niña gordita con unas coletas enormes y que siempre iba corriendo.

—Esa era yo.

—Qué pesadita eras —le dice El Maestro.

—Y tú, qué guapo eras. Qué lástima cómo te has echado a perder con esas barbas; estás horrible ahora.

—Nunca hubiera imaginado que tú eras de aquí, ni que eras esa niña gordita. —Intervengo para que no se me escape que a El Maestro las barbas le sientan como a nadie y que con esas trencitas me tiene nerviosa.

—Sí, ya ves. Aquí el feo de las barbas y yo íbamos juntos al colegio. Es un pueblo pequeño y en la misma aula había niños de distintos cursos. Él siempre iba tres cursos por delante de mí. Ay, me tenía loquita cuando era guapo. Después hice magisterio, en parte, por seguirlo a él.

—Venga ya —protesta El Maestro—, pero si ya tenías novio cuando entraste en magisterio.

—Porque no me echabas cuenta.

—Porque eras gorda y fea.

—Qué más quisieras tú. Pues en magisterio solo coincidimos un año. Él terminó, yo seguí, pero haciendo teatro en la facultad descubrí que mi vocación era ser actriz. Cuando terminé magisterio entré en la Escuela Superior de Arte Dramático de Sevilla; después me fui a Madrid y tuve suerte con los *casting*. Ahora no puedo quejarme.

Me desarma la sencillez de Jezabel. Es una de las mujeres más guapas y sexis del panorama cinematográfico de España. Sin embargo, es una mujer encantadora; se nota que es buena persona en cada uno de sus gestos y palabras. No tiene, para nada, esa afectación que da la fama y que hace creerse seres superiores a los actores y actrices.

—¿Te acuerdas de Yaki? —le pregunta a El Maestro.

—Joder, Yaki, claro que me acuerdo. La de veces que lo habré toreado.

—Yaki era mi perrito —me explica Jezabel—. Era conocido por todo el pueblo. No usaba correa y mi madre lo soltaba todas las mañanas. Iba a verme todos los días al recreo al colegio y jugábamos con él a los toros. Lo encerrábamos y, cantando «Chirrín, chirrín, que el toro va a salir, olé», lo soltábamos. Luego, al entrar a las clases, mi perro iba a casa de mis abuelos. Cuando terminaban las clases, ya estaba en la puerta del colegio esperándome, y volvíamos juntos a mi casa. Murió con diecisiete años, no era de raza. Pero no tengo recuerdos de antes sin mi perro; el primero es con él. Todo el mundo lo conocía en el pueblo. No llevaba correas, no hacía falta. Cuando murió en casa fue como si faltara un hermano. Y está enterrado en mi patio.

—Jodeeer, el colegio —susurra El Maestro nostálgico.

—Mi abuela me llevaba todos los días la merienda al recreo —me sigue contando Jezabel—. Desde lejos me llamaba: «Cuuuuuu-cuuuuuuu», y todo el mundo me decía: «Ana Virtu, tu abuela». Paraba de jugar y me daba el Cola Cao con cinco galletas; las mojaba, me las comía y seguía jugando.

Yo sigo con un puntito de celos, pero desde luego comienzo a querer a esta mujer, a su perro Yaki y a su abuela. Es de esas personas a las que tienes que querer. Aquí está una de las mujeres más famosas de España hablándome entusiasmada de su infancia en su pueblo.

—Qué bien cocinaba tu abuela.

—Y cocina, que hoy he cenado con ella. —Se dirige a mí—. Mi abuelo tenía un bar; lo llamaban El garrafa y mi abuela era la cocinera. Con un palo, un cinturón y unas campanillas, mi abuelo hizo una especie de látigo para espantar a los gatos, pero le encantaba tenerlos cerca. Hemos tenido muchos animales: conejos, patos (un pato se partió una pata y mi madre, con un palo de helado y tela, se la arregló), perros, gatos, hámsters, pájaros...

—Vaya, sí que son animales.

—Sí y verduras. Mi abuelo iba todos los días a la huerta con su burra y, cuando subía al pueblo, dejaba todo tipo de comida y frutos del campo detrás de la puerta de mi casa: calabaza, puerros, tomates, cerezas, naranjas, pimientos, sandías...

—Oye, Jezabel. —No puedo resistir una pregunta que me hago desde niña, pero estos dos se parten de risa. He dicho algo gracioso, pero no sé el qué—. ¿Qué pasa?

—Aquí soy Ana Virtu; Jezabel es para Madrid. ¿Tú dónde vives, Fina?, ¿en Sevilla?

—No, soy abogada, vivo en Madrid.

—Qué bien. ¿Podríamos tomar café algún día? Pero ¿qué era lo que ibas a decirme?

—Sí, esto... —Tomo tiempo para asumir que he quedado con Jezabel a tomar café en Madrid. Por un segundo se me ha quedado la mente en blanco, pero ya me acuerdo de algo que siempre quise preguntar y no me atreví—. Cuando jugábamos a policías y ladrones y los que eran policías tenían que atrapar a los ladrones y llevarlos a la plaza... ¿Te acuerdas?

—Claro —me dice con la sonrisa más amplia y limpia que he visto en mi vida.

—Pues que, a ver, que a mí me pillaban pronto porque yo me escondía tres calles más allá de la plaza, porque ese era el límite, ¿no? Pero que había niños que hacían trampas y se escondían más allá y nunca nadie decía nada de ellos, y era como si no jugaran según las reglas. Eso siempre me llamó la atención.

—Porque sí jugaban según las reglas —dice sonriente Jezabel.

—No hay límites en policías y ladrones; el pueblo entero era el lugar de juego. No podías salirte del pueblo, pero nada más —me explica sonriente El

Maestro.

—¿Te acuerdas de aquella vez que fuimos a Aguafría? —le pregunta Jezabel con una sonrisa pícaro en los labios.

—Ya lo creo. Aguafría es un pueblo que está a once kilómetros de aquí —me explica El Maestro—. Y sin ser ya muy niños, pero tampoco demasiado grandes, íbamos a las fiestas de otros pueblos andando, con linternas por si volvíamos de noche, pero atajando por senderos por donde no pueden ir los coches... Y aquí a la artista se le ocurrió ir a la derecha cuando había que ir a la izquierda. Lo peor es que fue a la vuelta, ya de noche. Tuvieron que salir nuestros padres a buscarnos; alguno se llevó una colleja. Yo no, pero mi padre me obligó a ir y volver a Aguafría todos los días durante una semana. Te aseguro que no se me olvida el camino, podría hacerlo con los ojos cerrados.

—Es verdad. Todavía me acuerdo de la cara de cabreo que traías de tus paseos cuando llegabas al pueblo, y nosotros estábamos patinando en la calle finita. —Jezabel me sonrío y me explica—. La única calle que no estaba empedrada y tenía un hormigón muy gastado que hacía que la calle pareciese una pista de patinaje.

Se me está cayendo la baba de envidia por la infancia de pueblo tan sana y tan feliz que tuvieron estos dos. No puedo dejar de sonrío e imaginármelos, a ellos y al resto de la pandilla. Mi infancia no fue del todo mala, pero en una ciudad los niños no son libres. Siempre teníamos que estar con la supervisión de un adulto y en plazas o parques acotados. En la ciudad el coche es el rey; resulta difícil imaginar lo que es una infancia tan libre. En pandillas solo de niños, construyendo cabañas en el bosque o en las copas de los árboles. Me hubiera encantado tener una infancia como la que han tenido estos dos.

—Ya empieza —dice El Maestro.

—¿El qué empieza? —pregunto yo.

—El motivo por el que estamos aquí hoy y ahora.

Se levantan los dos y yo con ellos. El Maestro recoge la alfombrilla, que tiene motivos árabes. Todos se dirigen al borde de la peña. Las luces de las linternas se han apagado; hay una oscuridad preciosa... Lentamente se hace el silencio. Todo el mundo mira al cielo, hacia las estrellas; yo también lo hago. Es un cielo estrellado, como no lo había visto nunca. Hay miles de estrellas. Empiezo a dejarme llevar por el momento. Me encantan las

estrellas. Aquí y ahora me encantan las estrellas, esas en las que nunca me había fijado, esas que no se ven en Madrid. Las hay más grandes y más pequeñas; algunas titilan, otras dan una luz fuerte y fija. Me gustaría saber los nombres de las estrellas y de las constelaciones. Solo distingo claramente el carro de la Osa Mayor. Hostía, una estrella fugaz. Se levanta un «Ohhhhhhhh» en toda la multitud. Otra estrella fugaz, otro «Ohhhhhhhh». Otra y otra y otra y otra... Esto es una lluvia de estrellas. Un momento mágico.

CAPÍTULO 19

Afganistán

He perdido la noción del tiempo viendo la lluvia de estrellas. Me ha recordado a aquellas películas de *Star Wars*, donde las batallas espaciales eran una mezcla de disparos láser en las estrellas junto con explosiones. Siempre me chocó que hubiera explosiones en el espacio, con su ruido de explosiones y su fuego de explosiones. Pero lo que más me chocaba era que las naves cayeran; o sea que, cuando explotaban, se iban hacia abajo. En fin, lo friki que es una.

Poco a poco las estrellas fugaces ya no se ven tan a menudo, aunque no dejan de caer. El personal ha comenzado a abandonar el borde de la peña y vuelven a crearse grupos. Salgo del momento mágico y veo que El Maestro sigue a mi lado, pero ni rastro de Jezabel... Ah, allí está, con los de la capoeira, practicando ese baile; me niego a llamarlo arte marcial brasileño. Es guapísima y tiene una agilidad igual o superior a los otros capoeerenses.

—¿Quieres una cerveza? —me pregunta El Maestro.

—Pues sí.

Caminamos juntos hacia donde están la nevera de playa y la tumbona de El Escritor, del cual no queda ni rastro..., ni de la rubia tampoco. El Maestro abre la nevera y coge dos botellines de cerveza; los abre y me da uno a mí. No pregunto. A mí me parece que estos dos tienen una complicidad típica

entre hombres. En plan que dice: «Mi cerveza es tu cerveza, pero a mi chica ni la toques», y cosas así. Caminamos mientras nos tomamos la cerveza. No puedo resistirme y saco el tema.

—Es muy guapa Jezabel.

—Sí que lo es. Es una niña muy linda y muy buena persona.

—Yo creo que está enamorada de ti. —Hala, no puedo ser más burra. Toma «ataque de celos gratuito». Mierda. Ahora solo me falta decirle que a mí me molan las trencitas de su barba y que más vale abogada gordita en mano que actriz canija volando.

—No, qué va —me dice con una sonrisa—. De niña lo mismo: estaba algo confundida, pero, en cuanto nos hicimos mayores, ya se centró en chicos de su edad. Ha trabajado mucho para llegar a donde está ahora. Sin embargo, es tan madura como para saber que esa fama de ahora pasará, pero el pueblo siempre estará aquí. Tuvo que servir muchas copas en Madrid y hacer papeles pequeños hasta conseguir un papel que mereció la pena y que le dio la posibilidad de conseguir otro y otro. Pero no fue fácil. Muchas amigas suyas que terminaron la escuela de arte dramático con ella aún siguen sirviendo copas y esperando su momento.

Veo, a lo lejos, a La Bruja Blanca, que le está echando las cartas a una pareja joven, ambos rubios, altos y delgados; si no son alemanes, son daneses. Los enamorados sonríen y se abrazan cada vez que La Bruja Blanca explica el significado de la carta que pone boca arriba. Pasamos a su lado y me guiña un ojo. No sé si sabe echar las cartas del tarot, pero, desde luego, sí sabe hacer feliz a esta pareja.

—Imagino que no es fácil para nadie —le digo gracias a un mecanismo ancestral de defensa que tenemos las gorditas y que me hace romper el encanto del momento. Me siento demasiada cómoda a su lado en silencio.

—Algunos sí lo tienen fácil: los hijos de los grandes propietarios de la sierra, los terratenientes de toda la vida de la España profunda, rural y paleta que no ha cambiado en siglos; los hijos de los ricos, que pueden hacer carreras universitarias a precio de oro en universidades privadas, donde los aprueban solo por poner su nombre en el examen, aunque en una universidad pública no hubieran pasado de primero.

—Conozco a algunos así... por mi trabajo.

—¿En qué consiste exactamente tu trabajo?

—Soy abogada fiscal. Evito que se paguen más impuestos de los que se deben pagar.

—Hum, ayudas a los ricos a evadir impuestos.

—No. Evito que la administración de hacienda recaude lo que le da la gana a quien le da la gana.

—Tienes que tener cuidado.

—No te preocupes, soy buena en mi trabajo. No ayudo a delincuentes de guante blanco, pero, si hacienda se equivoca y quiere recaudar de más, no le va a resultar fácil cuando yo les haga un informe.

—Me refiero al siguiente paso que vas a dar aquí y ahora. Que tengas cuidado de dónde pones los pies.

—Pues no sé por qué, es fácil. Mira, doy un paso y ya está: ni me he caído ni nada. Ya no soy una niña, soy una mujer y yo tampoco lo he tenido fácil en la vida para llegar adonde he llegado.

El Maestro me sonrío ante mi ímpetu reivindicativo de mí misma. Joder, que ya está bien; que sí, que muchos han sufrido y trabajado demasiado para llegar adonde han llegado, pero que yo también. ¿Qué hace ahora este? Levanta el dedo índice y señala hacia arriba. Hostía, mierda puta, cagontó. Acabamos de pasar el arco ese que decía La Bruja Blanca que, si lo pasan los novios, se casan. Le doy un trago a la cerveza. A ver qué piensa ahora este de mí. Me mira, me sonrío y da un paso también fuera del arco y muy cerca de mí. Me bebo lo que queda de cerveza.

—Creo que mejor me voy. Mañana tengo que levantarme temprano, que vienen de la inmobiliaria, y después tengo que ir a la biblioteca a ver si me han enviado el email con el dossier, y además estoy muy cansada. —Mentira todo... Es un acto de sabotaje en estado puro porque acabo de entrar en pánico por la mera posibilidad de que le guste un poco a El Maestro. Mientras esté segura de que no le gusto, puedo dejarme sentir lo que sea por él (fantasías de gordita), pero, si tengo la menor duda de que puedo gustarle, tengo que dinamitar esta situación antes de que vaya a más.

—Como quieras, te acompaño. —Dejamos los botellines vacíos en la nevera de El Escritor, que sigue sin aparecer, y volvemos por el camino.

—¿Por qué dejaste la Guardia Civil? —pregunto para boicotear cualquier posibilidad de volver a darse un momento medio romántico en el camino de

vuelta. Soy buena. Ha cambiado el gesto; su rostro se vuelve sombrío, y las barbas y melena de jipi parecen transformarse en las de un náufrago.

—Puedes apagar la linterna, se ve bien el camino —me dice, y esta vez no es una orden, sino una petición. No quiere que le vea el rostro. Apago la linterna y me tropiezo en seguida. Él me coge por la cintura y no me suelta. Mierda, este no era el plan. Vale, tampoco hago nada por soltarme, entre otros detalles, porque estoy segura de que, si me suelto, me tropiezo.

—Pues fue en Afganistán —continúa El Maestro—; fui a instruir a la policía afgana. De vez en cuando nos disparaban; incluso algún compañero murió en un atentado. Fue duro, pero nosotros éramos hombres de armas, lo teníamos asumido y sabíamos que lo que estábamos haciendo, que nuestro trabajo allí, era importante. Suena simple, pero éramos los buenos con pistolas contra los malos con pistolas...; y nosotros íbamos ganando. Yo creía en todo aquello. Tienes que estar muy convencido para irte de voluntario allí.

—Imagino.

—Es difícil imaginárselo. No tiene nada que ver con lo que sale en las películas. Nos dieron muchas charlas antes de ir, charlas potentes de compañeros que ya habían estado allí. Pero es duro, muy duro. De todas formas firmamos por un periodo de seis meses. El primer mes fue muy malo; el segundo, malo..., pero al tercero ya estábamos hechos a la dureza del lugar e incluso hacíamos bromas. Los ataques, normalmente con morteros o francotiradores en la distancia, los aguantábamos apretando los dientes y respondiendo cuando podíamos. Incluso cuando murió un compañero fue muy duro, pero sabíamos que nos jugábamos la vida. Tienes que asumir eso para ir a un sitio así. Para lo que no estaba preparado fue para los niños. Hubo una explosión en una escuela. ¿Quién atenta contra escuelas?, ¿contra niños que están en clase? Fuimos lo más rápido que pudimos, pero murieron tres niños. Cuando aseguramos el perímetro y trasladamos los niños al hospital, entré en la escuela. Un viejecito limpiaba la sangre del suelo; me dijo algo en un susurro que no entendí. «Mañana hay clases», me tradujo el intérprete. Fuera, en la calle, había un grupo de niños que nos miraban. No lloraban, solo nos miraban. No tenían miedo, ni se alegraban, ni nada; sus miradas estaban vacías. Cogí tres piedras del suelo y recordé mi época de maestro. Hice malabarismo con las piedras, el viejo truco de hacer como que se me

caen y cogerlas en el último momento. Ellos se rieron y a mí se me partió el corazón. Creo que en ese momento dejé de ser guardia civil. Aunque cumplí con el periodo firmado, en cuanto llegué a España, pedí la excedencia y de nuevo gestioné el reingreso en el cuerpo de maestros de la Junta de Andalucía. Tras algunos destinos alejados, conseguí dar clases aquí, en Alájar. Mira, tu casa, hemos llegado.

Yo estoy sin habla. Pulgoso sale a recibirnos, me mira las manos, las lame y a continuación hace lo mismo con El Maestro, que se saca algo del bolsillo, y Pulgoso lo devora y vuelve a su sitio en el porche de la casa.

—¿Me das permiso para darte un abrazo?, me vendría bien ahora —me pregunta El Maestro.

—Sí. —Soy capaz de balbucir.

Me abraza y me levanta del suelo; está fuerte, porque yo no peso poco. Es un buen abrazo, dura unos minutos. Siento su calor y su cariño durante todos y cada uno de los segundos que dura el abrazo. Cuando me deja en el suelo, me da dos besos en las mejillas.

—Buenas noches, descansa, te espero mañana en la biblioteca de la aldea.

—Buenas noches.

Veo cómo se aleja y de nuevo creo percibir un cambio en su forma de andar, de elefante a lobo.

Tengo un problema.

Me estoy enamorando.

Soy rica

No puedo dormir, llevo horas en la cama dando vueltas. Tengo un problema: El Maestro ha pasado de gustarme a sentir algo más por ese hombre. Yo no puedo enamorarme de alguien así, está muy lejos de mi perfil. Es un tipo extraordinario, pero lo más importante es que es un hombre guapísimo en un lugar con mujeres jóvenes, guapísimas y libres. Mujeres que son señoras de sus destinos, sin prejuicios, ni ataduras. Yo soy una urbanita, una abogada de Madrid. Y lo peor... yo soy una mujer gorda, no soy atractiva. No soy una mujer que pueda competir con las otras mujeres; lo sé y lo asumo. Yo solo puedo permitirme ligar con frikis, con hombres de segunda fila, con gorditos urbanitas. Tengo un problema, y es un problema serio porque este tipo no me ha dado ninguna señal de rechazo; al contrario, se comporta conmigo como si le gustara y eso me confunde. Los guapísimos abogados con los que trabajo —gimnasio a diario y trajes de diseño— ni me miran; me tratan, en el mejor de los casos, como una compañera y en el peor, como una fotocopiadora multifunción. Pero lo dejan claro desde el minuto uno.

Me estoy devanando los sesos en busca y captura de una solución. ¿Lo intento con El Maestro? No. ¿Le digo algo a ver qué pasa? No, que, entonces, me va a rechazar seguro. ¿Espero a que él dé el primer paso, que para eso soy una princesa? No, que soy una princesa gorda. No puedo esperar nada de ningún príncipe delgado. Joder, sí que estoy sufriendo. No, paso de sufrir: la decisión correcta es olvidarlo. Este tío era un sargento de la guardia civil, un hombre de armas, como él dice. Joder, ni que se hubiera alistado en los tercios de Flandes. Pues eso, que lo era y ahora es un maestro de escuela en un pueblo perdido de la sierra de Aracena. Además, cerca del pueblo hay una aldea de jipis, una comuna, una urbanización de brujas buenas, y el tío está encantado y vive feliz con los jipis. Vale, que ya no es guardia civil, apenas

maestro, pero sobre todo jipi, y es por eso que es tan amable, cariñoso, sencillo, y es por eso que es tan guapo, está tan bueno y tiene esos ojos verdes.

Joder, estoy fatal.

Cuando suena el despertador a las 9:00, ya llevo un rato despierta. He dormido a ratos: hoy sí que voy a necesitar una siesta, pero he quedado con la inmobiliaria y más me vale estar despierta. Decido ir al bar de Pepe a desayunar. No porque espere ver a El Maestro, no, no, no; es porque necesito desayunar y el paseo hasta el bar, desayunar y volver no me va a llevar más de hora y media. Quedé con el de la inmobiliaria a las 11:00, así que me da tiempo. Me visto y me pongo las botas que compré ayer; nada de sandalias, que tengo que andar. Algo le pasa al pantalón, creo que ha dado de sí. No me está tan ajustado, será que no he desayunado.

Tardo menos de lo que creía en llegar al bar de Pepe. Pepe, el joven, me saluda desde la barra con un alegre «Buenos días, ¿lo de siempre?». Confirmando mientras me siento en la mesa del día anterior. No quiero mirar, pero disimuladamente veo que en las mesas están jugando a las cartas o al dominó, pero no está El Maestro. Veo a Pepe, el viejo, y a Pepe, el más viejo todavía, pero a El Maestro no.

El desayuno me sienta de maravilla. Dios mío, pero qué bueno está este pan, este aceite y este jamón... pero el café, el café es insuperable. De nuevo me he tomado dos cafés. Cuando salgo del bar, me entran ganas de irme a dar un paseo por el pueblo o por la sierra, en moto Yamaha a ser posible. Concéntrate, abogada. Compró en una tienda de alimentación: comida para Pulgoso, pan y algunas cosas para mí. Curiosamente no compro carne, al menos no para freír o cocinar, porque jamón sí que compro; el jamón es lo más rico que se ha inventado. Compró varios frutos secos y verduras; casi no sabía el nombre de algunas, pero prepararme una ensalada como la mixta que me comí en el bar de La Bruja Blanca no estaría mal.

El camino de vuelta se me hace corto; lo mismo es por las botas o porque me estoy haciendo al camino. Al salir del pueblo me cruzo con otro viejecito, montado en un burro, que vuelve al pueblo cargado con verduras; ¿o es el mismo del otro día? Me acuerdo del abuelo de Jezabel. El viejecito tiene un cigarro apagado en los labios y me da los buenos días, que devuelvo alegre. A estas horas, que el día comienza para mí, este hombre ya lleva trabajando

horas, seguramente desde el amanecer.

Al llegar a la casa, Pulgoso se me acerca. Esta vez estoy preparada: tengo la lección aprendida y llevo en la mano comida para perros, que compré en la tienda. Justo dejo las bolsas en la cocina cuando escucho a Pulgoso gruñir. Salgo y veo en la puerta a un hombre de unos treinta años, con maletín, traje y corbata.

—Buenos días, ¿el perro muerde?

—Buenos días. No lo sé —respondo sincera—. ¿Es usted el de la inmobiliaria Olvera? Pase.

—Sí —dice el hombre a la vez que entra con mucha precaución.

Pongo comida de perro en el rincón favorito de Pulgoso, que me mira a mí y también al hombre, al que le lanza un ladrido en plan «Te veo, sé que estás aquí y no me gustas. Gordita, ahora es cosa tuya». Y se va a su rincón a comer.

—No creo que lo muerda ahora.

—Gracias. Ah, pues muy bien la casita, ¿no? Si no le importa, haré algunas fotos con el móvil.

—Claro.

—Usted no es de aquí, ¿verdad?, por el acento. Además, se le nota la clase; usted no es de campo.

—Soy abogada de Madrid. Esta es la casa de mi abuela, la acabo de heredar.

—Ah, la acompaño en el sentimiento, lo siento mucho —me dice sin sentirlo en absoluto.

—Gracias.

—Así que la ha heredado, pero vive en Madrid, muy lejos para tenerla de casa de fin de semana. Además, está muy mal, está que se cae. Claro, esto es para agricultores, para la gente de campo, pero para la gente de ciudad esto no vale. Buf, pero está fatal; las tuberías deberían cambiarse, la fachada, uf. ¿Puedo pasar dentro?, gracias. Uf, esa chimenea no vale. Hum, los muebles... hum.

El tipo me cae fatal. O sea, vale que esto es un regateo, pero me está tomando por idiota. Devaluar el producto para bajar el precio es de primero de negociación y yo sé negociar. Devaluarlo de forma agresiva al comienzo

de la negociación hace que la otra parte contratante se ponga a la defensiva. Este no sabe negociar.

—Bueno, pues ya está. Le tengo que preguntar qué precio le parece a usted razonable para tenerlo en cuenta a la hora de hacer nuestra propuesta, que recibirá por sms.

—No tengo ni idea. —Miento como buena abogada. He visto precios de fincas como esta en internet: van desde los 90.000 a los 120.000€ dependiendo del estado de la casa.

—Muy bien. En breve recibirá nuestro sms con la propuesta, negociable por supuesto. Buenos días.

—Buenos días.

Se marcha apresurado. Muy poco ha tardado, demasiadas pegadas ha puesto. Este no ha venido a ver la finca, ha venido a verme a mí y a conocerme para saber cómo negociar conmigo. Lo de abogada de Madrid ha subido el precio tanto que abrió los ojos cuando se lo dije. Querían saber quién era la nieta de Fina para ver qué precio ponían; esta finca ya la conocen. Qué mala impresión me está dando todo esto.

—Este tío no me gusta —le digo a Pulgoso.

—Guau —me confirma entre bocado y bocado. Suena el móvil. Mi madre; esta mujer también es bruja o, al menos, adivina.

—Niña, ¿ha estado ya allí el de la inmobiliaria?

—*Buenos días, mamá. Sí, acaba de irse.*

—¿En cuánto te la compran?

—*No me ha dado precio todavía. Dice que me mandaran un sms con la propuesta de compra.*

—Tú la arreglaste ayer, ¿no?

—*Estuve todo el día liada con la casa.* —Esto es truco de abogada; no es mentir, pero tampoco respondes a la pregunta que no quieres responder.

—Bueno. Tú coge lo que te den, que por esa casa no te van a dar mucho. Si te dan 50.000, ya es mucho. He pensado que podrías comprarte un piso en la playa, en Huelva; en Isla Cristina, por ejemplo. Tengo algunas amigas que tienen un piso allí; bueno, no son de ellas, sino de sus hijos, pero ellas van en verano y en invierno, y ¡qué maravilla! Sobre todo en verano, para quitarte del calor de Sevilla. Te lo digo, más que nada, por tu padre, que ya tiene una

edad.

—*Lo pensaré, mamá, pero un piso en Huelva, teniendo en cuenta que yo trabajo en Madrid, no sé si es buena idea.*

—Que sí, niña, que yo te lo cuido y tú vienes cuando quieras. En verano no se puede estar en Sevilla y menos ahora; con el cambio climático ese, el verano en Sevilla va desde mayo a octubre.

—*Sí, mamá, es buena idea lo del piso en Isla Cristina. Siempre me lo puedo tomar como una inversión, mejor que tener el dinero en el banco.*

—Eso. Tú lo compras y ya, si eso lo vendes cuando nosotros ya no estemos. Bueno, te dejo. Vale.

No me da tiempo a despedirme antes de colgar. Justo en ese momento recibo un sms.

Inmobiliaria Olvera tiene el placer de comunicarle que nuestra propuesta de compra por su finca/vivienda es de 200.000€. Esperamos su confirmación para comenzar la gestión de la compra.

Soy rica. 200.000€ son muchos euros. Me permito una ligera sonrisa antes de asumir que aquí hay un fraude en alguna parte. Yo sé que esta finca no vale ese dinero. Si me dan tanto, es por otro motivo. Tengo que ver el email de Pinilla y estudiar la normativa. Reviso la mochila; siguen allí la linterna y la navaja. Añado el portátil y la novela *Forastera*, de Diana Gabaldon, que me traje, pero que no he tenido tiempo de seguir leyendo. También meto frutos secos, una botella de agua y me dirijo a la aldea.

La aldea

El camino a la aldea es fácil. Igual que anoche, me dirijo a la izquierda al salir de casa. En la bifurcación, en vez de girar a la derecha, hacia la peña de Arias Montano, sigo por la izquierda en dirección a la aldea. A los diez minutos, aparece la aldea a la vista. Supongo que tengo muchos prejuicios, porque me esperaba una mezcla de comuna jipi en plan la película *La playa*, aquella de Leonardo di Caprio, y un barrio de chavolas, casuchas hechas con ladrillos vistos, techos de plástico y perros hambrientos que rebuscan en la basura. La aldea no tiene nada que ver con mis prejuicios.

Mi primera impresión es estar en una mezcla de La Comarca, el pueblo de los hóbbits de *El Señor de los Anillos*, y aquella aldea de Japón donde Tom Cruise estuvo prisionero recuperándose de sus heridas en *El último samurai*. Hay una calle principal, continuación del camino, y varias calles que la cruzan. Las casas no están pegadas, sino que hay espacio entre ellas. No todas están en la continuación de las calles, sino que también las hay desperdigadas, con sus propios senderos que acceden al camino principal. Veo huertos cerca de la aldea y descubro, por fin, dónde Noe aparcó su arca por la cantidad de animales que se ven y, sobre todo, se escuchan; desde ovejas hasta gallinas, pasando por cabras y burros. A un lado de la aldea, hay un descampado donde unos niños y niñas juegan al fútbol. ¿Los jipis juegan al fútbol? Recuerdo un documental de Bob Marley en el que él explicaba que le encantaba jugar al fútbol, y se veían imágenes del cantante con sus rastas, divirtiéndose con otros rastafaris, jugando al deporte rey.

La aldea está limpia y ordenada. Una fila de piedras blancas, a la derecha del camino, debe actuar como referencia por las noches porque aquí no hay farolas. No veo ni un papel en el suelo, ni latas de cerveza tiradas, ni colillas; por el contrario, todo parece estar especialmente cuidado. Los árboles, podados; los matorrales, sin invadir las zonas de paso, y ni siquiera veo las

típicas mierdas de perro que te puedes encontrar en la ciudad. Perros, sí, muchos, de todas las razas y tamaños. Un pequeño Collie me ladra alegre y sale a recibirme; se lo ve bien cuidado y alimentado. Me huele mientras da un par de vueltas a mi alrededor. Después sale corriendo adonde un par de perros de razas inexplicables lo esperan. Dos ladridos más y se van trotando a seguir con sus cosas. Al parecer he pasado la prueba y me dejan entrar en la aldea.

Tengo que localizar la biblioteca, que se supone que tiene wifi. Aquí sí espero ver a El Maestro, pero estoy preparada; nada de expectativas amorosas. Por el camino me he hecho a la idea de que no tengo nada que hacer con este hombre. Lo sé, lo asumo, destino de gordita. No veo nada que se parezca a una biblioteca. En el porche de una de las casas, debajo de un alcornoque enorme, hay un grupo de niños sentados en el suelo que miran con atención a un tipo disfrazado de hindú. El tipo está sentado en el suelo, debajo del árbol, con las piernas cruzadas; delante de él hay un canasto de mimbre cerrado. El hindú está tiznado de negro, tiene una gran barba negra, lleva un enorme turbante y un taparrabos. Comienza a tocar una flauta extraña; la he visto en algunas películas. Con una boquilla fina, se abre en una especie de balón pequeño para seguir en un tubo, donde están los agujeros, y termina en una boca amplia. El sonido es chirriante, pero está tocando una melodía, no improvisa. Repite una y otra vez la misma melodía. Los niños miran concentrados el canasto de mimbre. Dentro se mueve algo.

Un momento, ¿estos flipaos no estarán haciendo el encantador de serpientes con niños como público? Me pongo tensa, no sé si interrumpir para echar una bronca o salir corriendo. La tapa del canasto cae a un lado y todos los niños se echan para atrás; yo también. Poco a poco aparece la cabeza de una serpiente cobra que cabecea al ritmo de la música de la flauta. Los niños aplauden; yo no. La serpiente sigue ascendiendo hasta tener medio cuerpo fuera. Vale, es de trapo. Joder, qué susto. Está muy bien hecha, pero es de trapo. ¿Cómo se mueve? Todos los niños están concentrados en la serpiente y en sus movimientos. Yo no soy una niña y miro hacia arriba. En una rama del árbol, está Jezabel manejando unos hilos invisibles a la vista. Se lo está pasando en grande.

Continúo por el camino que se ha convertido en calle central. Casi en cada casa, hay gente sentada en el porche trabajando; algunos solos y otros en

grupo. Son artesanos que hacen pulseras o collares. Uno está en una mesa de carpintero y, por lo que veo, está fabricando juguetes de madera; otro está cosiendo cuero. El de más allá moldea con una navaja los agujeros de una pequeña flauta que tiene en la mano. Veo a varias mujeres cosiendo la misma colcha. También veo un grupo de tres chicas de unos veinte años que practican malabarismo con bolos; están entrenando algo, porque se les caen con frecuencia, se ríen y vuelven a intentarlo.

Escucho el gruñido de un oso. Ahora parece el berreo de un alce en celo. Ahora, definitivamente, la llamada de un gorila a su señora. Localizo el origen del horrible sonido. En una hamaca a la sombra, atada a dos árboles delante de otra casa, está El Escritor dormido, con un sombrero de paja sobre la cabeza, un pantalón corto y roncando como si fuera un oso. Escondidos detrás de uno de los árboles, hay tres niños de entre ocho y diez años; uno de ellos tiene una rama fina con la que pincha levemente a El Escritor en un pie. El oso, dormido, mueve el pie y está a punto de caerse. Sin dejar de dormir ni de roncar. Los niños se ríen y vuelven a la carga; esta vez lo pinchan en la barriga. No sé de donde El Escritor saca una pistola de agua y dispara un chorro en dirección a los niños, que salen corriendo entre carcajadas. El Escritor, que no ha abierto los ojos, vuelve a roncar.

—¿Tú eres Fina? —me pregunta una vocecita. A mi lado ha aparecido una niña de unos diez años, delgada, extremadamente blanca, con un pelo negrísimo por la cintura y unos enormes ojos azules.

Lleva un vestido rojo y sandalias.

—Sí.

—El Maestro dijo que vendrías y que te acompañe a la biblioteca.

—Vale. Gracias.

—De nada.

La niña me coge de la mano como si yo fuera una niña pequeña, más pequeña aún que ella, y caminamos juntos. Es un encanto.

—Hoy hace un día precioso, ¿no te parece? —me pregunta.

—Sí, sí que me parece.

—El viento trae algo de humedad del mar, ya sabes. Al mediodía hará calor, pero está noche refrescará.

—Sí, eso creo yo también. —La niña me habla como una vecina a otra

mientras esperan la cola de la pescadería. No estoy acostumbrada a hablar con niños, no sé qué decirles; pero esta niña claramente está liderando la conversación.

—Me gusta el verano. Aunque el invierno también tiene sus ventajas, otoño siempre me ha parecido una estación muy romántica. De todas, yo prefiero la primavera; es la mejor estación de todas. ¿A ti cuál te gusta más?

—La primavera también —digo yo por decir algo.

—Aquí es —me dice señalándome una cabaña de madera con un rótulo en la entrada que pone:

«Biblioteca».

—Gracias, eres muy amable.

—De nada, tú también eres muy amable, y muy guapa.

Ole la niña, la niña, sus padres y la educación jipi positivista, basada en decir siempre palabras agradables, decir siempre algo bueno de la otra persona. Le sonrío, me quedo sin palabras. La niña me mira, sonrío y ladea la cabeza señalándome la puerta. Ella no se va, espera a que yo entre. Justo estoy abriendo la puerta y entrando cuando sale corriendo detrás de los tres que estaban molestando a El Escritor. Están muertos de risa y van a una velocidad endiablada. Algo acaban de hacer que requiere de esa velocidad de huida y que provoca esas risas.

El interior de la cabaña es luminoso; es una habitación cuadrada y amplia, con grandes ventanas que dejan pasar mucha luz. Hay una mesa larga en el centro; todas las paredes están llenas de estanterías que, a su vez, están repletas de libros etiquetados y bastante gastados por el uso. Sentado en el suelo, debajo de una ventana, está El Maestro. Mi corazón da un salto. Estoy controlando mis emociones, pero es difícil controlar otras sensaciones. Ya no lleva trencitas en la barba y tiene la melena recogida en un pañuelo rojo que luce al estilo pirata. Lo malo es que tampoco lleva nada salvo una especie de pareo atado a la cintura. Está buenísimo. O sea, calma, abogada, que aquí hemos venido a currar.

—Buenos días —me saluda mientras cierra el libro. Me da dos besos que intento devolver sin demasiado entusiasmo. Hago un gran esfuerzo por no abrazarlo. Tranquila, gordita, que este jipi medio desnudo no es para ti. No puedo dejar de curiosear el título. *Los enemigos del comercio*, de Antonio Escohotado. Tomo nota.

—Buenos días.

—¿Vino el de la inmobiliaria Olvera?

—Sí.

—¿Te han hecho una oferta?

—Sí.

—Qué rápidos. Esto se está acelerando. Aquí puedes trabajar, cierro la puerta. Nadie te molestará.

Cuando termines acércate a La Taberna, es una de nuestras casas comunitarias. Allí estaré.

—¿No quieres saber cuánto me ofrecen?

—No hace falta. Seguro que una cantidad desproporcionada, muy por encima del valor real de la casa. Estos quieren toda la aldea y no solo tu casa; si tu vendes, se nos complica a nosotros no vender. Pero es tu decisión. El wifi se llama La Aldea, no hay otro por aquí. Si quieres cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

—¿Y la contraseña?

—¿Qué contraseña?

—La contraseña del wifi.

—Aquí no hay contraseñas —me dice sonriendo, y comienza a salir.

—Ah, que no se me olvide. —Dejo mi mochila de cazador en la mesa y saco la novela de Diana Gabaldon—. Me gustaría donar este libro a la biblioteca.

—A ver. —El Maestro lo coge, me mira y levanta una ceja—. Hummmm, escoceses buenorros.

—No sé, no lo he empezado aún. —Miento como puedo.

—Está muy bien, a mí me gustó. Escribe bien esta mujer —me dice El Maestro mientras deja el libro en una estantería vacía—. Ya lo etiqueto en otro momento. Hasta luego.

—Hasta luego.

No recuerdo ya la última vez que fui a una biblioteca. En fin, me siento, abro mi portátil, me conecto al wifi y reviso mi correo. Hay varios de mi empresa que no pienso leer y veo el de Pinilla, con su dirección de email del correo corporativo de la Junta de Andalucía.

A trabajar.

La cabaña de invitados

El correo de Pinilla es corto.

Buenos días:

Aquí tienes la información solicitada. Te deseo que dicha información te sea útil. Cuenta conmigo.

Le respondo inmediatamente.

Buenos días:

Muchas gracias, Daniela. Estoy segura de que tu ayuda me va a resultar de gran valor. Te debo un desayuno en el bar Casa Pepe, en Alájar; si no lo conoces, te lo recomiendo.

El fichero adjunto es un pdf que me descargo y abro sobre la marcha. Aquí hay más de cien páginas... Esta funcionaria es buena; no solo me ha enviado la reseña de la normativa, sino que me ha empaquetado toda la normativa entera. Boletines Oficiales de la Junta de Andalucía, Boletín de la Provincia, etc. etc. etc. Sí que voy a tener que invitar a esta mujer. Con la herramienta de resaltar texto, me ha ido señalando lo más importante: me va a evitar horas de lectura. Luego dicen que los funcionarios son vagos. En algún momento de sus vidas tuvieron que aprobar unas oposiciones y eso no es fácil.

La mañana está transcurriendo rápida. Tomo notas en un documento Word, consulto en Google lo que no entiendo y priorizo desde las normas vigentes hasta las que no lo son en su totalidad. Me descargo un par de Boletines Oficiales. Voy poco a poco desvelando, en el tupido velo de la maraña de normativas que se citan a sí mismas y a otras tres, qué quieren decir y qué es lo verdaderamente importante para tener en cuenta.

Al cabo de una hora veo aparecer, por una de las ventanas, a tres cabecitas correspondientes a los tres niños que fastidiaban a El Escritor. Me miran curiosos. Se escucha un silbido largo que viene de lejos, y las tres cabecitas

desaparecen.

Una hora más tarde he terminado. Tengo un Word de veinte páginas. Joder, me lo leo y me lo releo; en resumen, es simple. Las construcciones de antes de declararse la zona parque natural no tienen problemas; las de después tienen una serie de restricciones para adecuarse a la arquitectura autóctona. O sea, ricos del mundo, aquí no podéis hacer un rascacielos y, si queréis un chalet para el fin de semana, se tiene que parecer a una casa de campo. Me parece razonable.

Uf, estoy cansada, pero ha merecido la pena. Desde luego la casa de mi abuela cumple la normativa y no tenían que haberle abierto expediente de ninguna clase. ¿Por qué lo hicieron si la casa está construida antes de la declaración de parque natural? ¿Por qué me ofrecen tanto dinero por esa casa? Hice bien en traerme los frutos secos, que he ido comiendo, y la botella de agua. Es curioso que, con lo que cabe en una mochila, se pueda pasar horas sin necesitar nada más.

Salgo y, al cerrar la puerta, me doy cuenta de que no tiene cerradura; solo un picaporte. Pienso en mi pequeña guía, que me vendría bien ahora para llegar a La Taberna. Pero no hace falta; desde aquí veo una casa con un gran porche, donde hay varias mesas y sillas y, sobre todo, una mesa larga, donde veo a El Maestro comiendo con mucha gente. Me ve y me saluda. Me acerco y me siento a su lado. Me da una cerveza abierta sin preguntar, pero desde luego que me apetece. Le doy un trago largo.

En la mesa hay gente de todas las edades, desde niños hasta viejos. Todos charlan con todos en distintos idiomas; he escuchado frases en inglés, en francés y en alemán.

—Estás invitada, come lo que quieras. ¿Qué tal te ha ido? —me pregunta a la par que me pone un plato vacío en frente. La mesa está llena de comida: hay tres fuentes grandes de ensalada de distinto tipo, platos con queso, frutos secos, frutas, etc. Me sirvo ensalada y queso. No tengo mucha hambre, curiosamente; será por picar mientras trabajaba.

—Bien, ha ido bien. Me he hecho un documento Word con la prioridad de la normativa. Pinilla se ha portado; la documentación que me ha enviado es muy buena.

—La que no podíamos fotocopiar en la oficina.

—Esa. Pero, en general, no he leído nada extraño. Las construcciones de

antes del año de ser declarado parque natural se respetan, y las nuevas tienen que adaptarse a ese tipo de arquitectura.

—Hum.

—Aquí habéis construido siguiendo esa normativa, ¿no?

—Buenoooooo, sí. La mayoría de las casas ya estaban. Los que las compraron solo las arreglaron porque se caían a trozos; muchas estaban abandonadas. Algunos compraron terrenos sin casas y las construyeron siguiendo esa normativa. Hay algunas excepciones, pocas y muy claras. Pero la avalancha de expedientes ha sido dirigida, sobre todo, a las casas que ya estaban construidas.

—Pues, no lo entiendo.

—Ni yo. Esta noche se lo cuentas a la asamblea.

—Yo prefiero contártelo a ti, y ya tú se lo cuentas a los demás.

—Mejor se lo cuentas tú esta noche al anochecer.

—Ya. Oye, hay muchos niños aquí, ¿no?

—Sí. ¿En Madrid no hay?

—Supongo.

—¿Supones?

—Sí, claro que los hay. Es solo que no se ven mucho o, al menos, yo no los veo; será por el horario o porque no juegan en las calles.

—Debe ser triste para un niño no poder jugar en la calle.

—Bueno, están los parques, los centros comerciales, no sé...

—Me estás deprimiendo, abogada —me dice con una sonrisa.

—Pues me iré a dormir una buena siesta, así no te deprimos. Vuelvo al anochecer.

—Tengo una hamaca en mi cabaña de invitados. Quédate y te echas una siesta en la cabaña, así te ahorras un viaje.

—¿Tienes cabaña de invitados?

—Sí. Mi casa es de las antiguas: no tengo mucho terreno, pero sí tengo cabaña para invitados.

—Bueno, vale.

—Cuando termines nos vamos.

—Pues cuando quieras. No tengo hambre. —Y es verdad, la ensalada está

riquísima, y no sé qué me pasa, que me he llenado enseguida.

Caminamos en silencio. La casa de El Maestro es muy parecida a la mía: hay un gran alcornoque con una copa enorme en la entrada, está un poco alejada de la aldea. No veo cabaña de invitados por ningún lado.

—¿Y la cabaña? —pregunto.

—Arriba —me dice señalando la copa del árbol. Hay unos peldaños clavados al árbol que acaban en una cabaña de madera que está hábilmente construida, aprovechando las ramas del árbol. No veo ninguna cortada ni nada forzado para encajar la cabaña.

—Podrás subir, ¿no? —me dice con algo de guasa.

—Y bajar —digo yo aunque cojo aire antes de empezar a subir por la escalera. No es difícil; de hecho me resulta fácil. Al llegar arriba entro en la cabaña. Tendrá apenas dos metros cuadrados y en cada pared hay una gran ventana. Desde una esquina a la otra, hay una hamaca de red que se ve cómoda. Las vistas desde aquí son algo impresionante. Me quito las botas, dejo la mochila en un rincón, pongo el móvil en silencio y doy un gran sorbo de agua de la botella. No tengo muy claro cómo subirme a la hamaca. Tras estar a punto de caerme tres veces, consigo encajarme dentro. Unos chirridos impertinentes me hacen temer que la hamaca no aguante mi peso, pero El Maestro debe pesar, como mínimo, lo mismo que yo, así que confío en no despertarme en plena caída. Esto se mueve, más bien, se balancea. Ey, el balanceo es muy agradable. Le voy cogiendo el truco; un pequeño movimiento y continúo balanceándome. Me voy durmiendo poco a poco.

CAPÍTULO 23

Asamblea

G O I I I I I I I I N G

El gong sigue vibrando. Estoy en un monasterio budista. Mi maestro espiritual está sentado en posición de loto junto a mí; ambos miramos cómo se pone el sol en las montañas del Himalaya desde la azotea del monasterio.

Mi maestro se parece mucho a Keanu Reeves en Matrix.

—Maestro, ¿tú crees que le gusto a El Maestro?

—Las gordas no podéis aspirar a un hombre así.

—¿A qué podemos aspirar las gordas, maestro?

—Bueno, es difícil. Está el informático gordo y calvo que te mira las tetas cuando te actualiza el antivirus.

—Aggg, ese no me gusta.

—Ni a ti ni a nadie. ¿Por qué te crees que se hizo informático?

—A mí me gusta El Maestro, empiezo a sentir cosas por él.

—Eres abogada, nunca emplees la palabra cosa, pequeña páawan. Emplea siempre adjetivos descriptivos y clarificadores.

—Perdón, maestro. Me siento enamorada.

—Es que está buenísimo.

—Síiiiiiiiiiiiiiiii, pero no es solo por eso. ¿Qué puedo hacer para gustarle a El Maestro?

—Ni idea.

—¿Algún consejo para dejar de estar tan gorda? Porque yo no soy gorda, solo estoy gorda, que es distinto.

—Bendito idioma español que diferencia los verbos ser y estar. En respuesta a tu pregunta, es fácil: practica sexo, come menos y come mejor... joia.

GOIIIIIIING

Abro los ojos, veo un techo de madera: estaba soñando. Me muevo y me pego una hostia contra el suelo. Puta hamaca. No me acordaba. Me asomo a la ventana y veo el sol tocando el horizonte; es precioso. Ya recuerdo dónde estoy. Me asomo a la ventana contraria y veo la casa de El Maestro. Él está sentado fuera en una silla de playa; hay otra vacía y una mesa donde veo dos cervezas y un gran cuenco con una ensalada.

—¿Qué es ese sonido? —pregunto aún adormilada.

—¿Cuál de ellos?

GOIIIIIIING

—

Ese.

—Es un gong, tres toques, aviso de que hoy hay asamblea.

—¿Ahora?

—Cuando el sol desaparezca completamente. Te da tiempo de cenar. Baja, anda, si es que puedes.

—Sí que puedo, gracioso.

Miro el móvil. Tengo cinco llamadas pérdidas del número de la inmobiliaria y un sms.

Estamos tratando de ponernos en contacto con usted. Por favor, responda a las llamadas. Estamos dispuestos a aumentar la oferta inicial.

Esto es cada vez más raro. Me pongo las botas y recojo la mochila. Bajo del árbol, de forma poco elegante, pero bajo sin ayuda. Tengo tanta hambre que podría cazar un perro de los que abundan por aquí, subírmelo a la cabaña del árbol y devorarlo entre gong y gong. El Maestro me ofrece una cerveza y un tenedor. Comemos los dos del mismo cuenco; esta vez sé que no voy a saciarme. Espera, ¿qué tiene esto? Hay arroz, queso, pero también taquitos de jamón. Joder, está riquísimo.

¿Esto qué es? Pipas, son pipas peladas. Comemos en silencio. Me equivoqué: empiezo a estar llena. El Maestro entra en la casa y vuelve con otras dos cervezas. Me muero de la curiosidad por ver su casa por dentro, pero no se me ocurre ninguna excusa para entrar. He terminado aunque en el cuenco aún queda ensalada. El Maestro lo recoge todo, pliega las dos sillas, las ata con un cinturón y se las echa a la espalda.

—¿Preparada?

—Supongo.

—Me fío de tus suposiciones. Yo confío en ti.

Caminamos en silencio hacia el campo de fútbol, donde se está reuniendo la gente. Ese «Confío en ti» me ha sentado como un café caliente y cargado a primera hora de la mañana. Caminar en silencio con este hombre no es caminar en soledad; de hecho me siento más acompañada que en un vagón de metro en hora punta.

En el campo de fútbol, hay un grupo de personas de la aldea que se está sentando en círculo alrededor de un grupo de linternas en forma de farol; están agrupadas en el centro del campo. Algunos llegan, dejan una de esas linternas y se vuelven a buscar un sitio en el círculo, como ayer en la peña de

Arias Montano. Supongo que un fuego sería más adecuado, pero es verano. Reconozco algunas de las caras de este mediodía. Hay quienes se sientan en alfombrillas en el suelo; otros, en sillas de playa; otros, en sillas plegables de cuero. Hay una mujer de unos cuarenta años, pelo negrísimo por la cintura y piel blanquísima, con un vestido largo blanco. Está sentada en un taburete de piel, tiene un gong al lado. Me llama inmediatamente la atención su rostro, serio y hermoso, pero sobre todo su cabello, que lo lleva suelto y literalmente le cubre toda la espalda. Nunca había visto a una mujer con el cabello tan largo. Nos sentamos a su lado.

La mujer mira al horizonte. El sol desaparece del todo aunque aquí hay suficiente luz entre las linternas y las estrellas como para vernos las caras.

GOIIIIIIING

Hace sonar el gong. La gente va sentándose y bajando el volumen de las distintas conversaciones.

Deja pasar un minuto y repite:

GOIIIIIIING

Ahora el personal se sienta definitivamente. Algún rezagado se da prisa en llegar y ocupar un lugar en el círculo, que se va abriendo conforme llega más gente. Seremos unas cincuenta personas.

GOIIIIIIING

Se hace un silencio respetuoso. La mujer del cabello largo deja el gong, se coloca de pie delante de su asiento, levanta los brazos y agita levemente las manos. El silencio es absoluto. A continuación hace un autoabrazo lento y deja caer los brazos. Su voz es profunda y aterciopelada; la proyecta de forma que se escucha en toda la asamblea. Se nota que está acostumbrada a hablar en público y que es una líder.

—Buenas noches, da comienzo la asamblea convocada por El Maestro. Tienes la palabra —dice la mujer, quien destila una autoridad innata. El Maestro se levanta, sonrío a la asamblea.

—Buenas noches. Todos sabéis los problemas que estamos teniendo con la Oficina de la Junta de Andalucía. La nieta de Fina es abogada. —Todos me miran con curiosidad. Yo pongo cara de póker —. También se llama Fina. Ayer estuvo en la oficina y ha conseguido que le pasen un dossier sobre la normativa de vivienda en la zona. Esta mañana ha estado estudiándolo y ahora nos va a contar sus conclusiones. Antes que nada, quiero agradecerle

personalmente su trabajo y creo que todos le debemos dar las gracias. —Me sonrío al decir esto último. Desde todos y cada uno de los rincones de la asamblea, se escuchan «Gracias» en distintos idiomas—. Por favor, Fina, cuéntanos qué piensas.

Se sienta y yo dudo, pero acabo levantándome. Cuando hablo me noto insegura al principio. Estoy acostumbrada a reuniones, pero con mesas y sillas, portátiles y móviles. Me siento muy expuesta así, de pie, sin nada delante de mí, ni un atril, ni una mesa, ni un portátil o móvil.

—Buenas noches. —He empezado demasiado bajo: algunos estiran el cuello para oír mejor. Intento imitar a la mujer del cabello largo y proyecto la voz de forma que me escuchen todos—. Me han pasado un dossier desde la Oficina Comarcal Agraria de la Junta de Andalucía que hay en Aracena. Los funcionarios han sido muy amables. —Escucho murmullos desaprobadores. No son muy amigos de la administración aquí—. He estado estudiando el dossier y he hecho un documento Word que podéis consultar. Básicamente la norma es sencilla y clara. —Más murmullos desaprobadores. Dudo. Miro a la mujer del cabello largo, que está mirándome fijamente; creo que me está leyendo el pensamiento más que escuchando mis palabras. Me sonrío e inmediatamente me tranquilizo. Ella pasea su mirada por los asistentes, pero sin sonreír, y el silencio se vuelve a hacer total.

»La norma es sencilla y clara —continúo, que yo soy abogada, y si digo que una norma es sencilla es porque es sencilla. Creedme, jipis, las he leído muy complicadas; empieza a sonarme raro pensar en estas personas como jipis. Ahora que los conozco me chirría esa palabra—. Las construcciones anteriores a la declaración de parque natural se respetan. Las modificaciones y construcciones nuevas deben adecuarse a las tradiciones de construcción de la sierra. Los expedientes abiertos sin tener en cuenta esta situación son nulos de pleno derecho y recurribles ante el juzgado de lo contencioso-administrativo que corresponda. Cualquier juez desestimaré esos expedientes; solo hay que hacer el pliego de recurso ante el juzgado, y esos expedientes se archivarán.

Un hombre viejo, con barba y pelo blancos por los hombros, que lleva una especie de túnica, levanta la mano. No sé cómo va esto. Miro a la mujer de cabello largo, que lo mira y asiente con la cabeza. El hombre se levanta.

—¿Tú sabes hacer eso?

—¿El qué?

—El pliego de recurso ante el juzgado.

—Sí, claro, es fácil.

—¿Quieres hacerlo?

—Bueno, cualquier abogado podría hacerlo. Si queréis... —Miro primero a El Maestro, que me sonrío como diciéndome: «Es cosa tuya, gordita, a mí no me mires», y después miro a la mujer del cabello largo, que me está interrogando con la mirada—. Si queréis, yo puedo hacerlo.

—Gracias. Yo sí quiero —dice el viejo. Otras voces dicen lo mismo: «Y yo, y yo, yo también». Hum..., ¿acabo de comprometerme a hacer recursos para toda la aldea? El caso es que no me siento mal; me siento útil para esta gente. Ya no recuerdo cuándo me sentí así en mi trabajo, útil para gente que lo necesita. Un tipo con turbante levanta la mano. Es el faquir de la serpiente de esta mañana.

Todos miramos a la mujer del cabello largo, que lo mira y asiente. El Faquir se levanta.

—Entonces, ¿se puede tener una yurta mongola?

—¿Una qué? —pregunto.

—Una típica tienda de pieles redonda que hay en Mongolia.

—No. Esto no es Mongolia —respondo lo más serio que puedo.

—Pero... —intenta argumentar el Faquir—. ¿Quiénes son los de la oficina esa para decirme a mí cómo tengo que hacerme mi casa? Yo soy un ciudadano libre del mundo y no reconozco la autoridad del sistema. Yo tengo derecho a construirme mi casa como yo quiera.

—En España, en un parque natural..., no —digo yo sin pretender ser ofensiva. El Faquir quiere protestar, pero la mujer del cabello largo toma la palabra.

—La consejera ha dicho que no. Tienes que desmontar la yurta; si no lo haces, actúas bajo tu libertad individual, pero no cuentas con la aprobación de la comunidad. Vivimos aquí y ahora.

Tenemos que asumir este momento, no queremos enfrentamientos inútiles con la administración.

Me gusta lo de consejera, suena casi tan bien como abogada. El Faquir se sienta con cara triste. Al parecer lo de contar con la aprobación de la

comunidad es importante. La niña que hizo de guía esta mañana levanta la mano; la mujer le sonríe y asiente. La niña se levanta y sin pudor alguno comienza a hablar.

—Yo quiero dar las gracias a Fina por su ayuda y quiero hacerle una pregunta.  La caseta de madera de Buzo, que es un perro precioso y no le ha hecho daño a nadie, ni siquiera ha cazado nunca a un pobre conejito como otros perritos, hay que desmontarla?

—No. —Muerdo de ternura por esta niña; debería ser abogada por lo bien que habla—. No se considera vivienda, sino acondicionamiento para animales de ganadería o aperos de labranza. Las casetas de madera para animales son de uso tradicional en la sierra.

—Gracias, Fina, te quiero —dice la niña. Se sonríen los asamblearios y escucho alguna risa agradable.

—De nada —digo yo. A punto estoy de decir: «Yo también te quiero, niña encantadora», pero no me sale. Acabo de caer en la cuenta de que, en todo el tiempo que llevo en Madrid, nunca he sentido una oleada de afecto como la que estoy sintiendo en este momento por estos desconocidos. El Faquir vuelve a levantar la mano y obtiene el permiso para hablar.

— Y un tipi indio?, la típica tienda en forma de cono de los indios americanos.  Sabes?, esa que se ponen unos palos largos en el centro y alrededor una tela grande.

—No. No es una vivienda tradicional de la sierra de Aracena —digo sin poder evitar una sonrisa. El Faquir se sienta sin insistir. La mujer del cabello largo mira a todos, pero ya nadie levanta la mano. Se levanta y me habla directamente.

—Fina, entonces,  te comprometes con nosotros a hacer los recursos a los expedientes y presentarlos en el juzgado?

—S . —le digo sabiendo que me estoy metiendo en un l o, pero lo hago de forma consciente y contenta. S  hacer ese trabajo, puedo hacerlo y estas personas no. Los voy a ayudar; al fin y al cabo, es mi trabajo. Soy abogada y s  moverme entre la normativa. Mi especialidad es fiscal, pero puedo aprender y s  que puedo ayudar a estas personas... Además, siento que se lo debo a mi abuela.

—Gracias. Te pagaremos por tu trabajo —me dice la mujer indicándome que me siente. Se dirige a todos, levanta las manos, se abraza y deja caer los

brazos. —Doy por finalizada la asamblea.

El Maestro recoge las sillas, las vuelve a atar con un cinturón y se las echa a la espalda.

—Has estado bien y has encontrado trabajo. Vamos a la taberna, te invito a una cerveza, que te la has ganado.

—Pero ¿me pagarán, no?

—Sí, claro, aunque no todos con dinero.

CAPÍTULO 24

Agencia Efe

No vamos a la casa de El Maestro, sino directamente a La Taberna. Muchos hacen lo mismo: con las sillas que se usaron en la asamblea, el personal se va colocando en el porche de La Taberna e incluso en la calle. El Maestro pone las nuestras debajo de un árbol y, sin decirme nada, entra en La Taberna y vuelve con dos cervezas abiertas. Nos sentamos. No hablamos mientras damos largos sorbos a las cervezas. Empiezo a acostumbrarme a estar en silencio con este hombre y decido boicotearme porque se me están disparando las emociones otra vez. Veo a la mujer que ha dirigido la asamblea; es admirable con su pelo tan largo y esa piel tan blanca. Es pura elegancia. Charla con la niña que me hizo de guía; creo que son madre e hija.

—¿Quién es ella? —pregunto a El Maestro.

—Es Luna. Este año hace de jefa.

—¿Hace de jefa? —pregunto.

—Sí, cada año elegimos a un jefe o jefa. Este año la elegimos a ella, igual que el año pasado y el otro; y el otro no, que estaba de viaje. El anterior también, creo.

—Vaya, como una alcaldesa, ¿no?

—Sí, alcaldesa, presidenta, reina, líder... Aquí la llamamos «jefa».

—¿Y le pagáis?

—No, ser jefe te cuesta dinero. Te lo digo por experiencia.

—¿Y en qué trabaja?

—Es monitora de yoga. Todos los años pasa, al menos, un mes en India.

—Tiene un pelo precioso y larguísimo.

—Desde que la conozco, y de eso ya hace muchos años, no se lo ha cortado. Es una de las fundadoras de la aldea, nieta de unos agricultores que tenían la casa aquí; la heredó, como tú. Por cierto, vaya manera de encontrar trabajo, abogada. ¿Cuándo puedes empezar a tramitar los recursos?

—Pues lo primero será recoger todos los expedientes que os han enviado. ¿A ti también te han abierto expediente?

—No.

—Tu casa es de las antiguas, ¿no?

—Sí, la compré casi en ruinas a una familia de ancianos cuyos hijos no querían saber nada del pueblo. Viven en Sevilla y no quieren volver. A veces creo que me podrían abrir expediente por la cabaña de invitados, la casa de madera que construí en el árbol. ¿Crees que tendré que desmontarla?

—No creo. Es evidente que no es una vivienda, más bien una zona de recreo y ocio.

—Oh, sí. Me lo he pasado bien yo en esa cabaña.

No quiero preguntarle cómo se lo ha pasado bien en esa cabaña, pero está claro que, cuando se lo pasaba bien, no estaba solo. Míralo, la sonrisita que se le ha quedado. Me mira y disimula.

—Entonces, ¿te parece bien que le diga al personal que mañana recogerás los expedientes, digamos de 11:00 a 13:00 en la biblioteca? —me pregunta.

—Sí, pero no hace falta recogerlos. Le haré una foto con el móvil a cada papel y las almacenaré en mi portátil.

—Eres muy eficaz.

—Sí, ¿y tú? ¿Cómo se lo harás saber a la gente sin móvil, ni grupo de WhtasApp?

—Aquí tenemos nuestro propio sistema de mensajería. Ahora verás.

—Me recoge el botellín vacío y entra en La Taberna. A los cinco minutos, sale con dos botellines y un papel. Me lo enseña; ha escrito a mano con un lápiz.

Mañana de 11:00 a 13:00 la consejera abogada, Fina La Tomillo, recogerá

los expedientes, tal y como se ha acordado en la asamblea. Llévselos a la biblioteca, por favor. Besos y abrazos. El Maestro

—¿Ok? —me pregunta.

—Ok.

Entonces, lo lleva a un tablón de anuncios que hay en una de las paredes de La Taberna y lo pincha allí con una chincheta.

—¡Blanca! —llama a la niña guía. Bonito nombre y muy apropiado. La niña lo mira con los ojos muy abiertos. El Maestro le señala el tablón de anuncios. La niña corre y lo examina con cuidado hasta que repara en el nuevo anuncio. Literalmente da un salto de alegría y sale corriendo. Se escuchan gritos de otros niños. Al momento veo aparecer a los tres que me espían por la ventana de la biblioteca esta mañana; se ve que son una pandilla inseparable. Se acercan al tablón de anuncios y uno de ellos señala el papel. Salen disparados. Al poco aparece un grupo más numeroso con una gran diferencia de edad. Veo a un niño de cinco de la mano de una niña de unos doce años. Igualmente se acercan al tablón, leen y corren. Ahora se acerca una pareja de niñas que pasan veloces a nuestro lado. Así varios grupos de niños hasta que por fin El Maestro dice:

—Creo que ya está. No te preocupes, a esta hora ya lo sabrán en todas las casas de la aldea. Es nuestra agencia EFE particular. Cuando era niño las esquelas solían colgarlas en el mercado de abastos, que estaba a cincuenta metros de mi casa. No las esquelas del pueblo, que nos conocíamos todos y sabíamos muy bien si alguien moría, sino las de la sierra entera; las de Aracena y las de los otros pueblos. Una vecina de mi madre bajaba todos los días a mirarlas, y luego subía a ver a mi madre y le contaba si entre las bajas había alguien conocido. Eso sí, previamente se ponía a investigar entre la gente que estaba en el mercado, si alguien sabía cómo había sido la muerte, etc. Charo se llamaba esta vecina, y una cotilla de cuidado; buena persona, pero cotilla. Yo la llamaba la agencia EFE. Esta agencia EFE de ahora es más eficaz.

—Tuviste una infancia feliz.

—Sí. Ahora también lo soy. No creo que pueda vivir en una ciudad como Sevilla o Madrid. Este es un buen lugar para vivir.

—Sí.

Me sonrío como si hubiera dicho algo más que sí. O sea, no he dicho que yo

podría vivir en un pueblo, pero sí que se está bien aquí.

—La verdad es que te está sentando bien el pueblo. Se te ve más guapa que el primer día —me dice. O sea, a ver, ¿cómo me tomo esto? ¿Es un piropo?, ¿una insinuación?, ¿una conclusión científica? Decido seguir con mi estrategia de gordita resignada, y boicoteo el momento.

—Tengo que irme. Mañana toca currar otra vez.

—

Te
acompañó.

—

Vale.

Recoge las sillas y las deja apoyadas en una pared de La Taberna. Lleva los botellines vacíos dentro. Yo lo espero ya en la calle, que continúa en el camino de vuelta. Antes de llegar a mi altura veo que se ha parado a hablar con Luna. Cuando llega caminamos a paso lento.

—Dice Luna que ella te dará una clase de yoga gratis y personalizada.

—Ah, qué bien. Siempre quise hacer yoga, pero no creo que yo sirva para eso.

—Todo el mundo sirve para hacer yoga, no es un deporte.

—¿Ella también tiene un expediente abierto?

—No, ella no.

—Entonces, ¿por qué me va a dar una clase gratis?; no me debe nada.

—No, no te debe nada, pero es la jefa.

Seguimos caminando en silencio. Me gustaría abrir la mochila y sacar la linterna, pero me contengo e intento adaptarme a la oscuridad. Ahora las piedras blancas del camino están a la izquierda, así que vamos bien. Caminamos en silencio. Parecemos novios paseando por la calle mayor de un pueblo. Estoy tentada de cogerlo de la mano, pero no lo hago. Siempre con el *no* en la cabeza. No sé si el resto de las mujeres en general, pero las gorditas, en particular, tenemos siempre una alerta que dice *no* a todo lo que puede suponer un rechazo...; a todo, excepto a comer. Llegamos a mi casa. Pulgoso sale a recibirnos, me lame las manos y las de El Maestro, que saca algo de un bolsillo y se lo da. Este tío le cae bien a mi perro por algo... y a mí me cae algo mejor que bien. Ese gesto de haber traído algo para Pulgoso me decide.

Soy una gordita, pero voy a lanzarme. Voy a hacer algo, no voy a dejar pasar este momento.

—¿Te puedo pedir algo? —le pregunto a El Maestro.

—Claro.

—¿Me puedes dar un abrazo como el de ayer?

—Cada vez que quieras —dice y me abraza. Me vuelve a levantar en vilo. El abrazo dura minutos; yo podría pasarme toda la noche así. Lentamente me baja.

—Buenas noches —dice mientras inicia el camino de vuelta a la aldea.

—Buenas noches —digo yo mientras intento contener el temblor de piernas.

—Guau —dice Pulgoso.

Clac

Esta noche me va a costar dormirme, sigo impregnada del calor del abrazo de El Maestro. No intento ir a la cama, ¿para qué? Saco una silla al porche, dejo la mochila de cazador al lado y me quedo mirando las estrellas. Pulgoso se ha ido; un conejo o una rata le va complementar la dieta. Me quedo sola. No estoy triste, lo que siento por este hombre es algo bueno. Me siento enamorada y debo recordarme que no tengo ninguna posibilidad. Este abrazo ha sido especial. No debo pensar que él siente algo por mí, pero desde luego se comporta como si lo sintiera. No, es imposible. Yo soy una abogada urbanita y gordita; no soy su tipo, no puedo ser su tipo. Debería echar un euro en una hucha cada vez que empleo la palabra *no*.

Escucho las motos antes de ver las luces de sus faros. Son los tres motoristas de la otra noche; vienen a toda velocidad por el camino. Espero que pasen de largo. No lo hacen; ponen las motos enfrente de la puerta de la cancela. Sin apagar el motor aceleran y frenan. Me iluminan con sus faros. Estoy asustada.

—Gordaaaaaaa —gritan.

—Gorda, vendé la casa, gorda.

—Gorda, coge el móvil cuando te llaman, gorda.

—Gorda, mira a la gorda.

—Pero ¿de dónde sales tú? Gorda, vete a tu casa, gorda. Esta no es tu casa. Véndela.

—Gorda, te vamos a rajar, gorda.

Ahora estoy realmente acojonada. En Madrid hay mucha delincuencia, pero, sabiendo por dónde ir, la evitas. En el metro he visto tipos que te estudian de arriba abajo y sabes que te están evaluando para robarte. Pero en hora punta siempre hay mucha gente. Nunca he tenido ningún problema;

ahora sí, tengo un problema y no sé muy bien cómo actuar. ¿Encerrarme en la casa? ¿Correr?, ¿adónde?

Dejan de dar acelerones. El que sacó la navaja en la plaza apaga el motor y se baja de la moto; los otros dos siguen iluminándome. Abre la puerta de la cancela. No he echado la llave, maldita sea. Su voz es amenazadora y desagradable; está borracho.

—Gorda, vende la casa o la quemamos. ¿Te queda claro, goooooorda? Pero di algo, gorda. ¿Qué te pasa?

Me pasa que estoy muerta de miedo. Abrir la puerta de la cancela de entrada es algo que no me esperaba y que hace aumentar mi miedo. Me levanto muy lentamente mientras que los tres no dejan de insultarme. Cojo la linterna de la mochila; allí, al fondo, está mi navaja. Recuerdo las palabras de El Tuercas: «Bloqueo y dispositivo para apertura con una sola mano asistida, hoja con corte de filo y sierra, con clip para colgarla del cinturón, hoja corta cinturones, navaja con punta rompe vidrios... de Albacete. Buena compra».

La cojo también. En mi mano izquierda, la linterna, que enciendo apuntando al motorista de la puerta; en mi mano derecha, la navaja, cerrada, con el dedo índice en el pequeño gatillo que tiene en el lomo. Comienzo a sentir un hormigueo en el estómago; el miedo se comienza a mezclar con la rabia. La rabia de la humillación a la que me están sometiendo estos tres hijos de puta; la rabia por mi abuela, que tuvo que soportar esto también; la rabia porque me llaman «gorda», y lo estoy. Pero solo yo tengo derecho a llamarme así, y ellos me llaman «gorda» para humillarme. Si estuviera delgada, me llamarían «puta». Es el insulto que ellos creen que más me duele y me humilla.

—Mira a la gorda... Pero si tiene una linternita y se ha puesto de pie —les dice el de la puerta a los otros dos—. ¿Qué pasa, gooooooooooorda?

De un bolsillo de atrás de su pantalón, saca una navaja de mariposa. Hace los movimientos del otro día hasta dejarla abierta. Esta vez el espectáculo está exclusivamente dirigido a mí. Acojona; estoy muerta de miedo. No tengo muy claro si va a clavarme esa navaja o si solo quiere asustarme.

—¿Qué pasa, goooooorda?, ¿te da miedo mi navaja? Vende la casa o te rajo. Te quemo la casa y te rajo, gorda. Mírala, está muerta de miedo. La puta vieja no tenía miedo. ¿Quién era?, ¿tu abuela?

Pero di algo, gorda.

No debió llamar «puta vieja» a mi abuela. La rabia me nace de las entrañas, se sube a mi pecho y pasa a mi brazo derecho; de ahí, a mi mano. Soy muy consciente cuando pulso lentamente el pequeño gatillo del lomo de la navaja.

¡Clac!, la navaja se ha abierto; no se lo esperaban. No veían lo que tenía en la mano derecha, pero ese «clac» y el brillo de la hoja de la navaja a la luz de los faros no dejan lugar a dudas. El de la puerta se ha quedado quieto mirando mi navaja. Una cosa es asustar a una vieja, a una gorda, a una mujer indefensa; otra cosa es asustar a una mujer que tiene una navaja en la mano.

—Me llamo Fina y yo no soy gorda —digo en un susurro que se ha escuchado claramente. Iba a añadir que estoy gorda, pero que no soy gorda. No me salen más palabras; de hecho no tenía que haber dicho nada. Me pierde mi verborrea de abogada.

El de la puerta duda, mira la navaja y me mira a los ojos. Yo pongo cara de póker aunque noto un ligero temblor en las rodillas y los pies clavados en el suelo. Correr está descartado. Si ese tío se viene para mí con su navaja, le lanzo un tajo a la cara. Si me va a rajar, no le va a salir gratis.

No quiere hacerlo. Mira a los otros. Si estuviera él solo, quizás me habría seguido insultando, pero se habría ido. Duda, mira mi navaja, vuelve a mirar a los otros. Mierda, da un paso hacia adelante.

Nunca sabré qué hubiera pasado. Yo estaba dispuesta a lanzar un tajo con mi navaja si ese tío me hubiera intentado hacer daño. Pero, al segundo paso del motorista, aparece una enorme bola de pelo, gruñidos y colmillos en forma de perro que, haciendo un ruido enorme, atrapa la muñeca del motorista con unas mandíbulas que no paran de zarandearlo. El motorista suelta la navaja entre alaridos; solo entonces Pulgoso suelta al motorista y se coloca delante de mí, preparado para saltar y lanzando unos ladridos horribles.

El motorista sale corriendo, se monta en su moto, arranca y los tres se van a toda velocidad.

Yo caigo de rodillas. Pulgoso se acerca a la puerta y sigue ladrándoles, pero sin ir detrás de ellos. Buen perro. Cuando se ha asegurado que se han ido, viene hacia mí y me lame la cara; resulta asqueroso y consolador a la vez. Abrazo a Pulgoso, me levanto despacio. Miro la navaja en mi mano; me he hecho daño al empuñarla tan fuerte. Cierro el filo y me guardo la navaja en un bolsillo. Cierro la puerta de la cancela, que se había quedado abierta, y

echo la llave. Debo recordarme echar la llave siempre. Encuentro la navaja de mariposa del motorista en el suelo; allí tirada parece inofensiva. La guardo con cuidado. Recojo la mochila y me meto en la casa. La navaja del motorista acaba en el cubo de basura. Estoy muy cansada. Miro a Pulgoso y le indico que pase; Pulgoso me mira. Vuelve a ser el perro indolente y medio dormido de siempre. Se recuesta en el porche, me vuelve a mirar.

—Guau —me dice. Es un «guau» corto. «Este es mi puesto, gordita. Tú, duerme tranquila, que yo me quedo aquí por si vuelven estos, que no creo».

Asiento con la cabeza. Cierro la puerta, me quito las botas y me meto en la cama sin quitarme la ropa. Coloco mi navaja debajo de la almohada. Increíblemente me quedo dormida enseguida.

CAPÍTULO 26

Corrupción en la sierra

Me despierto con el sonido de los pájaros. Lo primero que recuerdo es el miedo que pasé con los motoristas; lo segundo es la aldea. Todo el día de ayer pasa por mi cabeza a cámara rápida. Curiosamente no tengo miedo; lo tuve anoche, pero ahora no. Me cambio de ropa; esta vez me pongo unos vaqueros y una camiseta que pone: «Yo estuve en Nueva York», aunque nunca he estado allí. Dudo entre las sandalias y las botas que me compré en Rosal de la Frontera; son más cómodas que las botas de trabajo y se anda mejor que con las sandalias. Me decido por las botas. No dudo a la hora de coger el sombrero de paja de mi padre. La navaja me la meto en el bolsillo de los vaqueros, que curiosamente me quedan más anchos de lo que recordaba la última vez que me los puse. Estoy deseando contarle a El Maestro lo que ha sucedido con los motoristas, pero el muy jipi no tiene móvil. Da igual, espero verlo después en la biblioteca. Pero primero me voy al bar de Pepe a desayunar.

Pulgoso me mira con sueño cuando me acerco a dejarle su comida. Buen perro; sin él no sé qué hubiera pasado anoche. Cojo la mochila de cazador y

la compruebo; cartera, móvil y portátil. Salgo y me dirijo al pueblo. No sé qué ha pasado, pero he tardado mucho menos que los otros días. Saludo a Pepe el Joven, que me sonrío. Como no le digo nada, ya sabe lo que tiene que ponerme: la súper tostada de jamón y aceite con dos cafés. Los parroquianos son los de siempre. El Maestro no está. Espera, hay una turista. Anda que no desentona. Una mujer alta, rubia y de ojos azules que va vestida con un traje chaqueta; está sola en una mesa tomando un té. Yo me siento. Tengo ganas de desayunar e irme a la aldea, ver a El Maestro y contárselo todo. Debería denunciar a los motoristas, pero Pulgoso mordió a uno de ellos, así que no lo voy a hacer. Podrían sacrificar a mi perro. Mi perro. Es la primera vez que lo veo como mi perro.

—Buenos días, ¿es usted Josefina? —me pregunta la turista rubia.

—Sí, ¿y usted quién es?

—Mi nombre es Patricia Jiménez y soy, era, la jefa del servicio de conservación y patrimonio natural de la Oficina Comarcal Agraria de la Sierra de Aracena, de la Junta de Andalucía. ¿Puedo sentarme con usted?

—Sí. —A esta mujer no la llegué a conocer; es la que estaba encerrada en su despacho. Justo en este momento, Pepe me trae el desayuno—. ¿Le importa si desayuno? Traigo mucha hambre y tengo mucho trabajo que hacer.

—Por favor. Qué envidia, yo no podría desayunar tanto.

—Yo sí, se lo recomiendo; las tostadas de aquí son buenísimas. ¿Cómo sabía que estaría aquí?

—Me lo dijo Pinilla. Le pregunté si sabía cómo localizarla y me dijo que le había mencionado que desayunaba aquí.

—Será mejor que nos tuteemos.

—Sí. También me dijo que eres abogada. ¿Es cierto?

—Sí, trabajo en un bufete en Madrid.

—Y que habías venido a vender la casa que has heredado de tu abuela.

—Sí, ¿y tú qué haces aquí? ¿Y por qué dices que eras la jefa de servicio?

—Porque me cesaron ayer. Los jefes de servicio somos funcionarios de carrera, pero, al acceder a una jefatura de servicio, dependemos del alto cargo que nos nombra. Es una cuestión de confianza: ellos deciden, cuando les da la gana, nombrarnos o cesarnos. Son mil euros de diferencia lo que ganaba como jefa de servicio con respecto al puesto que me corresponde en

propiedad. Ahora vuelvo a Torre Triana, en Sevilla, a un oscuro sótano.

—Lo siento.

—Yo no. No merecía la pena. Al principio, con el otro director, todo iba bien. Se trabaja mucho de jefe de servicio; no hay ni sábados ni domingos, siempre pendiente del móvil. Pero a mí me gustaba; era como ser una ejecutiva agresiva de una empresa. Cuando nombraron al nuevo director, todo cambió. Este no trabaja para la Junta, sino para él mismo y para el otro. Desde la consejería se equivocaron con este nombramiento.

—¿Por qué?

—Para empezar, no es un hombre de partido; ni milita ni militará en el partido. No solo no tiene título universitario, sino que ni siquiera terminó el bachiller. No tiene preparación, aunque eso aquí tampoco tiene que ser un problema si conoces la sierra; pero es que ni eso. Es de Sevilla, no le gusta el campo, no le gusta la sierra; solo le gusta una cosa...: el dinero.

—No sé si te entiendo.

—No hace falta. —Saca un *pendrive* de su bolso y lo deja en la mesa—. Ahí lo tienes todo. Un consejo: no vendas la casa. Yo no puedo hacer más.

—Gracias —respondo intrigada, pero guardando el *pendrive* en el mismo bolsillo donde tengo la navaja.- Una pregunta...: ¿por qué te ha cesado?

—Porque le dije que lo que estaba haciendo no se puede hacer en la Junta de Andalucía; que tenemos leyes y normas que cumplir y que yo era funcionaria de carrera y no su empleada. Me respondió que ya encontraría a otro que lo hiciera.

—Supongo que nombrará a Pinilla, a Dorado o a Jurado.

—Lo ha intentado. —Me sonrío—. Pero ellos lo han rechazado, no quieren ser jefes de servicio con este director. Pero ya encontrará a otro funcionario, probablemente de Sevilla o de otra provincia, que no lo conozca y que necesite ganar esos mil euros más. A los funcionarios de carrera nos pagan poco.

—Lo sé.

—Bueno, me voy. Suerte.

—Gracias. Suerte para ti también.

Me mira con una sonrisa triste y sale del bar. Meto la mano en el bolsillo y noto el *pendrive*. Estoy tentada de sacar el portátil aquí mismo y ver qué

tiene. Mejor no. Mejor en la biblioteca de la aldea.

Termino de desayunar, pago y salgo camino a la aldea con toda la prisa que puedo.

Saliendo del pueblo me tropiezo con el mismo viejecito de ayer, que vuelve en su burro. ¿O es otro? Le sonrío; esta vez soy yo quien se adelanta.

—Buenos días.

—Buenos días —me responde. Creo que es el mismo viejecito; juraría que lleva el mismo cigarro apagado que ayer.

Al llegar a mi casa, compruebo que la puerta de la entrada esté bien cerrada con llave. Pulgoso me mira desde el porche.

—No voy a entrar, tengo prisa. Hasta luego.

—Guau.

El camino a la aldea se me hace corto. Nada más entrar noto una pequeña mano que agarra la mía.

—Buenos días, Fina, hoy estás muy guapa —dice la pequeña Blanca.

—Gracias, Blanca. Tú sí que eres guapa. Además, eres la niña más amable que conozco. — Caminamos juntas en dirección a la biblioteca.

—¿Conoces a muchas niñas amables?

—Supongo que no muchas, pero tú eres la más amable.

—¿Dónde vives?

—En Madrid. Es una ciudad muy pero muy grande.

—He estado en Madrid. Mi mamá va algunas veces a impartir clases de yoga, pero no nos gusta esa ciudad. Demasiado ruido, demasiados edificios.

—Es verdad.

—¿Has estado en Nueva Delhi, en la India?

—No, y la verdad es que me gustaría ir.

—Buf, demasiada gente, demasiado ruido. A nosotras tampoco nos gusta.

—Vaya, pues descartado. Hemos llegado —digo señalando la puerta de la biblioteca—. Tengo que trabajar.

—Que pases un buen día.

—Igualmente.

La puerta está cerrada, pero el picaporte se abre sin problemas. Dentro no está El Maestro, como esperaba. Tengo tanto que contarle. Jodido jipi sin

móvil. ¿Dónde vivía? Me oriento. A ver..., tampoco es tan difícil, así que salgo de la biblioteca, veo dónde está La Taberna y voy a la casa de El Maestro. Está cerrada. ¿Dónde se ha metido este tío?

En fin, vuelvo a la biblioteca. Miro la hora y solo son las 10:30; hasta las 11:00, que vengan mis clientes, tengo tiempo. Enciendo el portátil, que enseguida se conecta al wifi de la biblioteca. Meto el *pendrive* en el puerto usb; dentro solo hay un documento Word. Por si acaso, obligo a mi antivirus a analizarlo. Nada, está limpio. Abro el documento y hay enlaces a noticias en páginas webs de periódicos locales. Algunas son de hace años; otras, recientes. Jiménez no me está pasando información privilegiada, gracias a su cargo, como me esperaba; solo está ayudándome con la hemeroteca. Sigo el orden en el que están en el documento.

«Joven modelo sevillano conquista el corazón de la soltera más codiciada de Aracena». Al parecer un tipo guapo de Sevilla se ha ennoviado con la hija de alguien muy importante. El tipo no tiene oficio ni beneficio aunque dice que es modelo.

«Boda del siglo en Aracena. Se casa la hija de Luis Olvera con prometedor empresario sevillano». Es la continuación de la historia de amor, pero ya se nos casa la parejita. El novio, que ahora figura como prometedor empresario, es el mismo que hace nada era modelo. Esto suena a camuflaje de suegro que coloca al yerno para que quede bien en los periódicos. No vamos a decir que la niña se ha casado con un tirado.

«Inmobiliaria Olvera se convierte en la primera inmobiliaria de la sierra de Aracena». Vaya, aquí tenemos al tipo que vimos en el casino, el que tiene tratos con el motorista de ayer. Se lo ve sonriente, con puro y copa, celebrando que es el puto amo de las inmobiliarias de la sierra.

«Luis Olvera, el hombre que se hizo a sí mismo, nos cuenta sus secretos». Aquí una entrevista al gran hombre; me obligo a leerla entera. Por Dios, qué tío. De hacerse a sí mismo nada, se le escapa que todo lo heredó de su padre y este, a su vez, de su abuelo. Me esfuerzo por seguir leyendo... Que le gustan los toros, el fútbol... y aquí está: su mayor logro sería un hotel en Alájar, un gran hotel con campo de golf, para lo cual está comprando terrenos.

Esto es. Comprando terrenos o intentando comprarlos. Aquí está. Gracias, Patricia Jiménez. Ahora lo entiendo todo: por qué los precios tan altos y por qué quieren comprar mi casa, que está en el camino que da a la aldea. Si yo

vendo, le harán la vida imposible a los de la aldea.

Suena el móvil, qué susto. Es mi madre.

—*Dime, mamá.*

—¿Has hablado ya con los de la inmobiliaria, después de que fueran ayer?

—*No, aún no* —digo mirando la foto de Luis Olvera con su puro y su copa. Otro truco de abogada. Técnicamente no he hablado con ellos; me han enviado dos sms con la propuesta, que ahora entiendo por qué es tan alta. Pero hablar, lo que se dice hablar, no he hablado con ellos; no le estoy mintiendo a mi madre.

—Cuando lo hables, me llamas. Vale —me dice y cuelga.

—*Sí, mama* —digo yo a nadie.

Me concentro en la información que me ha pasado Jiménez. Entiendo que un don nadie se ha ennoviado y casado con la hija de un prepotente dueño de una inmobiliaria —perdón, de la mejor inmobiliaria de la sierra de Aracena—, que al gran hombre se le ha ocurrido montar un súper hotel con campo de golf en Alájar y quiere comprar las casas de la aldea y la mía. Ahora entiendo la visita de ayer de los motoristas, pero sigo sin comprender qué pinta aquí la Junta de Andalucía. Esto es un parque natural. No se pueden construir hoteles dentro del parque; lo sé, me leí ayer la normativa. Suena el móvil otra vez; es el número de la inmobiliaria. Dejo que suene; luego lo busco en la agenda del móvil y le asigno el silencio como tono de llamada. Sigo con el Word y los enlaces. El siguiente me aclara las dudas.

«Prometedor empresario de la sierra deja la empresa privada para ocupar el cargo de director de la Oficina Comarcal Agraria de la Junta de Andalucía». Aquí tenemos al novio —luego esposo— a sueldo de su suegro, nombrado director de la Oficina Comarcal Agraria. Sin contactos con el partido, ni titulación, ni méritos, ni experiencia; su suegro tuvo que mover muchos hilos para que le dieran el cargo a su yerno.

El siguiente *link* me lo esperaba. «Varios inmigrantes de Alájar, pertenecientes a una comunidad antisistema, incumplen la normativa del parque natural y son expedientados». Al parecer nuestro gran hombre también maneja bien a los medios locales. Leo el artículo, que no aporta apenas datos objetivos y que resalta continuamente el carácter antisistema, alternativo y jipi de los que son expedientados. No puedo dejar de sonreír

ante la foto que ponen como ejemplo: la yurta mongola de El Faquir. Ya te vale, faquir.

Así que tenemos el típico caso de alto cargo, puesto a dedo y sin méritos, que se aprovecha de su situación para favorecer los intereses de una empresa vinculada a su familia; su suegro y señor, en este caso. Bien, me he visto en otras así antes. Ser abogada fiscal te hace conocer mucha gente y muchas situaciones. Recuerdo aquella vez que un director de una oficina de recaudación local quería favorecer a la empresa de su primo, y cargaba de impuestos a la competencia. Algunas empresas, hartas de ser cargadas de impuestos injustos, nos contrataron para que las defendiéramos. ¿Cómo resolvimos aquello? Ah, sí, pues aquí voy a hacer lo mismo.

Me abro una cuenta en Gmail en cinco minutos. Creo un nuevo mensaje de correo en el que escribo un pequeño texto:

El director de la Oficina Comarcal Agraria de la Sierra de Aracena, de la Junta de Andalucía, es el yerno de Luis Olvera y está cometiendo un delito de cohecho: favorece a su suegro al abrir expedientes injustificados a antiguos agricultores para que vendan sus casas a la inmobiliaria de su suegro. Ha llegado a enviar a motoristas para amenazar con navajas a quienes no quieren vender. El suegro es el dueño de la inmobiliaria Olvera, que quiere hacer allí un gran hotel con campo de golf.

Añado los links del documento Word.

Está un pelín exagerado. No sé si es delito de cohecho o no, pero ya lo explicará el muchacho cuando le pregunten. Lo repaso y coloco en destinatarios los emails de los principales periódicos locales, pero también nacionales..., los que son especialmente críticos con el partido que ahora gobierna en Andalucía. Y aquí viene lo más gracioso: lo que nos valió aquella vez para que cesaran al director de la oficina de recaudación local. Pongo también los emails de los jefes del director de la Oficina Comarcal Agraria, que entiendo son el viceconsejero y consejero de la Consejería de Medio Ambiente y, ya puestos, pongo también el correo de atención al ciudadano de la presidenta de la Junta de Andalucía. Todos ellos, bien a la vista, sin ocultar nada. Así los periódicos saben que los altos cargos también han recibido este email y los altos cargos saben que los periódicos han recibido este email. Divertíos chicos. Lo envío e inmediatamente cierro la cuenta de Gmail, que no creo que reciba respuestas o, en cualquier caso,

alguna será desagradable; aunque la otra vez hubo quien nos dio las gracias.

Se abre la puerta. Entra el viejo de pelo y barba blancos que habló ayer en la asamblea.

—Buenos días. Son las 11:00, ¿puedo darte lo del expediente?

—Sí, claro, pasa. —Sea cual sea el resultado de ese email, hay que recurrir estos expedientes.

—Se te ve muy contenta.

—¿Sí? Será porque lo estoy.

Soy cocinera

Me he pasado la mañana recibiendo a todo tipo de personas. Esta aldea es de lo más variopinta; desde luego, mucho artesano. Empiezo a dejar de llamarlos jipis porque no me encaja esa palabra con las personas que he conocido hoy aquí. Para mí el jipi es el perro-flauta que ni trabaja ni quiere trabajar; que toca la flauta y come, poco y mal, de lo que le dan a cambio de que deje de tocar *El cóndor pasa*. Pero las personas que han venido hoy a pasarme sus expedientes sancionadores, que he fotografiado y pasado a una carpeta de mi portátil, son trabajadores, artesanos. Me recuerda mucho a una aldea medieval; aquí trabajan con sus manos y trabajan bien el cuero, la madera, el campo. Es como si estuviera con gente de antes de la Revolución Industrial del siglo xix. No son antisistemas, son personas que han rechazado la industrialización, el consumismo y la depredación de la naturaleza. Curiosamente me esperaba un nivel cultural bajo, pero es todo lo contrario. Hablando con unos y con otros, me he dado cuenta de que casi todos son universitarios; algunos son profesores con cátedra de vacaciones o año sabático. Los hay de todas las ramas: desde Filosofía y Letras hasta Física. Mi primer visitante, el viejecito de barba blanca, es catedrático en Historia de la Arquitectura. Al parecer ha estudiado los materiales y las construcciones de la sierra y fue al primero que expedientaron, cuando su casa es exactamente una réplica de las casas rurales medievales de la sierra; casas diseñadas para un ahorro de combustible, calientes en invierno y frescas en verano.

Otra idea equivocada que tenía de estas personas es que lo hacen todo gratis o lo quieren todo gratis. A mí me han pagado todos y cada uno de mis clientes que han venido esta mañana... y han sido unos veinte; como decía El Maestro, no siempre con dinero. Tengo una hermosa colección de lechugas, pepinos, zanahorias, botellitas de aceite, vinagre, media docena de botellines

de cerveza artesanal, té, miel, tres figuritas de madera, un cinturón, un bolso, unos pantalones holgados, una camisa... y doscientos dólares en oro. Esto último ha sido muy extraño. Un tipo joven, muy pequeño y muy delgado, con un fortísimo acento estadounidense, me trajo el expediente de su casa, lo fotografié con el móvil, lo añadí a la carpeta del portátil y, cuando me dio las gracias, me puso en la mano una pepita de oro. «Vale unos doscientos dólares, ¿será suficiente?», me pregunta. «Es demasiado», respondo aguantándome la risa, porque no me creo que eso sea oro. «No importa, tengo muchas como esta», me responde con una sonrisa. Cuando se va me doy cuenta de que la pepita pesa mucho y de que probablemente sí sea oro.

Ahora son las 13:00, y ya han dejado de venir mis nuevos clientes. Tengo unos veinte recursos que preparar. Me llevará un par de días dejarlos impecables para que ningún juez me los tumbe por defecto de forma y luego, a presentarlos al juzgado de lo contencioso-administrativo que corresponda.

Hum... ¿Qué habrá pasado en los periódicos mientras curraba toda la mañana? Echo un vistazo y no puedo dejar de sonreír. El diario de Aracena, en la portada de su web, tiene un gran titular: «Corrupción en la sierra». La noticia, según su equipo de investigación y gracias a fuentes secretas, es un popurrí de los enlaces que les envié. Eso sí: cambiada la redacción, con su presentación, nudo y desenlace... El desenlace es un comunicado del gabinete de prensa de la Consejería de Medio Ambiente que hace oficial el cese del director. Vaya, sí que son rápidos en la Junta. Será porque no se pueden permitir ningún caso más de corrupción o porque el exdirector no tiene apoyo en el partido. El caso es que lo han cesado esta misma mañana. No me da ninguna pena. Un periódico nacional, de tendencias claramente opuestas al partido que gobierna la Junta, se atribuye el cese gracias a su equipo de investigación, que ha revelado otro caso de corrupción en la Junta. En otros periódicos digitales, menos tendenciosos, publican un nuevo comunicado del gabinete de prensa de la Consejería, en el que el cese se atribuye a una exhaustiva investigación por parte de la Inspección General de Servicios de la Junta de Andalucía. Alegan que llevan meses investigando y que el hecho de que hoy se publiquen esas noticias es mera coincidencia, ya que el cese estaba previsto desde hace semanas. Ya, ya... Bueno, que se ponga la medallita quien quiera.

Lo recojo todo y al salir me encuentro a Luna sentada en la puerta de la

biblioteca. Me mira y me indica que me siente a su lado con una amplia sonrisa. Me impresiona esta mujer. Creo que me lee el pensamiento. Me siento como una niña a la que han cogido haciendo una travesura y que sabe que ha sido descubierta.

—¿Qué tal la mañana? —me pregunta con una voz dulce y profunda.

—Muy bien. Ya tengo todos los datos para comenzar a presentar las alegaciones. En unos días terminaré de redactarlas y las presentaré en el juzgado.

—Qué bien. ¿Sabes que han cesado al director de la Oficina Comarcal Agraria?

—Sí, acabo de leerlo en un periódico digital. —Yo sí lo sé. Lo que no sé es cómo lo sabe ella.

—¿Tú no has tenido nada que ver con el cese, verdad?

—¿Yo? Hummm, no, claro que no.

—Vale. —Ella sabe que miento. Yo sé que ella sabe que miento. Ella sabe que yo sé que ella sabe que miento—. ¿Quieres comer con nosotras?

—Me encantaría, pero tengo cosas que hacer en mi casa. Además, aquí llevo comida de sobra: me prepararé una buena ensalada—. Realmente me encantaría comer con Luna y Blanca, pero, si paso cinco minutos más con esta mujer, le confesaría todo y no quiero implicarla. No sé qué extraño efecto tiene sobre mí, que sería capaz de contarle todos mis secretos. Hay algo en su mirada que no admite mentiras ni falsedades.

—Como quieras. —Me da un beso en la frente y se marcha lentamente. Siento un gran alivio. No es que yo haya cometido un delito ni nada por el estilo; tampoco me siento muy orgullosa de haber contribuido al cese del director. Es más: creo que, tarde o temprano, algún periódico o la Inspección General de Servicios de la Junta habrían llegado a la misma conclusión y el alto cargo correspondiente habría cesado a ese tipo. El problema es que quizás lo hubieran hecho tarde y el daño a la aldea ya habría sido irremediable. De todas maneras, tomo nota mental de contárselo todo a Luna..., pero otro día.

—Por cierto, él también siente algo por ti —dice Luna como si se hubiera acordado de algo sin importancia.

—¿Él? ¿Quién? —pregunto yo. Aunque sé la respuesta, no me lo acabo de

creer; tampoco que esté hablando con Luna de él. Ella se detiene, se vuelve lentamente y ladea la cabeza con una sonrisa.

—El Maestro. Antes de que vinieras soñó contigo, con aquella boda de juego de niños. Nunca ha podido olvidarte; ¿tú lo olvidaste a él?

—Olvidé toda mi infancia.

—Eso explica muchas cosas.

—Pero él no puede sentir nada por mí. —Me levanto penosamente—. Mírame, soy gorda.

—Tú no eres gorda. Tú estás gorda, pero no eres gorda. —Se acerca mucho, pega su rostro al mío y me mira fijamente a los ojos. Creo que me está mirando por dentro—. Está claro, tus iris no mienten. Tú llevas alimentándote mal desde hace años, pero tu constitución no es fuerte, sino normal. Cambia tu alimentación, pero no lo hagas por El Maestro; hazlo por ti. Si no lo haces tendrás problemas de salud. Hay algo también con el lugar de donde vienes; no es tu lugar, deberías cambiar del lugar donde vives. Y lo que siente El Maestro por ti no tiene nada que ver con que tengas más o menos kilos. Deberíais hablarlo los dos.

Luna se marcha lentamente; yo me he quedado sin palabras. Una abogada que no sabe qué decir. El camino a casa, bajo el sol del mediodía, se me hace algo duro. Afortunadamente, llevo el sombrero de paja de mi padre. Al llegar a mi casa me doy una larga ducha. Mi casa..., no la casa de mi abuela... Mi casa... Le pongo de comer a Pulgoso y, para no ser una completa mentirosa, me preparo una buena ensalada. Productos frescos no me faltan. Sin una receta preconcebida, comienzo a lavar, a cortar y a mezclar verduras. Me queda un plato enorme; le añado el aceite y ya no se me ocurre qué más ponerle. Me abro una cerveza, lleno una cuchara sopera con la ensalada y... Dios mío, esto está buenísimo. No tan bueno como la ensalada mixta de La Bruja Blanca, pero vaya... Riquísimo. Acabo de caer en la cuenta de que, durante todo el tiempo que he vivido en Madrid, jamás me había parado a prepararme una comida tan elaborada como esta ensalada. Mientras le doy el último sorbo a la cerveza, soy consciente de que he cambiado desde que estoy en la sierra. Madrid me queda ya muy lejos. Además, ya soy algo que siempre quise ser: ya soy cocinera.

Ni por un minuto he dejado de pensar en las palabras de Luna sobre El Maestro.

Delgada y enamorada

Me ha entrado sueño tras la comida y he decidido echarme una siesta. Quiero descansar para estar fresca esta noche. Cuando atardezca buscaré a El Maestro en la aldea, le hablaré de lo que siento por él, como dice Luna. Ahora, que sé...; ahora, que creo que sé...; ahora, que Luna me ha dicho... que él siente algo, no voy a dejar pasar esta noche sin saber qué es lo que siente. Lo que yo siento lo tengo claro: estoy enamorada de ese jipi, maestro, guardia civil, motorista, malabarista y esposo mío de la infancia. En la cama doy vueltas. El calor y la comida, más bien la cerveza, me ayudan a pegar cabezadas. Tengo sueños breves pero intensos. Uno en el que El Maestro y yo nos bañamos desnudos en el mar; otro en el que acuso, en un juicio kafkiano, al director de la Oficina Comarcal Agraria, que luce indumentaria de Darth Vader, de todo lo malo del mundo; la jueza es Luna, así que le va caer una condena justa. Otro sueño fue muy real. Estaba en la aldea caminando por la calle principal. A ambos lados de la calle había chicas de veinte años, delgadísimas y guapísimas; yo, sin embargo, era una gorda que apenas podía caminar. Las jodidas canijas me tiraban hamburguesas y yo me las comía al vuelo abriendo una boca exageradamente enorme. Al final del camino estaba Blanca, la pequeña y dulce niña, que me miraba tiernamente con las manos a la espalda. Cuando llegué a su altura extendió los brazos. Tenía las dos manos abiertas. En la izquierda había una enorme hamburguesa chorreante de queso fundido, ketchup, mostaza y mil salsas más; en la derecha, una simple lechuga. Mi boca se abrió, enorme y desproporcionada, dispuesta a devorar la hamburguesa y la mano de la niña si no la retiraba a tiempo. Justo antes de cerrar la mandíbula la miré a los ojos y la niña estaba triste. Poco a poco el rostro de Blanca se transformó en el de otra niña que no reconocí al principio. Me resultaba familiar, pero no fue hasta que la niña miró la hamburguesa con una infinita tristeza que no supe que era yo de niña.

Era yo en la foto aquella, en la que estaba con mi abuela. Era yo esa niña triste porque yo, de mayor, había elegido la hamburguesa. Antes de cerrar mis poderosas mandíbulas sobre su mano, mi mano de niña, di un paso atrás. Lentamente cogí la lechuga y comencé a morderla. Estaba rica; la lechuga más rica y sabrosa que he probado en mi vida. Plof, mi gordura desaparece y me convierto en una mujer normal; no delgada pero sí con curvas. Plof, plof, plof, plof... Las canijas que me tiraban hamburguesas se convierten también en mujeres normales; no gordas como me hubiera gustado en justa venganza. La niña, que soy yo, me sonrío y asiente con la cabeza.

Entre sueño y sueño me ha parecido escuchar una moto y a Pulgoso ladrar. Pero solo un ladrido, luego nada. Supongo que será algún eco psicológico de lo sucedido la otra noche. Tengo mi navaja debajo de la almohada y no siento ningún miedo. El Ministerio del Interior debería darle un revolver a cada mujer cuando cumple los dieciocho años. Un revólver pequeño, calibre 22, de seis balas, con un curso de manipulación y tiro con armas de fuego. Evidentemente, con un test psicológico antes, o habría muchos muertos que a lo mejor no habían hecho nada. Pero los hombres se lo pensarían mucho antes de agredir a una mujer sabiendo que todas vamos armadas con un revolver, aunque sea uno pequeño; lo suficientemente pequeño para que quepa en un bolsillo, pero lo suficientemente efectivo como para volarle los huevos al primero que quiera violarnos, agredirnos o maltratarnos.

Bueno, según mi móvil, son las seis de la tarde y, según la luz de la ventana, el sol ya no castiga tanto. Bajo a la cocina y me preparo un té con miel gracias al producto de mi trabajo de esta mañana. Con la taza humeante salgo al porche y allí está Pulgoso sentado y mirándome. ¿Qué le pasa a este perro ahora? Pero si siempre está tumbado y medio dormido; bueno, no siempre, que es mi héroe. Está claro que es un buen perro y se puede contar con él. Bajo esa apariencia de perezoso hay un noble animal que supo defenderme anoche. Le saco su comida y se la dejo en su rincón del porche. Sin embargo, el muy perro sigue sentado mirándome. Pero ¿qué le pasa?

—¿Qué te pasa Pulgoso? —le pregunto.

—Guau —me responde bajando la cabeza.

—¿Guau qué?

—Guau —me vuelve a responder. Baja un poco la cabeza y se rasca detrás de la oreja.

Me acerco a ver qué quiere y veo que, entre el pelo largo y descuidado, tiene algo que en su día debió ser una correa; atada a ella hay un papel. Cojo el papel y Pulgoso se desentiende de mí yendo raudo hacia su comida. Buen perro, sencillamente estaba haciendo de cartero. Despliego el papel y antes de leerlo miro la firma: «El Maestro». El corazón me da un vuelco. Así que la moto que escuché era la suya y el ladrido de Pulgoso era un saludo entre camaradas. Leo con calma. Está escrito a lápiz; tiene una caligrafía preciosa.

He tenido que irme a Aracena esta mañana, muy temprano, para un asunto importante relacionado contigo. Al volver me ha dicho Luna que has estado trabajando toda la mañana en el tema de los recursos. Buena chica. Estoy delante de tu casa ahora y no oigo ruido; supongo que estás durmiendo la siesta. Le dejo este mensaje a Pulgoso, que me ha prometido que te lo daría. Tengo algunos asuntos que resolver todavía en Aracena, pero iré esta noche al bar de la placita en Alájar. Por favor, no faltes, tenemos que hablar de varios temas. Es importante.

El Maestro

¿Qué será ese asunto importante, relacionado conmigo por el que se tuvo que ir a Aracena? Pero ¿por qué no tendrá un móvil este tío? ¿Es que no sabe que vivimos en el siglo xxi y que ya nadie se deja mensajes en papeles en las correas de los perros? ¿No sabe que se ha inventado el WhatsApp hace tiempo? Miro a Pulgoso.

—¿Tú sabes a qué ha ido El Maestro a Aracena?

—Guau.

—¿Me lo vas a decir?

—Guau, guau.

Malditos machitos, siempre protegiéndose unos a otros. De todas formas el texto es analizable y dice que tenemos que hablar de varios temas. Es decir, un tema es por el que fue a Aracena esa mañana, está claro. Pero ese es un tema y dice que tenemos que hablar de varios. ¿Otro tema puede ser los sentimientos que tenemos? No. Sí. Luna me dijo que teníamos que hablarlo y, si me lo dijo a mí, estoy segura de que esa mujer le diría lo mismo a El Maestro. El Maestro, que soñó conmigo antes de que yo llegara. Eso es el destino, ¿no? O solo un sueño y mucha casualidad, ¿no? O que la muerte de mi abuela le hiciera recordarme, ¿no?

El caso es que ya sé dónde encontrarte, jipi, maestro, guardia civil, motorista, malabarista y esposo mío desde la infancia. Esta noche, en la placita de Alájar, te voy a decir lo que siento por ti, aunque ni yo misma tenga muy claro cuáles son esos sentimientos. Sí, sí que lo sé: estoy enamorada.

CAPÍTULO 29

Un piso en la playa y una oficina en la sierra

Ha sonado mi móvil. Un sms. Lo abro y no me sorprende; es de la inmobiliaria.

Lamentamos comunicarle que todas las anteriores ofertas con respecto a su inmueble quedan canceladas desde este momento.

Era de esperar, se os acabó el negocio del hotel en Alájar, al menos de momento. Así que nada de hacer súper ofertas por mi casa, ya os vale. Sé lo que tengo que hacer ahora. Debo meditar muy bien lo que voy a decir. Tras pensarlo tranquilamente he tenido un par de ideas y he tomado un par de decisiones que me van a cambiar la vida. Pero han sido fáciles de tomar. Las decisiones vitales son así: fáciles e inevitables. Aunque tengo un nudo en el estómago creo que todo va a ir bien. De todas formas repaso la posible conversación, preguntas y respuestas, pautas por seguir, momentos clave en los que soltar la información precisa. Ya lo tengo claro: será una de las conversaciones más difíciles que voy a tener nunca; debo ser breve y eficaz. Salgo de la casa, echo bien la llave de la cancela, y camino hasta el poste señalizado que indica hacia la Peña de Arias Montano a la derecha y hacia la aldea a la izquierda. Vuelvo a tener cobertura en el móvil. Busco en la agenda y le doy a llamada junto al nombre que identifica a mi interlocutora.

—*Dime, niña, ¿te han hecho ya una oferta los de la inmobiliaria?* —Mi madre no puede ser más directa.

—Me acaban de decir que no les interesa.

—Pero ¿tú no habías arreglado la casa? ¿No vinieron a verla? ¿La tenías limpia y recogida?

—Que sí, mamá, pero es una casa vieja, no la quiere nadie.

—Eso es verdad. ¿Y ahora qué vas a hacer?, ¿vas a llamar a más inmobiliarias?, ¿pondrás un anuncio en el periódico?

—Qué va. Si esta inmobiliaria no la quiere, no la va a querer nadie. Además, ahora, con la crisis, nadie compra casas. Se me ha ocurrido seguir aquí durante el mes de vacaciones y continuar arreglándola. Lo mismo se puede vender más adelante, aunque también se me ha ocurrido otra idea. — Cojo aire. No le va a gustar y tengo que vender muy bien lo que voy a decir. Recuerdo los puntos fuertes de la idea y cómo irlos soltando poco a poco.

—¿Qué idea? —Por el tono ya me está adelantando que no le va a gustar sea lo que sea. Técnica de madres: primero decir que no; después, ya veremos.

—Pues esta mañana me salió trabajo aquí.

—¿Ahí? ¿De abogada?

—Sí.

—Pero ¿te pagaron?

—Sí, claro, yo no trabajo gratis. Clientes extranjeros me pagaron en dólares por llevarles unos papeles al juzgado de un tema de urbanismo. Ahora sé mucho de urbanismo en la sierra; hay muchos extranjeros aquí. He pensado que, si dejo la oficina de Madrid, podría ahorrarme el alquiler de mi piso, que es carísimo, y abrir aquí mi propia oficina.

—¿En Alájar? Pero si ahí solo viven cuatro viejos del campo.

—En Aracena, mamá. Es una ciudad, hay mucha gente y seguro que, si abro una oficina para ayudar en la declaración de impuestos, subvenciones europeas, asesoramiento urbanístico, trámites con la Junta de Andalucía, etc., pues pronto tendré una clientela fija. De hecho, esta mañana he ganado más que en un día de trabajo en mi oficina de Madrid, y en dólares. Nadie se hace rico trabajando para otros.

—Hummm, no sé, niña. —Vaya, era más de lo que esperaba. Sacar a relucir que me han pagado en dólares era importante, aunque el dólar esté por debajo del euro en el mercado de divisas. Pero eso mi madre no lo sabe; es de las que todavía piensan en pesetas. Ahora viene el toque final.

—Además, mamá, que tengo unos ahorros y quiero invertirlos. Madrid es muy caro y allí no se puede. Con mis ahorros comprar algo en Madrid es imposible, pero he pensado comprar un piso en la playa. ¿Dónde me dijiste?, ¿en Isla Cristina? ¿Tú no conocías a gente que tiene pisos allí?

—Sí, mi vecina Mari, la del bajo D, y La Puri, la de la pescadería. Sus hijos se han comprado un pisito en Isla Cristina y ellas van casi cada fin de semana y todo el verano, que aquí en Sevilla el verano ya va de mayo a octubre. Tú no sabes «lacialó» que pasamos aquí en el piso tu padre y yo.

—¿Y tú podrías preguntarle a tus amigas si conocen algún piso en Isla Cristina que se venda? Con lo que ya tengo ahorrado podría dar la entrada para un piso en la playa y, con lo que me ahorro del alquiler del piso de Madrid, puedo montar mi oficina en Aracena. Viviendo en la casa de la abuela no gasto apenas nada; aquí todo es muy barato.

—Pues sí. Ahora mismo bajo a hablar con la Mari, que me dijo que en su bloque de apartamentos venden uno.

—Ah, pues, qué bien. Así papá y tú podríais ir a Isla Cristina siempre que queráis, y aquí a Alájar, claro.

—¿Estás segura de que dejar tu trabajo en Madrid es buena idea? Mira que te ha costado mucho llegar hasta allí.

—Sí, mamá. Me ha costado mucho y ese esfuerzo es lo que me va a servir para montar mi propio negocio aquí en Aracena. Trabajar para un bufete de abogados en Madrid está bien, ahora tengo un buen sueldo, pero siempre hay que matarse trabajando y no te pagan más porque siempre te amenazan con echarte. Si trabajo para mí, cuanto más trabaje, más ganaré. De todas formas tengo un mes para ir preparándolo todo.

—Pero lo del piso en Isla Cristina sí lo haces, ¿no?

—Sí, eso seguro.

—Bajo a preguntarle a Mari. Vale.

—Gracias, mamá, te quiero —le digo a nadie, porque colgó en cuanto pronunció la palabra *vale*.

Camino de vuelta a mi casa muy despacio. Tardo muy poco en llegar y me siento en el suelo del porche al lado de Pulgoso. Bueno, ha salido mejor de lo que esperaba. La verdad es que estoy saturada de Madrid y es cierto que trabajando en bufetes ganaría dinero, pero nunca estaría tranquila. Me

encanta la idea de tener mi propio negocio, sin jefes; yo seré mi propia jefa. Quizás gane menos al principio y, desde luego, mi idea no es hacerme rica. Pero sí es verdad que creo que un bufete en Aracena tiene un nicho de negocio interesante, siendo como soy, especialista en fiscal y ahora también en gestión inmobiliaria. Tengo carné de conducir desde los veinte años. Es cuestión de recordar cómo va eso de las cajas de cambio y comprarme un coche de segunda mano; un todoterreno mejor. No creo que un piso en Isla Cristina sea barato, pero sí que tengo algunos ahorros. No tenía en qué gastar toda mi nómina pasando los fines de semana encerrada, viendo series en mi piso de alquiler en Madrid. Creo que para una entrada de un pisito, que no esté en primera línea de playa, tendré dinero, y pagar los plazos creo que podré hacerlo teniendo en cuenta que ya no pagaría alquiler al vivir en mi casa en Alájar.

Acabo de caer en la cuenta de que, si todo sale bien, tendré una casa en Alájar, un negocio propio en Aracena y un piso en la playa. Aunque el piso en la playa, probablemente, habré de compartirlo con mis padres, me gusta la idea de poder hacer algo por ellos. Se sacrificaron mucho para que yo pudiera hacer la carrera de Derecho: me parece justo que ahora yo les deje usar mi piso de la playa. Seguro que mi madre se va por la tarde a pasear por la orilla con sus amigas y mi padre seguro que encuentra alguna peña bética donde tomar unas cañas. De Aracena a Isla Cristina habrá unos ciento y pocos de kilómetros, hora y pico en coche. Prácticamente la misma distancia y tiempo que de Aracena a Sevilla y de Sevilla a Isla Cristina. Es un triángulo perfecto: Sevilla-Aracena-Isla Cristina. Creo que cada vez me gusta más la idea de quedarme en mi casa de Alájar.

Me lo pienso mucho antes, pero he tomado otra decisión. Traslado mis cosas a la habitación de mi abuela. La habitación de matrimonio, la más grande y luminosa, ahora será mi habitación. Abro bien la ventana para que se airee. Tiene una vista increíble esta habitación. Cambio las sábanas, quito el polvo y traslado la ropa de mi abuela a mi antigua habitación. Nota mental: debo ir a Aracena a comprar sábanas, toallas, cortinas..., a ser posible, de este siglo.

Está anocheciendo. Me preparo otro té y compruebo que a Pulgoso no le falta comida. Me siento en el porche, a su lado, para cumplir con la tradición —ya es tradición porque es costumbre adquirida— de ver el

atardecer. Es precioso ver cómo el sol se pone tras las colinas. Los bosques de alcornos se van dorando por las copas y oscureciéndose por los troncos. Los pájaros están retornando a sus nidos; ya no queda ninguno en el aire y se forma una algarabía descomunal. Poco a poco dejan de hacer ruido. Poco a poco la noche oscura y silenciosa se hace dueña y señora de la sierra. Sí, quiero quedarme a vivir aquí.

La protagonista

Es hora de prepararme. Vuelvo a ponerme el vestido largo negro con las sandalias. Este vestido no me hace tan gorda, pero, mirando en un espejo del cuarto de baño, noto algo raro: hay tres diferencias, como en el juego de adivinar las diferencias entre dos imágenes idénticas o casi. Esto también se parece un poco a las fotos del antes y el después de una dieta. Hay una imagen que recuerdo bien, cuando me compré el vestido y me lo puse por primera vez hace meses. Hay tres diferencias con esta imagen que ahora me devuelve el espejo. Quizás haya más, pero yo veo tres. Dos diferencias claramente en mi rostro. Mi mentón está acentuado. Mi mandíbula está claramente dibujada, y eso hace que se resalten mis labios, que no llevo pintados; también se notan mis pómulos, sonrosados y firmes. La otra diferencia de mi rostro son mis ojos asombrados, que se asoman a esos pómulos. Se me ven unos ojos grandes, limpios. No están hinchados ni tienen esas ojeras típicas de pasar horas delante de una pantalla. Decido no pintármelos tampoco, nada de maquillaje esta noche.

Pero la tercera diferencia es la que más me asombra. El vestido es elástico, de los que se ajustan al cuerpo. Recuerdo perfectamente la primera vez que me lo puse: era un cilindro desde mis hombros hasta mi cadera. Me hace más delgada porque es negro. Ahora no es un cilindro, sino dos conos unidos por la parte delgada. Ancho en los hombros, curvado en la cintura y vuelta a coger anchura en las caderas. O sea, no es que el centro por donde se unen los conos sea un ejemplo de esbeltez, aquí hay centímetros y carne, pero hay claramente una curva hacia dentro desde los hombros hasta mi cadera. De perfil veo otra curva, una que marca mis pechos diferenciándolos del resto de mi cuerpo.

El vestido no solo me hace más delgada, es que estoy más delgada.

No quiero pensarlo mucho. Supongo que estos días comiendo verduras, el

no parar de andar, los desayunos de pan con aceite y jamón. No sé qué ha sido y no quiero pensar demasiado. No es que esté delgada..., pero ya no estoy tan gorda. Recuerdo el consejo de Keanu Reeves, en mi sueño budista, para estar más delgada: «Practica sexo, come menos y come mejor... joia». Está claro que estos días he comido menos y he comido mejor. Lo de practicar sexo no lo he hecho, todavía no.

Ya es de noche. Echo mi navaja, mi cartera y el móvil en la mochila de cazador. Justo cuando cierro la puerta, suena un sms en mi móvil. Miro asombrada el remitente... Papá. Así que sí sabe usar el móvil. El mensaje hace que se me salten las lágrimas.

Me alegro de que te quedes con la casa de la abuela; es lo que ella hubiera querido. Te quiero, hija.

No quiero responder con otro sms y decido llamarlo, pero sale el típico mensaje: «El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura». Ya te digo yo a ti, mensaje automático, que no está fuera de cobertura y apagado seguro..., y sin la batería puesta también te lo puedo asegurar.

Pulgoso tiene comida, pero le echo más. Me siento feliz. Cierro bien la puerta de la cancela exterior con llave, pero estoy segura de que los motoristas no se atreverán a venir hoy. El camino al pueblo se me hace corto; también es que voy deprisa, tengo muchas ganas de ver a El Maestro. Cuando llego a la plaza es noche cerrada, pero él no está por ningún lado. En una pared hay un saxofonista enano con sombrero que toca un saxofón enorme. No es jazz... Es... es *Claro de Luna*, de Beethoven. No es que yo sea una friki de la música clásica, es que la tuve de politono, durante muchos años en el móvil. El saxofonista no es un enano, es uno de los niños que vi el otro día en la aldea. Con pantalón largo negro, camisa blanca, gafas de sol y sombrero, me ha parecido un adulto pequeño. No tendrá más de diez años. El saxofón parece enorme a su lado. Me quedo quieta escuchando hasta el final. Todos los presentes rompen a aplaudir. El niño, con todo el arte del mundo, se quita el sombrero y saluda muy serio. Aparece la pequeña Blanca por un lateral y le da un beso en la mejilla. No sé por qué este niño no va a tener problemas para encontrar novia, aunque, por la cara que ha puesto, no está ahora entre sus prioridades. Ya verás, chaval, dentro de unos años, el partido que le vas a sacar a ese saxofón.

Blanca siente la indiferencia y corre a una mesa donde su madre, Luna, está

con otras mujeres, entre ellas, Jezabel. Su madre la reconforta, le habla al oído y Blanca, poco a poco, va recomponiendo una sonrisa. Se sienta en las piernas de su madre y escucha atenta lo que una de las mujeres está hablando.

Hay muchas mesas ocupadas y mucha gente sentada en el suelo o de pie en la plaza. La mesa de El Maestro está vacía y me siento en una de las dos sillas que tiene a su lado. Aparece La Bruja Blanca y me pone una cerveza sin decir nada; se lo agradezco mucho. El primer trago hace que me dé cuenta de mi nerviosismo. Escucho unas carcajadas y descubro en una mesa a El Escritor, a los funcionarios Jurado y Dorado y, también con ellos, a Daniela Pinilla. Tiene un vestido largo, blanco y precioso, está guapísima. Me ve y se acerca; los otros tres tipos no le quitan el ojo de encima.

—Buenas noches —me saluda.

—Buenas noches. Oye, muchas gracias por el dossier, me vino genial. Supongo que debo decirte que voy a recurrir a los expedientes, casi a todos. La yurta mongola me temo que la van a tener que quitar, pero el resto casi todos sí que cumplen con la normativa.

—No sabes cuánto me alegro. Hazlo, pero, lo mismo, ya no va a ser necesario. Muy probablemente esos expedientes queden archivados, menos el de la yurta de marras. Tenemos la semana que viene una reunión con el nuevo director, que ya nos ha adelantado que no quiere ningún problema con la aldea. ¿Te has enterado de que han cesado al antiguo director?

—Algo he leído, sí.

—Ha sido brutal. Esta misma mañana mandaron un coche oficial desde Sevilla. El director aún creía que le iban a dar un cargo más importante cuando se montó y se lo llevaron a Sevilla. Al parecer el cese fue fulminante y, en el despacho del viceconsejero, se escucharon gritos. El caso es que no volvió en coche oficial, sino que tuvo que coger el autobús de las cuatro de la tarde. En la oficina los de seguridad tenían orden de no dejarlo pasar ni a recoger sus cosas.

—Vaya, sí que han sido duros.

—En la Junta han tenido muchos casos de corrupción: no se pueden permitir ni uno más.

Desde la mesa de El Escritor, se escucha cómo los tres tipos golpean la mesa con los botellines de cerveza casi vacíos y le dicen algo a Pinilla, que no escuchamos bien.

—Uy, estos se me revuelven. Que les dije que iba a por más cerveza. ¿Conoces a El Escritor?

—De vista nada más.

—Oye, pues, léelo. Es muy curioso que un tipo así escriba novelas románticas; es como si conociera bien a las mujeres. —Miramos las dos a El Escritor. Barriga cervecera, calvo y con una barba desaliñada. No, no es el perfil de escritora romántica al uso. Daniela sonrío cuando continúa —: Dice que en la próxima novela hará un personaje inspirado en mí.

—Ah, te ha fichado para el club de los personajes. Al parecer se inspira en personas reales para sus novelas y las incorpora. Somos el club de los personajes.

—¿Tú también?

—Creo que sí. Según me han dicho, cuando te saluda o se fija mucho en ti, ya estás fichada, y a mí me saludó el otro día sin conocernos de nada.

—Qué gracia. ¿Te imaginas que aparezcamos las dos en su próxima novela?

—Estaría bien.

—Bueno, voy a por las cervezas antes que estos se me enfaden.

—Por cómo te miran, no creo que ninguno pueda enfadarse contigo.

—Me caen bien mis compañeros de trabajo, pero no creo que pudiera tener nada con ellos.

—¿Y con El Escritor?

—Hummm... voy a por las cervezas. Luego hablamos.

—Vale.

Vaya, vaya..., pero si es un tipo de lo más..., no sé..., pero, desde luego, en las antípodas de un tipo guapo. Qué curioso: lo miro y los tres me miran a la par, me saludan con sus botellines casi vacíos y les devuelvo el saludo. Antes que vuelvan a la mesa sus botellines ya están vacíos del todo. Justo a tiempo llega Daniela con los refuerzos. Los tres estallan en risas y Daniela se les une. Buen grupo ese.

Me he terminado la cerveza y voy a la barra a por otra. El Maestro sigue sin aparecer. En la barra La Bruja Blanca está muy atareada; hoy está el bar lleno. A mi lado aparece El Escritor.

—Brujita, que estos tienen hambre. Ensalada, tortilla, queso y lo que se te

ocurra. Hola, niña —me dice sonriendo. A ver..., es calvo, tiene barriga cervecera, barba indescrptible y una ropa que parece recién salida de un contenedor de basura, pero tiene una sonrisa bonita. Empiezo a entender que a algunas mujeres les guste este tipo.

—Hola —digo yo con una voz más baja de lo que me hubiera gustado.

—Vas a ser un personaje fantástico. —Este tiene más de una cerveza en el cuerpo. Se le nota más en la voz que en la mirada, que está absolutamente fija en mis ojos. Tiene una mirada divertida, como si supiera algo que yo no sé.

—Ah, gracias. Supongo que puedo ser un personaje de alguna novela. No sé..., la amiga de la protagonista o algo así.

—Qué va, niña. Tú vas a ser una protagonista fantástica.

—¿Yo? ¿Protagonista?

—Tú eres la protagonista de tu vida, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—No lo supongas, créetelo. Ya te lo digo yo, que soy escritor. Tú eres la protagonista y, como escritor que soy, lo que yo digo va al cielo. O mejor: lo que yo escribo va a la editorial. Vas a ser la protagonista de una novela maaaraaaviiilloosaaa. —Arrastra las vocales de la palabra *maravillosa* deleitándose en cada una de ellas. De repente cambia el gesto y pone cara de payaso triste—. Eso sí: otra cosa es que se venda..., pero eso ya no depende de nosotros.

—Gracias —le digo sonriendo. Me cae bien este tipo. La Bruja Blanca aparece y me pone una cerveza delante.

—Deja a la niña —le dice a El Escritor—, que la están esperando, y ya te llevo algo de comer, no te preocupes.

—Vale, pero acuérdate de traer también cervezas, que estos beben como cosacos. Míralos, ya están atacando otra vez. Serán cabrones.

El Escritor se va a su mesa, donde Jurado y Dorado están hablándole a la par a Daniela. El Escritor los interrumpe, dice algo y la mujer estalla en una carcajada. Es feo, calvo y con barriga, pero sabe hacer reír; quizás tenga alguna oportunidad. Vuelvo a mi mesa, donde efectivamente está sentado El Maestro bebiendo tranquilamente una cerveza. Vuelve a tener el aspecto de motorista: vaqueros azules y camiseta blanca. Está guapísimo.

Cariño

Se levanta y me da un gran abrazo.

—¿Estás bien? Me tienes preocupado —Me pregunta.

—Sí, gracias. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Y dónde te has metido todo el día? Tengo mucho que contarte. Y ya te vale dejando mensajes en la correa de Pulgoso, deberías tener un móvil.

Como comienzo para expresar mis sentimientos, no me ha quedado brillante; más bien le estoy echando una bronca. Pero me mira y me sonrío. Qué guapo está cuando sonrío.

—Me lo estoy pensando lo del móvil. Pero lo del perro ha funcionado, ¿no?

—Sí. Bueno, ¿por qué estabas preocupado?

—Por los motoristas que te atacaron anoche.

—¿Cómo sabes eso?

—Es lo que me ha tenido ocupado todo el día. Me avisaron desde la comandancia de la Guardia Civil de Aracena esta mañana, a primera hora, que fuera al cuartel, que me iba a divertir.

—¿Y cómo te avisaron si no tienes móvil?

—Créeme: cuando la Guardia Civil quiere avisarte, te avisa aunque no tengas móvil. El caso es que me planté en el cuartel a primera hora y allí estaba el motorista de la otra noche. Había intentado ponerte una denuncia por ataque con perro peligroso. Incluso aportaba como prueba unos desgarros en la muñeca, apenas nada.

—Mierda. Por eso no quise denunciarlos: para no tener problemas con Pulgoso. ¿Le va a pasar algo a mi perro?

—No, no te preocupes. El tipo no es muy listo y cometió tres fallos.

—¿Cuáles?

—Confesó que entró en tu propiedad. El perro no lo atacó en la calle o en un sitio público, sino que fue él quien entró en tu propiedad. Cuando le recordamos este dato, desistió de poner ninguna denuncia. Pero ya era tarde: lo teníamos pillado y no lo íbamos a soltar. Segundo fallo: dijo que tú le

habías sacado una navaja cuando él sacó la suya. ¿Tú le sacaste una navaja a ese tipo cuando te amenazó con la suya?

—Sí, lo siento.

—¿Qué navaja? ¿La tienes aquí?

—Sí, en la mochila. ¿Quieres verla?

—Ni se te ocurra sacarla aquí. Luego, si acaso, me la enseñas, pero en tu casa, nunca en un lugar público. No se pueden portar navajas en lugares públicos..., pero en tu casa sí. Tú no cometiste ningún delito, estabas en tu casa... Pero nuestro amigo acababa de confesar que él sí había sacado una navaja y te había amenazado. El pobre comenzó a sudar en ese momento... Lo peor le vino cuando nos dimos cuenta del tercer fallo.

—¿Cuál fue el tercer fallo?

—Esa noche habían bebido más de la cuenta porque estaban celebrando su cumpleaños. El pobre... que él no quería..., que había bebido, que jamás pensó en hacerte daño, que era su cumpleaños... y que no siempre se cumplían dieciocho años. Tachan. Tercer fallo: ya no es un menor. Cuando acontecieron los hechos era mayor de edad. Se lo dejamos caer casi de pasada durante el interrogatorio, así como la innumerable cantidad de años de cárcel, bienvenido a la mayoría de edad, que le podían echar por todo lo que había hecho esa noche: conducción temeraria, conducir bajo los efectos del alcohol y las drogas, amenazas, atraco a mano armada, agresión con arma blanca, allanamiento de morada, etc. etc. etc. Ese fue el momento en que recordó todas películas americanas que ha visto en su vida y pasó de llamar a su padre a llamar a un abogado.

La Bruja Blanca se lleva nuestras cervezas vacías. Nos pone otras nuevas y una gran fuente de ensalada.

—Hummm, qué hambre tengo —dice El Maestro, que comienza a devorar la ensalada. Yo también tengo hambre y como, poco, pero como.

—Entonces, ¿ya está?, ¿no va a denunciar a Pulgoso? Aunque supongo que estará poco tiempo en la cárcel si es que llega a ir. Pero por lo menos será el fin de los motoristas. Además la inmobiliaria ya no está interesada en La Aldea. Ni la Oficina Comarcal Agraria. Han cesado al director. He hablado con Pinilla que está ahí con... un momento. Estaba ahí con El Escritor, Dorado y Jurado. —Ahora solo están Dorado y Jurado. Ni rastro de Daniela ni de El Escritor. Es bueno saber hacer reír a una mujer. Los dos funcionarios

están abrazados y más borrachos que antes. No parecen tristes; uno dice algo y los dos estallan en carcajadas.

—Sí. Sé lo del cese del director. Bien jugado, señora.

—¿Qué? No sé por qué dices eso.

—Nah... casualidades. Uno de los periódicos que recibió esta mañana un informe completo, gracias a un email anónimo, nos reenvió el email. Nada de datos confidenciales, noticias que cualquiera puede obtener, pero bien ordenadas dan poco lugar a la imaginación sobre lo que Olvera, con su inmobiliaria, y su yerno han estado haciendo.

—¿Y por qué crees que yo tengo algo que ver con ese email? Seguramente un ciudadano anónimo y comprometido haya actuado en conciencia.

—La ip.

—¿Qué?

—Todos los emails dejan rastro. Por debajo de la capa de diseño hay un código que identifica al remitente... código que contiene la dirección ip. La ip es como el dni de los ordenadores; la ip del email es una que se suministra provisionalmente a las conexiones de invitados de la biblioteca de la aldea.

—Mierda.

—Y aquí tenemos la confesión.

—¿Te has inventado lo de la ip?

—No, qué va. Pero donde haya una confesión que se quiten las ip, siempre es mejor una buena confesión que una mala prueba. En comandancia no van a hacer nada al respecto. No cometiste ningún delito; de hecho no saben que fuiste tú. Solo saben que fue un email enviado desde la biblioteca de la aldea, lo cual no les ha sorprendido en absoluto. Pero no saben, ni quieren saber, quién lo envió.

—Vaya, es un alivio. Me acabo de librar de dos delitos.

—Eres una chica peligrosa —me dice sonriendo—, pero no juegues con el anonimato en internet... ¿Te he dicho ya que en la Guardia Civil tienen un grupo experto en desanonimizar a los anónimos?

—No, pero me tranquiliza saberlo. Son buenos en la Guardia Civil, ¿eh?

—Les pagan poco, pero se lo pasan bien. Y esta tarde se lo han pasado muy bien.

—¿Esta tarde? Sí que has aprovechado el tiempo. ¿Qué ha pasado está

tarde?

—Estas cosas es lo que tienen: meses sufriendo acoso por parte de la Oficina Comarcal Agraria; un par de incidentes graves con los motoristas; una conexión cuando vimos en el casino al motorista con Olvera, el dueño de la mayor inmobiliaria de la sierra, y tú, resolviendo todo con el director de la oficina. Cuando todo está claro, en una tarde se resuelve.

—Me ayudo Jiménez, la jefa de servicio. Le costó el puesto enfrentarse al director. Ella me pasó la información en un *pendrive*.

—Eso mejor que no se lo digas a nadie más, por el bien de Jiménez. Es funcionaria, le quedan muchos años en la Junta y es posible que a algunos altos cargos no les guste tener a funcionarios honrados bajo sus órdenes. Al final resultó ser de las buenas. Hay más buenos que malos, solo que los malos hacen mucho daño.

—¿Me vas a contar qué ha pasado esta tarde?

—Tengo más hambre. —Levanta el botellín vacío y La Bruja Blanca nos trae dos cervezas. Yo ya llevo tres y lo noto—. ¿Puedes traernos queso, cariño?

—Claro, cielo —responde. No tarda ni cinco minutos en traernos una tabla de quesos y pan. Está riquísimo. Solo me como un trozo de queso, ya no tengo hambre. Si no tengo hambre, no como. Bien por mí.

—¿Y qué ha pasado esta tarde?

—Hemos detenido a Olvera.

—¿Al todopoderoso Luis Olvera?

—Al mismo. Tenías que haberle visto la cara cuando lo detuvimos en su chalet. Yo solo podía ir de observador porque estoy en excedencia, pero no me lo quise perder, y créeme que mereció la pena.

Es como si hubiera visto un platillo volante cuando nos vio aparecer.

—Pero ¿de qué se lo acusa? No tenemos pruebas, ¿no?

—Mejor... ¿Qué es mejor que una mala prueba?

—Una buena confesión.

—Chica lista. El motorista tuvo su abogado y, cuando al letrado le explicamos todo lo que había confesado su cliente tras la detención, le ofrecimos un trato: rebaja de penas si colaboraba y testificaba contra el verdadero origen de todo esto, Olvera, y aceptó. Buen chico. No pisará la

cárcel... aunque tampoco creo que se quede mucho tiempo por la sierra. El caso es que a Olvera le van a caer acusaciones de todo tipo y por todos lados... Te va a encantar... incluso de fraude fiscal... Lo mismo necesita una abogada experta en impuestos.

—Conmigo que no cuente. ¿Crees que ira a la cárcel?

—¿Olvera? No, no creo. De hecho, antes de venirme, ya lo había soltado el juez de guardia, que curiosamente es amigo suyo y miembro del casino. Pero el susto no se lo quita nadie, los juicios que va tener tampoco. Lo más probable es que lo multen por esto y por aquello, pero no creo que pise la cárcel. De lo que sí estoy seguro es que se le han quitado las ganas de jugar a ser cacique y de mandar motoristas a asustar a nadie; esos tiempos ya han pasado. Su empresa no va ser la misma; no es que vaya a la quiebra, pero ya no va a volver a ser el *number one*^[9] de la sierra.

—Debería ir a la cárcel por todo el daño que ha hecho.

—Sí. Otro día, en otra época; aquí y ahora, no. Pero hemos ganado, cariño. Ni lo dudes. Hoy es un día para celebrarlo, hoy han ganado los buenos.

A partir de «cariño» he dejado de escuchar muy bien, como si tuviera campanillas sonando dentro de mi cabeza.

— ¿Y cómo se te ocurre, cariño, que lo celebremos?

Me mira muy serio. Mi «cariño» ha sonado más forzado que el suyo, y espero que no crea que esté bromeando. Es que no estoy acostumbrada a llamar a nadie así.

—Pues yo te propongo, cariño, que nos terminemos nuestras cervezas y vayamos a tu casa a que me enseñes esa navaja tuya. Además, me gustaría hablar contigo de lo que siento por ti.

CAPÍTULO 32

Su nombre

Está dormido a mi lado. Qué buena idea tuve al trasladar mis cosas a la

habitación de matrimonio y, sobre todo, al cambiar las sábanas..., que tendré que volver a cambiar. Ya es de día. Escucho a los pájaros y, a través de la ventana, ya entra mucha luz. Me gustaría saber qué hora es, pero no quiero moverme para no despertarlo. No quiero que se acabe este momento mágico. Está guapísimo dormido. Ya le vale, tiene que descansar.

Anoche apenas recuerdo que terminamos nuestras cervezas. El Maestro le dijo a La Bruja Blanca que lo apuntara todo a su cuenta. Nos montamos en su moto y llegamos en un minuto a mi casa. Pulgoso nos recibió sin ladrar y El Maestro le dio un trozo de pan que había guardado para él. Al entrar en la casa, saqué la navaja y la abrí. ¡Clac!. A eso habíamos venido, ¿no? Él me la quito con mucho cuidado, la cerró y la volvió a meter en la mochila. No hablamos. No, no habíamos venido solo a ver mi navaja. El Maestro quería hablarme de lo que siente por mí. Carraspeó, se sonrojó — no me podía creer que un tipo así se sonrojara—, intentó hablar, pero no pudo. Y yo ya no me aguanté más. Lo cogí por la barba —sí, por la barba— y lo besé. Nos besamos, nos abrazamos. No hablamos, pero, conforme subíamos la escalera, fuimos desnudándonos mutuamente. Gracias de nuevo, Keanu Reeves de mi sueño. Gracias por tu consejo para adelgazar: «Practica sexo, come menos y come mejor... joia».

Ya he cumplido con los tres requisitos y te aseguro, querido Keanu, que esta noche he adelgazado... y El Maestro también. Un momento..., se me acaba de venir un detalle a la cabeza.

—Escucha, escucha, despierta, arriba, despierta. ¿Estás despierto? —Lo zarandeo sin compasión hasta que me aseguro de que está despierto. Se sienta en la cama. Dios mío, qué bueno está desnudo.

—¿Qué? Sí, sí, sí... Jooooder, qué susto. ¿Qué pasa?

—Tengo que hacerte una pregunta muy importante.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿No puedes esperar a que me tome un café?

—No, es muy importante.

—Bueno, vale, ¿qué pregunta?

—¿Tú... tú... tú, cómo te llamas?

FIN

Si te ha gustado

Me llamo Fina y estoy gorda

te recomendamos comenzar a leer

El secreto de *Alina Covalschi*



INTRODUCCIÓN

Planeta Tarlok, noviembre 2880

—Necesitamos el cristal cuanto antes —dijo Nazar y cruzó los brazos bajo su pecho generoso, arrugando la frente.

—El consejo ordenó que teníamos que esperar. No podemos arriesgarnos a invadir la Tierra. Los humanos que están integrados entre nosotros no lo permitirían. Entraríamos en guerra. —Malik se enfrentó a la mirada seria de su almirante.

—Tenemos que encontrar una posibilidad para ir a la Tierra sin que sospechen de nosotros. — Frunció sus enormes ojos color morado y miró a su subalterno.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? A mí no se me ocurre nada. —Se recostó en su enorme silla y apoyó las manos en las rodillas.

Se miraron uno al otro por unos largos minutos hasta que la puerta se abrió y entró Zanut, la mano derecha de Nazar.

—Estoy aquí, ¿qué pasa? —preguntó mirando intrigado a su almirante.

—El cristal está a punto de consumirse por completo. Necesitamos otro — contestó él, adquiriendo determinación con cada palabra.

—¿Y por qué yo me entero ahora? Sabes que no tenemos permiso para aterrizar en la Tierra — refunfuñó Nazar.

—Ya lo sé, pero hay una posibilidad —intervino Nazar—. Tenemos que hacerlo sin que se entere el consejo.

—Te escucho.

Nazar presionó un botón en la pantalla que había a su lado y el lector de huellas enseguida abrió un holograma. El perfecto círculo de la Tierra tomó forma y los tres se quedaron mirando como giraba despacio. Muchas veces habían intentado sin éxito conquistarla y hacerse con las riquezas que escondía ese planeta único. No obstante, el acuerdo que habían firmado con los humanos los tenía con las manos atadas.

Habían accedido a la petición de ellos para dejarles el planeta Tierra a pesar del mal estado en que se encontraba.

—Tenemos que encontrar un humano que lo haga para nosotros. —Nazar rompió el silencio y tocó el holograma—. Uno que no trabaje para el consejo. —Apareció otro holograma con el cristal que necesitaban—. Uno que sea ajeno a todo esto. —El cristal giró y mostró su ubicación.

—¿A quién tienes pensado? —preguntó Malik y dirigió una mirada de interés hacia su almirante.

—A la hija de Zoltan. Ella es perfecta para esta misión —contestó Nazar, cortante.

—¿Koral? —preguntó sorprendido Malik—. Esa humana es muy joven y no tiene nada de experiencia. Le falta dos años para terminar el entrenamiento.

—Por eso nadie sospechara de ella —dijo muy convencido Nazar—. Ella es muy débil. Es la última de su generación y hará cualquier cosa para conseguir un puesto en la academia. Solo tienes que hablar con ella.

—¿Yo? —Se sorprendió Malik.

—Sí, tú, porque eres amigo de su padre. Los humanos son muy débiles, les falta mucho para llegar a ser tan fuertes como nosotros. En unos miles de años desaparecerían por completo, dejándonos a nosotros como los únicos habitantes en el universo. Sin embargo, para conseguirlo necesitamos ese cristal. —Tocó el holograma y la Tierra se esfumó en una explosión grotesca.

—No podemos eliminarlos así sin más. Nos ayudaron mucho para conquistar a las demás galaxias —intervino Zanuk.

—Son un par de inútiles que piensan demasiado. Son débiles y no podemos permitir que sigan avanzando tanto como nosotros —gritó molesto Nazar—. Somos superiores a ellos.

Zanuk y Malik se miraron uno al otro, sabían que no deberían de llevarle la contraria a Nazar.

—Hablaré con ella —sentenció Malik.

—Tendrás que convencerla como sea, tengo todo preparado para la teleportación.

Tiene que ir sola. No podemos arriesgar que alguien sospeche de lo que estamos haciendo.

—Apretó los labios y alisó su precioso uniforme de color azul.

Ese traje era su orgullo, su tesoro máspreciado. Todos lo veían como un ser superior y como un líder digno de ese puesto. Cuando el consejo de los viejos lo habían elegido como almirante, se había sentido el telosiano más afortunado del planeta. Había luchado para conseguir que los humanos abandonaran la ciudad y gracias a sus insistencias diarias, los jóvenes telosianos entrenaban en academias libres de humanos.

Nazar quería que los humanos se quedaran ajenos a los proyectos secretos que había ingeniado para sobrevivir en un planeta con pocos recursos. Dio el orden para que todas las instituciones y las academias mantuvieran las puertas cerradas durante los entrenamientos de los alumnos telosianos, y guardó en secreto el proceso para crear combustible radioactivo. Las naves espaciales estaban propulsadas por la fuerza que generaba los cristales provenientes de la Tierra y ningún humano tenía que saberlo.

El planeta Tarlok era muy importante para él porque allí había nacido y crecido, junto con los demás telosianos. Los humanos eran insignificantes para él y una especie en peligro de extinción que no tenía la capacidad de evolucionar. Él los había apartado poco a poco hasta que había conseguido exiliarlos por completo.

El único planeta que no habían conseguido conquistar era la Tierra y eso era porque el consejo había llegado a un acuerdo con Morgas, el líder de ellos.

—Hoy mismo había recibido una invitación a cenar en esa casa y aprovecharé para hablar con Koral —comentó Malik—. Mañana te daré su respuesta.

—Tiene que aceptarlo, no me importa lo que tienes que prometerle. ¿Entendido?

—No te preocupes, ella lo hará. Ahora tengo que irme. Me esperan en la academia.

Cuando Malik abandonó la sala, la sonrisa del almirante se ensanchó.

—Es un plan perfecto —afirmó Zanuk—. Por eso eres un buen almirante. Sin ti este planeta estaría conquistada.

—Seremos los únicos líderes, y de esto me encargaré yo —murmuró Nazar con ojos fríos y voz inexpresiva como la de un robot.

Salió de la habitación dejando a Zanuk preparando los últimos detalles para el viaje de Koral.

Fina, abogada, urbanita y con algo de sobrepeso, inicia un viaje en el que le suceden acontecimientos que no tenía previstos... entre otros adelgazar y enamorarse.



Fina, una urbanita abogada de Madrid con algo de sobrepeso hereda la casa de su abuela en un pequeño pueblo de la sierra de Aracena en Huelva. Decidida a venderla viaja hasta allí donde regresa a su infancia y a la Andalucía profunda.

En el pueblo conoce a un maestro, que no es lo que parece, se encuentra con una aldea alternativa llena de sorpresas y descubre una trama inmobiliaria de corrupción.

Poco a poco Fina ira cambiando conforme le suceden acontecimientos que no tenía

previstos... entre otros adelgazar y enamorarse.

Una historia con un gran sentido del humor y ambientada en la sierra de Aracena.

Antonio Sánchez trabaja como Asesor de Microinformática en el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo en Sevilla. Es fotógrafo y videógrafo colaborador en las principales agencias de bancos de imágenes, con fotografías vendidas en todos los rincones del planeta desde Los Angeles, Nueva York, Londres, París, Berlín hasta Tokyo, Hong Kong o Sidney. Tiene dos premios por fotografías de aves. De joven escribe, actúa y dirige obras de teatro, lo que le valió quince días de permiso cuando estuvo en el ejercito. Ahora escribe guiones, actúa y dirige cortos que publica en su canal de youtube. Bibliófilo empedernido cuenta con más de cinco mil títulos en su biblioteca particular.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Antonio Sánchez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U. Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-018-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

- [1] Sí.
- [2] Un poco.
- [3] Es mejor que ahora crean que somos turistas.
- [4] ¿Por qué?... si se puede saber.
- [5] Porque el chaval acaba de llegar, el motorista de la navaja, y quiero ver con quién se reúne.
- [6] ¿Qué?
- [7] El burro va a la fuente cuando tiene sed, pero no antes.
- [8] Lo primero es no hacer daño.
- [9] Número uno.

Índice

ME LLAMO FINA Y ESTOY GORDA

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1. Me llamo Fina y estoy gorda

CAPÍTULO 2. Mi abuela ha muerto

CAPÍTULO 3. Un máster en la alta Penibética

CAPÍTULO 4. Sevilla

CAPÍTULO 5. Una casa en ruinas, un perro pulgoso y sin cobertura

CAPÍTULO 6. Esto no es Madrid

CAPÍTULO 7. El arca de Manué

CAPÍTULO 8. Tailandia

CAPÍTULO 9. Ensalada Mixta

CAPÍTULO 10. El club de los personajes

CAPÍTULO 11. Malabarista

CAPÍTULO 12. Un jipi con tricornio

CAPÍTULO 13. Ruta 66

CAPÍTULO 14. Oficina comarcal agraria

CAPÍTULO 15. Aracena

CAPÍTULO 16. Buitres negros

CAPÍTULO 17. Peña de Arias Montano

CAPÍTULO 18. Jezabel

CAPÍTULO 19. Afganistán

CAPÍTULO 20. Soy rica

CAPÍTULO 21. La aldea

CAPÍTULO 22. La cabaña de invitados

CAPÍTULO 23. Asamblea

CAPÍTULO 24. Agencia Efe

CAPÍTULO 25. Clac

CAPÍTULO 26. Corrupción en la sierra

CAPÍTULO 27. Soy cocinera

CAPÍTULO 28. Delgada y enamorada

CAPÍTULO 29. Un piso en la playa y una oficina en la sierra

CAPÍTULO 30. La protagonista

CAPÍTULO 31. Cariño

CAPÍTULO 32. Su nombre

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA..

SOBRE

ESTE
LIBRO
SOBRE
ANTONIO
SÁNCHEZ
CRÉDITOS
NOTAS